

HX
266
.J3756

CONFERENCIAS

JAURÉS



INDIANA
UNIVERSITY
LIBRARY



H X 2166
.J3.756

Jaurès

LIBRERIA DE "LA VANGUARDIA"

JEAN JAURÉS

CONFERENCIAS

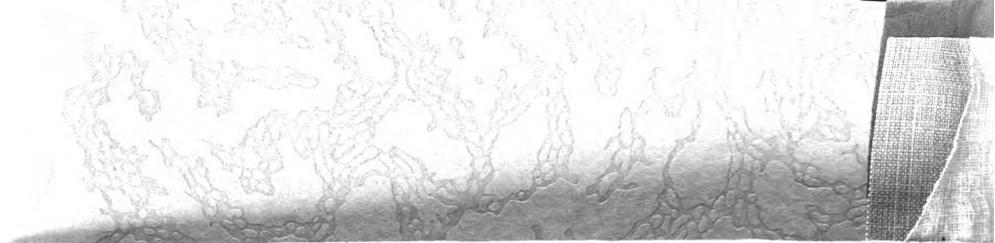
PRONUNCIADAS EN BUENOS AIRES
POR EL DIPUTADO SOCIALISTA FRANCÉS Y TRADUCIDAS AL CASTELLANO
POR ANTONIO DE TOMASO

(SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1911)

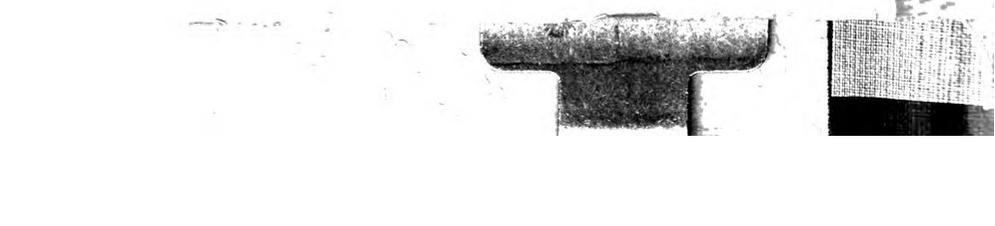
PRÓLOGO DE
JUAN B. JUSTO

2ª EDICIÓN

BUENOS AIRES
TIPOGRAFIA "LA VANGUARDIA"
1922



[The text in this section is extremely faint and illegible due to the quality of the scan. It appears to be several paragraphs of a letter or a document.]



HX 266

.J3756

LIBRERIA DE "LA VANGUARDIA"

JEAN JAURÉS

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN BUENOS AIRES
POR EL DIPUTADO SOCIALISTA FRANCÉS Y TRADUCIDAS AL CASTELLANO
POR ANTONIO DE TOMASO

(SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1911)

PRÓLOGO DE
JUAN B. JUSTO

2ª EDICIÓN

BUENOS AIRES
TIPOGRAFIA "LA VANGUARDIA"
1922

mch

Hx 266

J3756

INDIANA UNIVERSITY LIBRARY

H X 246

.J3.756

1-31-74

Antonio de Tomaso luce su agilidad mental y manual en esta versión de las conferencias de Jaurés, tomadas para LA VANGUARDIA taquigráficamente, previa instantánea traducción del fluido y elegante discurso.

Leyéndolas, se renueva la impresión recibida al escucharlas, y se aviva el recuerdo de la emoción despertada en la sala por la palabra, hermosa y fuerte, del eminente socialista francés.

El ha superado, como conferenciante, cuanto podíamos esperar, con ser ello tanto.

Sus temas, elegidos con entera libertad, lo han sido necesariamente entre los que más ocupan su espíritu; y los ha tratado con ese superior talento de decir que presenta el lado simpático y generoso de la cuestión, sin apreciaciones excluyentes y negativas que pudieran lastimar a su auditorio mundano.

Las conferencias de Sud América han sido para Jaurés una nueva y difícil prueba, en la que ha triunfado porque es tan elocuente como sincero. No nos ha venido con himnos a la latinidad; su interés por estos pueblos en embrión se manifiesta en la afición con que ha estudiado a nuestros escritores, y en la intrepidez con que aborda cuestiones de la más palpitante oportunidad local. Sólo un noble amor por estos países ha podido inspirarle sus conferencias sobre la nacionalidad y la inmigración.

Consciente del poder extraordinario de su palabra, Jaurés no es movido por ninguna pequeña ambición. Ya contestó él en un gran debate a quienes lo tacha-

ban de oportunismo gubernamental: Vds. serán ministros antes que yo. Quiere para su magnífico verbo el más trascendental empleo, y se ha hecho en el mundo una situación única, como portavoz insigne de las más altas y más vastas aspiraciones que agitan hoy a la humanidad. Y en un momento de tregua a su labor tribunicia de Francia y de Europa, no ha vacilado en cruzar el Atlántico para venir a predicarlas también aquí. Perdure en este folleto el eco de su luminosa palabra, para guía y edificación de nosotros y de las generaciones por venir!

J. B. Justo.

HX 266
.J3.756

La fuerza del ideal

Es sobre todo en los comienzos de la evolución, que se refiere por igual a los pueblos del viejo y del nuevo mundo, que la necesidad de un vigoroso ideal intelectual, moral y social se deja sentir muy claramente.

La Argentina participa del movimiento general de la civilización moderna con el ritmo acelerado de las fuerzas nuevas solicitadas por vastos espacios libres. Está en pleno crecimiento de vida, de actividad, de trabajo y de riqueza. Aumenta la superficie cultivada y extiende su cultura; acrece su exportación y con ella acrece también, al mismo tiempo que su riqueza, la fuerza de su crédito y se procura los medios de nuevos desenvolvimientos. Puede, pues, mirar sin temor la obra colosal que tiene que cumplir para utilizar de un modo intensivo y metódico su territorio inmenso.

LA RIQUEZA DE LAS NACIONES.

Esa creación perpetua de riquezas es la gran ley y, se puede decir, el gran deber, bajo determinadas condiciones, de las sociedades modernas. Es la manifestación de fuerzas humanas irresistibles. Después que desaparecieron las trabas del sistema feudal, después que la libertad del trabajo industrial fué conquistada por la burguesía revolucionaria, después que el régimen colonial impuesto a la América, y que era como una prolongación o forma particular del sistema feudal, fué abolido, todas las fuerzas de actividad y de empresa se han desarrollado, desencadenado, sin límite y sin obstáculo. Cada individuo ha tratado de ensanchar la esfera de su acción y la extensión de su bienestar. Y de todas esas actividades individuales sobreexcitadas y aguijoneadas resulta en conjunto, a pesar de los despilfarros de fuerzas, un volumen creciente de bienestar.

Y no hay allí solamente multiplicación de riquezas. La energía de la producción, su acrecida potencia tiene también un valor moral, intelectual y artístico.

La riqueza de las naciones ha sido en la historia la condición y el fundamento del gran desarrollo del arte. Ni la Atenas de Pericles, ni las nobles ciudades italianas de los siglos XV y XVI, ni la Francia del siglo XVII habrían podido desarrollar su magnífica potencia artística, si el arte no hubiera

tenido como soporte y sustento el crecimiento y acumulación de riqueza de esas naciones. Y sobre la riqueza de Atenas se apoyó el genio de Fidias para desenvolver y llevar a cabo las concepciones audaces de su mente.

LA TECNICA.

El progreso de la producción y de la riqueza es también una glorificación de la ciencia. Es un error creer que al entrar en las aplicaciones industriales y positivas la ciencia se empequeñece y degrada. Al contrario, hace con ello la prueba de su exactitud y de su fuerza de penetración. En esa acción del hombre pensante sobre la materia hay una especie de espiritualidad: es por la ciencia aplicada que el espíritu descende a las cosas y las obliga a conformarse a su propia ley, que es la ley del orden y de la armonía. Y por eso mi amigo el doctor Justo ha podido escribir en su libro sobre la "Teoría y Práctica de la Historia" que la técnica de la producción es la síntesis de la materia y del espíritu; y nuestro ilustre sabio Berthelot, en un discurso de admirable serenidad pronunciado pocos días antes de su muerte, pudo decir que el hombre de hoy si no hace más metafísica hace hiperfísica, creando por su acción sobre las cosas una supernaturalidad, una naturaleza nueva, para él, que no es más rebelde a sus necesidades, a su voluntad y a su pensamiento, una naturaleza de la que él se convierte en soberano. Y en verdad, cuando se piensa que la luz no había sido antes vista por el hombre sino en la fulguración incierta y en la fuga del relámpago, y que su genio la ha reducido a una claridad tranquila que él evoca y domina como un dios; cuando se piensa que ha conquistado y fijado esas fuerzas inciertas de la naturaleza, hay que reconocer que la fuerza de la ciencia aplicada es una glorificación del espíritu del hombre y que la industria, la creciente producción a que esa ciencia se aplica, es una de las formas de la espiritualidad humana.

LA IDEA DE LEY.

La potencia industrial y productiva, la potencia creadora del hombre en el orden económico, contribuye de las maneras a la educación del espíritu humano. Obliga a todos los hombres mezclados al movimiento de la producción a dirigir o manejar el mecanismo productor, los obliga a estar constantemente en comunicación directa con leyes ciertas y verificables; hace, pues, entrar en el espíritu humano la idea de ley y elimina de su pensamiento las frivolidades y los caprichos. Yo no soy de los que creen que el espíritu del hombre ha agotado el misterio de las cosas. Yo creo que el es.

H X 266
. J 3756

— 7 —

espíritu humano se sentirá cada vez más inclinado a ensanchar y continuar la interpretación metafísica e idealista del universo. Pero afirmo que en el régimen industrial, en el régimen de producción intensa y científicamente organizada en que nos encontramos, no hay una creencia o doctrina religiosa, política o social por alta y seductora que sea, que no tenga que contar con el estado de espíritu creado por la civilización industrial. Una doctrina, una creencia cualquiera que no entrara en el espíritu vivo y claro de la producción moderna sería pronto condenada a la impotencia. Y es eso un servicio inmenso prestado a todas las creencias y doctrinas, obligándolas a imponerse por sí mismas ante la disciplina del pensamiento claro y exacto, ante el contralor del espíritu creado por un régimen que como el industrial habitúa a manejar y verificar leyes.

Otro servicio de ese régimen de producción es que da al espíritu del hombre hábitos realistas. En el mundo de la producción industrial las ficciones no pueden durar. Toda imprevisión o error es castigado implacablemente por la más dura de las sanciones. De manera que los pueblos educados por la gran producción moderna y científica se ven, poco a poco, inducidos a verificar si en las palabras o detrás de las palabras hay algo. Sufragio universal, democracia, soberanía de los pueblos, igualdad de los ciudadanos y de los hombres... palabras poderosas, fórmulas mágicas. Pero, ¿cuál es en cada país la realidad que se esconde detrás de esas palabras? ¿Cuáles son las garantías reales, concretas, positivas del derecho nominalmente inscrito en los documentos y en las cartas? He aquí lo que la educación moderna, científica e industrial de los pueblos les obliga a practicar de más en más.

LA PRODUCCION Y LA GUERRA.

Y, si se me permite expresar todo mi pensamiento, yo diré que una lección muy útil para los pueblos y gobiernos de la vieja Europa surge de ese crecimiento económico por lo que respecta al continente americano. Ciertas clases y castas han querido propagar en Europa el prejuicio de que era necesario al pueblo, para vencer y mantener su actividad económica, renovar de tiempo en tiempo el prestigio industrial por el prestigio de una gran victoria militar. Y porque la unidad alemana, realizada con la guerra, ha coincidido con un admirable desarrollo económico del pueblo germano; porque el Japón ha aplicado a la guerra los métodos perfeccionados que aplicaba en sus industrias, se ha dicho que la guerra era un elemento periódicamente necesario para el progreso industrial. Pero en la América del Sud y del Norte no es a las guerras internacionales que se debe el crecimiento económi-

co. Después de la guerra de la independencia los Estados Unidos no han tenido sino la guerra civil (no la tomo en cuenta porque no habían de ella los que exaltan el valor de la guerra); y en cuanto a la América latina, imagino que no es el recuerdo de la terrible guerra del Paraguay lo que alimenta en estos pueblos las actividades, las ambiciones y las esperanzas. No es sobre el recuerdo de la guerra, sobre el brillo de la victoria, que se han desarrollado, se desarrollan y se agrandarán en el continente americano las fuerzas del trabajo, la producción y la riqueza.

EL SOCIALISMO Y LA PRODUCCION.

Y quienes proclaman la necesidad de esa potencia de creación de las sociedades modernas, no son solamente los economistas, los teóricos de la burguesía innovadora y productora. Es uno de los errores difundidos en contra del socialismo imaginar que se preocupa exclusivamente de la repartición o distribución de las riquezas. No. Se preocupa y se ha preocupado esencialmente del progreso de la producción. ¿Qué sería, en verdad, la igualdad social que el socialismo quiere preparar si no fuera más que la igualdad en la abyección de una común miseria, de una inercia paralizadora?

Lo que se ha reprochado a la sociedad nueva no es una repartición desigual sino una insignificancia de producción. Sin embargo, después de Thermidor, los teóricos socialistas han propuesto la primer fórmula de organización de las fuerzas productoras. El gran Fourier presintió el desarrollo de las fuerzas modernas. El constata que en la sociedad de su tiempo, por la incoherencia de los esfuerzos, por la contradicción de las energías se despilfarraba fuerza y riqueza; y si propuso su sistema asociativo, de actividad armónicamente organizada, no era solamente para dar más bienestar a las masas desheredadas y pobres, sino para impedir por el acuerdo de voluntades, por la asociación de los esfuerzos, por la economía de las fuerzas esa suma de pérdidas y despilfarros. Y su obra no fué inútil. No tengo necesidad de recordar que la gran escuela saintsimoniana se ha preocupado antes que todo de desarrollar, de organizar, de centuplicar la producción: ella quiere que el producto de los Bancos centralizados sirva para estimular y coordinar las empresas en beneficio del país y nacionalizarlas más tarde. Es decir, pues, que quiere antes que todo sustentarlas y fecundarlas.

Y es interesante constatar que esas vistas socialistas han sido adoptadas en parte por los dirigentes de la producción moderna. Por los Bancos que estaban detrás de las empresas alemanas, la gran industria germánica se ha constituido en el orden capitalista, aunque en provecho exclusivo del capital,

H X 266

. J 3756

— 9 —

según el tipo formulado por los doctrinarios socialistas de la escuela de Saint Simón. Y son también los saintsimonianos, con sus ideas de expansión económica, los que han anunciado la conquista de Egipto y de la Algeria por Europa. Y bajo la acción de su pensamiento es que se ha desarrollado en la América del Sud la política de la inmigración y de la población. Hombres como Alberdi y Echeverría se habían inspirado en Lerroux, en el pensamiento saintsimoniano de la expansión económica del hombre; y el pensamiento adoptado por esos hombres adelantados se cristalizó en fórmulas como la de "gobernar es poblar".

Tengo, pues, el derecho de decir que al mismo tiempo, por lo menos, que los economistas de la burguesía revolucionaria y del liberalismo, los teóricos, iniciadores y organizadores del socialismo se han preocupado de acrecer y centuplicar la producción. Y piensan como Marx que un régimen nuevo de propiedad social y cooperativa que armonizara todas las actividades humanas — que en lugar de oponer como el régimen de hoy clase a clase, hiciera de todas, sobre la base de una propiedad cooperativa y social, libres asociados — no se implantaría solamente para repartir entre los hombres el producto del Trabajo, sino para darle al árbol una savia más generosa que centuple los frutos.

Así, pues, por todas sus tradiciones y por todas sus fuerzas, el mundo moderno es impulsado en la vía de una producción intensa y de una creación de riqueza siempre más abundante. Pero, a medida que la vida económica de los pueblos modernos se hace intensa, es necesario que disciplinen y ennoblezcan ese gran movimiento y esa potencia poniéndolos bajo la dirección de un ideal noble y justo.

NECESIDAD DE UN IDEAL.

La riqueza es un medio, no es el fin. La riqueza no ejercita el espíritu humano por entero. Y para que una civilización sea realmente humana es necesario que desarrolle todo el hombre y que lo desarrolle por entero en todas sus partes. No quiero decir que se distribuya mecánica y automáticamente el mismo saber a todos. Pero es necesario que todo individuo humano cultive en sí, a través de todas las agitaciones y de las luchas exteriores, la vida íntima del espíritu. Es necesario que toda persona humana sea capaz de conocer, en ciertas horas, ante las bellezas de la naturaleza, sus nobles emociones, cuyas vibraciones se prolongan en la familiaridad de la vida cotidiana y cuyos estremecimientos hacen temblar las fibras nobles del hombre. Es necesario que cuando surgen los productores de belleza, los artistas capaces de armonizar los elementos de las culturas antiguas y de

crear en cada nación un pensamiento original y autónomo, sean comprendidos; es necesario que en la dificultad de su obra puedan reconfortarse diciéndose que cuando haya sido producida será comprendida, no en los secretos y delicadezas íntimas, sino en la sincera profundidad de la emoción creadora, por una multitud de hombres elevados a la dignidad humana; y que así como el sol, cuando pasa sobre las ciudades, cuando desciende sobre los hombres, deja un reflejo en el más pobre vidrio de la vivienda más humilde, pueda repercutir la gloria de un pensamiento del espíritu del creador en el espíritu de la multitud.

¡Cuán difícil y profunda es esa obra! Obra social al mismo tiempo que obra moral. Porque para que todos los ciudadanos de las naciones modernas puedan en ciertas horas entrar en comunicación y vibración de pensamiento con las formas más altas de la verdad y de la belleza, es necesario que sean puestos en una condición social de bienestar y de seguridad que les permita en los intervalos del trabajo remunerado y reglamentado gustar las alegrías del espíritu. En la abyección de la miseria, en la angustia de la incertidumbre de la vida, las altas alegrías se pierden como una pobre luz sobre el cieno de las calles. Hay que libertar, pues, a las multitudes pobres de la servidumbre y de la miseria.

Hasta que una organización social más equilibrada realice el orden en el espíritu del hombre, éste no podrá librarse de la obsesión y de la fiebre que aniquila a nuestras sociedades devoradas por la concurrencia. Los millonarios de hoy están literalmente aplastados bajo el peso de su fortuna y buscan cómo poder descargarse antes de morir. Esas fortunas han sido para ellos la obsesión y el tormento. Uno hubo que decía: no me es posible soportar que no pueda decir una palabra o hacer un gesto que no tengan una acción sobre el mercado de los valores. Buscan, pero no encuentran. Porque las fortunas, en virtud del mecanismo social de hoy, han tomado formas individuales y es difícil separar el individuo de la fortuna.

LA CRISIS SOCIAL.

Los pueblos de hoy, a medida que progresan y desarrollan su propia intensidad productiva, se encaminan a una inevitable ruptura de equilibrio. La industria se ensancha en la vieja Europa. Y precisamente, porque se perfecciona y agrupa centenares y millares de asalariados; precisamente porque llama en su auxilio para realizar ese desarrollo a todas las fuerzas de la ciencia, se hace más difícil a las multitudes alcanzar la riqueza. Las gradas del templo hanse aumentado; el templo está muy alto y las multitudes no pueden subir has-

H X 266

. J 3.756

— 11 —

ta él. Y mientras dure el sistema actual, miles y miles de proletarios, podrán alcanzar periódicamente alzas de salario, que son a menudo cubiertas por la elevación del precio de la vida, pero estarán excluidos para siempre de la dirección de la producción y de los beneficios de la gran riqueza. Hay millones y millones de proletarios que empiezan a sentir esa especie de expropiación permanente, y es por eso que digo que las sociedades modernas, si quieren continuar evolucionando sin ruptura de equilibrio, será necesario que busquen un medio de organizar una más grande y verdadera cooperación de los hombres en el trabajo. Y lo que es verdad para los viejos países, es verdad también para los países nuevos.

Yo sé que por la inmensidad de las tierras disponibles hay aquí un espacio que permite una cierta elasticidad social; pero, a medida que miles y miles de proletarios van tendiendo en el país las vías de penetración y de comunicación, el efecto de ese trabajo es dar a las tierras sobre las cuales pasan esas vías un plus valor que hace, y hará cada vez más difícilmente accesible su adquisición por los que las trabajan.

Para organizar todas esas fuerzas y equilibrarlas, habrá que tener un plan, una idea directriz, es decir, un gran ideal social.

Y cuando hablo de ideal, que no haya malentendidos! Afirmar el ideal no es proclamar una fórmula abstracta y artificial. Empleo la palabra en el sentido en que Claudio Bernard hablaba de la idea directriz del organismo.

LA EVOLUCION ORGANICA.

El gran fisiologista constata que cada uno de los organismos conocidos se desarrolla y evoluciona desde su germen hasta su disolución como si fuera conducido por un plan, como si obedeciera a una idea directriz. Pero esa idea directriz del organismo, no es distinta de él. Coordina el esfuerzo de todas las células y conduce el organismo a través de todas las crisis.

En la medida que sea posible llevar las cosas de la naturaleza a las cosas de la humanidad, el ideal social sería pues la idea directriz del organismo social en un sentido de transformación profunda.

Y para realizarlo debemos ser audaces, apoyándonos sobre la vida misma. Todo en la naturaleza dice al hombre que ose y que espere. La naturaleza, a pesar de sus brutalidades y ferocidades, es un grito de esperanza, y la historia humana también. En la naturaleza se constata la fuerza ascensional de la vida, y en la humanidad y en la historia la fuerza ascensional de la justicia.

La idea de la evolución orgánica de los seres y de su

transformación formulada por Lamarck, Geoffroy-Saint-Hilaire, Darwin y Ameghino, es hoy general y admitida por todas las creencias y escuelas. Según ella las formas todas proceden unas de otras, las más complicadas de las más simples. Hubo un día que en la profundidad de los océanos la vida estaba representada por una especie de molécula amorfa, por un germen imperceptible e informe que revelaba sólo en el movimiento su fuerza de vida interior. Y de este germen minúsculo, de ese átomo oscuro, se ha desarrollado en todos los medios, en la tierra, en el agua y en el aire cargado de fulgores, la multiplicidad de las formas y de los seres. En la profundidad de los mares y de los bosques hubo cruentas batallas pero también armonías. Kropotkine nos habla en un libro bellissimo de las agrupaciones y federaciones orgánicas. En esa brutalidad de los elementos la maternidad sublime pone sus fulguraciones, y a través de batallas y de amores las formas se desarrollan, siguiendo un ritmo ascensional. Y se llega al hombre, que resume en sí la naturaleza toda entera, que es toda la naturaleza, de tal modo que si un día todas las formas subieran a la luz y todos los seres quisieran conocer su secreto, irían a preguntárselo a él...

Y bien; ha habido en todo ese proceso una idea directriz, que se manifiesta a través de las miserias, de las brutalidades y de los dolores de la naturaleza. Esa fuerza ascensional de la vida, que eleva la naturaleza, es igual a la idea de justicia en la historia de los hombres.

LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA.

En el origen de la historia aparece entre los hombres esa sed de ideal, ese impulso hacia el porvenir. Los pueblos salvajes, y lo sabemos a medida que la ciencia los estudia y los interpreta, han tenido la percepción de la unidad que envuelve los seres. He aquí el germen primero y vital. Y si fuera posible hacer la historia de toda esa acción, esa historia ascensional nos hablaría de la audacia humana, determinante y creadora del progreso humano. Ha habido afirmaciones, errores y audacias; y es esa audacia la que lanzó al espacio el primer impulso de los grandes sueños que la ciencia ha venido a realizar.

Fué la audacia del genio helénico con su arte y su filosofía. Fué después Roma, que creó la gran ley del contrato. Fueron los filósofos estoicos, que dijeron que ese contrato para que tuviera valor debería realizarse entre dos hombres iguales y proclamaron la dignidad de los hombres. Vino el imperio y con él el cristianismo. Y si bien el cristianismo desdobló después la realidad en dos mundos: un mundo sobrenatural en que todo sería igualdad de las almas, y un mundo

H X 266
. J 3.756

— 13 —

natural, librado a las desigualdades, a las contradicciones y a las miserias, el cristianismo de origen, el de los primeros siglos, no conoció sino un mundo, el mundo definitivo, que sustituiría después de varias generaciones el mundo brutal y malo. Y era la naturaleza humana, todas las fuerzas de la humanidad, del mundo y de la vida que debían transfigurarse para él y saturarse de justicia, de amor y de ternura: sueño prodigioso cuyos impulsos llevaron sobre sus alas las audacias de la esperanza humana.

Fué después la democracia. Y lo que hay de grande en la democracia moderna y en la Revolución Francesa, que la precedió, es la aplicación al mundo real de ese gran sueño de fraternidad. Por eso los idealistas de la Revolución dijeron que todas las personas tenían un valor igual y que era necesario que ese valor tuviera su consagración no en las esperanzas de ultratumba, sino en la naturaleza misma, por la igualdad de los derechos, por la participación común en la soberanía, por el desarrollo de instituciones que garantizaran el libre desenvolvimiento de todos los individuos.

Es la democracia la que está desarrollando lo que el cristianismo tuvo de más audaz. La antigüedad griega hizo la igualdad en la tierra, en la ciudad: igualmente para los ciudadanos, es decir para un pequeño número de hombres. La masa oscura de los esclavos quedaba debajo. El cristianismo proclamaba la igualdad para todos, pero en el cielo. Y la Revolución y la democracia proclamaron esa misma libertad, esa misma igualdad, pero aquí en la tierra y para todos.

EL IDEAL SOCIAL.

Y ahora es un ideal más osado, más alto y más vasto el que surge. Es el gran ideal social que quiere, como la gran Revolución, realizar la razón, la libertad, la igualdad y el derecho para todos. Pero no solamente en la superficie política de las sociedades, no solamente en el ejercicio de la soberanía política sino en el ejercicio sustancial de la vida: es decir, la igualdad y la armonía en el trabajo mismo, en la organización de la propiedad, de la producción y de la riqueza. Es la osadía humana misma.

Pero por osado que sea ese ideal, por noble que sea ese ideal, que quiere exaltar y levantar la masa entera de los hombres, no es quimérico porque todo lo anuncia y lo prepara. Y es una evolución constante de educación y de organización de las fuerzas del trabajo la que por grados irá realizando ese ideal soberano.

Es un poderoso viento que sopla y a su contacto todo se agita. En la intimidad de las conciencias empieza a palpitarse la esperanza nueva. El gran viento pasa a través del bosque,

y millones y millones de hojas se estremecen. El gran viento pasa sobre el mar, y millones y millones de olas se levantan y son doradas por el sol. Es la masa toda entera la que ayudará a la realización de ese ideal, organizándose y educándose; es el ideal de justicia que surge con vigor inusitado de las profundidades de la Historia.

H X 266
. J 3756

Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas

EL PORQUE DE LA CONFERENCIA.

Es necesario que no haya entre nosotros el menor misterio. Algunas personas de esta ciudad se han preguntado y me han preguntado a mí mismo, amigablemente, en virtud de qué indicaciones yo me había inclinado a estudiar a Alberdi y su obra. Algunos han emitido la hipótesis de que un crítico literario de la Argentina, que ahora viaja por Francia, me había sugerido ese bello tema. No hay que ir tan lejos.

Hay en la América del Sur, desde Brasil a la Argentina, pasando por el Uruguay, grupos socialistas que estudian, piensan, trabajan y que, deseosos de aclimatar la idea del socialismo internacional en el medio en que viven, se preocupan de estudiar e interpretar el movimiento intelectual de su país. Es así que han aparecido en "Humanidad Nueva", publicación socialista de esta capital, estudios sobre Alberdi. Es así que el diputado socialista uruguayo, Emilio Frugoni, ha llamado mi atención sobre el valor científico e intelectual, sobre las ideas económicas y sociales de Alberdi.

No es que sea uno de los nuestros, no es que el socialismo pueda reivindicarlo para sí. Antes al contrario, en muchos puntos y en ciertos periodos de su vida, ha sido uno de los adversarios más encarnizados de la idea socialista. Pero como él interpreta los acontecimientos políticos a la luz de los fenómenos económicos; como busca siempre a través de la superficie agitada de los acontecimientos políticos y de las crisis de gobierno las raíces económicas profundas, los socialistas han querido estudiarlo con mucho interés.

LA HISTORIA ARGENTINA.

Y si yo me arriesgo a hablar de la honda impresión que su estudio me ha hecho, es porque soy un convencido de que, cada vez más, todos los europeos que piensan tienen que hacer un acto de reparación hacia la América latina y hacia la República Argentina particularmente. Cuanto más

estudio la vida del pasado argentino, más me convenzo que la Europa pensante no ha fijado suficientemente su atención sobre la potencia de vistas intelectuales y morales mezcladas, desde hace un siglo, a vuestros acontecimientos y agitaciones. No ha visto sino las crisis, las guerras civiles que de lejos aparecían como guerras de "clans", en que las pasiones personales oscurecían la luz de la idea. Y a medida que yo estudio, a medida que trató de comprender mejor vuestra tradición y de prever vuestro porvenir, me persuado de que ha habido en este país desde hace un siglo un admirable, un trágico despliegue de fuerzas intelectuales y morales, no solamente por intereses minúsculos, sino por grandes intereses de unidad y de organización. Y la historia de la Argentina, la historia de Buenos Aires y de las provincias, aparece al espíritu, cuando se penetra en ella, como un drama clásico, de una impresionante belleza. Era una gran tarea, una difícil y heroica tarea: después que la independencia fué proclamada, después que se rompieron los lazos que ligaban al país con España, había que organizar un pueblo, una nación nueva, con los elementos que dejaba el pasado, con la inexperiencia común de la libertad, que era el resultado de una sujeción tres veces secular, con el antagonismo de la ciudad y de las campañas, en que se agitaban fuerzas vigorosas pero incultas. Todos esos conflictos, todas esas agitaciones y sufrimientos, tenían, pues, una idea y realizaban, consciente o inconscientemente, un vasto programa.

Ese gran esfuerzo ha tenido a su servicio espíritus de primer orden y obras que forman desde ya parte integrante e imperecedera del tesoro común del espíritu humano. Yo no violento las cosas diciendo que las "Memorias" de Moreno y su "Representación en nombre de los hacendados del Plata", como su "Tratado sobre la misión del congreso organizador", tienen un legítimo lugar en una biblioteca de historia. Las obras de Alberdi, las "Bases" sobre todo, y su libro de conjunto sobre la América, deben clasificarse al lado de las obras de Tocqueville, Laboulaye y, por ciertos capítulos, al lado de Montesquieu. Y aunque Alberdi mismo haya sido injusto con Mitre, aunque haya acusado su elocuencia de fastuosa y asiática, me parece que varios de sus discursos serán estudiados con provecho por todos los hombres políticos y los oradores, aun de la Europa, porque en esa abundancia hay firmeza y plenitud de pensamiento y porque ha sabido conciliar el eco de las tradiciones idealistas con las necesidades del progreso positivo.

EUROPA Y NUESTRA HISTORIA.

Y si todas esas fuerzas intelectuales no ocupan en la cul-

HX 266
.J3.756

tura de la Europa el sitio que merecen, es porque en ese mismo período Europa tenía también sus agitaciones y sus trastornos.

Sainte-Beuve ha dicho que Napoleón había pervertido el gusto de Europa, habituándola a lo brillante, a lo grandioso, a lo colosal. En el orden militar el corso llegó a manejar masas tan grandes que, en comparación con sus campañas formidables, que hacían cementerios de los campos de batalla, las admirables marchas de un pequeño número de hombres perdían en la imaginación europea todo su verdadero valor. Y la misma travesía de los Andes no podía aparecer con todo su relieve dramático ante el contraste de las multitudes que el napoleonismo ponía en movimiento.

¿Y cómo habrían podido? ¿Cómo la Europa y la Francia habrían podido penetrar a fondo la vida intelectual de la América latina cuando estaban obsesionadas por la multitud de los dramas políticos y de las crisis sociales? En 1813 se constituía nuestro segundo directorio, cuya obra política fué tan fecunda, y en 1813 la Europa estaba incendiada y los conscriptos eran llamados a millares del fondo de las aldeas para ir a vigorizar el ejército de Napoleón. En 1817. San Martín atravesaba los Andes, y en Francia caía el napoleonismo y caía la democracia. En 1853 se establecía el primer equilibrio entre la unidad y la federación en la República Argentina, y la Francia, que habría saludado ese acontecimiento, estaba en crisis, humillada en su esperanza y en su razón, y los demócratas vencidos hubieron de preguntarse si no pasaría aquí lo mismo que estaba ocurriendo allí. Vino 1870, y la Francia volvióse hacia el mundo germánico para estudiar el secreto de las victorias de la guerra, para asimilarse lo que la cultura germánica podía tener de más fuerte y eficaz. Y los problemas que sobrevinieron después impidieron también que el pensamiento de Francia entrara en comunicación simpática con este país, haciendo el esfuerzo de comprensión y de inteligencia necesario.

Pero, poco a poco, grandes hechos se producen. La República Argentina llega a un grado de fuerza y de potencia económica que llama la atención de los hombres y de los pueblos. Y la Francia nueva encuentra en la República Democrática su equilibrio, es decir, su libertad, y su serenidad de espíritu que, abriéndole amplios horizontes, le permite mirar, sin ningún sentimiento de exclusión hacia las otras razas, todo el mundo latino, a la Italia que se unifica y se democratiza, a la España que sacude las viejas cadenas y despeja sus tinieblas, a la América que se disciplina y organiza; y entonces el pensamiento de la Francia se exalta y comprende que su cultura sería incompleta si no se asimilara

lo que hay de bueno y de elevado en todas las cosas del mundo...

Por eso es que yo me atrevo a hablar de Alberdi. Y no es que quiera mezclarme a las controversias que ha motivado. Hago honor a Alberdi al decir que he tenido a menudo la impresión de que en sus polémicas no era plenamente justo. Es la consecuencia del ostracismo.

LA EXPATRIACION Y SU INFLUENCIA.

El ostracismo es glorioso, pero tiene sus peligros para el espíritu del hombre. Separándolo del medio en que podría y debería actuar, agría y exaspera sus sentimientos; y entonces, cuando parece que al juzgar habría, por estar lejos, más serenidad, los juicios se oscurecen y se envenenan por la separación. Los malentendidos han sido múltiples entre los exilados y su patria de origen, como entre los exilados de una misma generación. La princesa Belgiogioso decía de las querellas que dividían en Bélgica a los convencionales que al restaurarse los Borbones tomaron el camino del destierro: yo no los comprendo; han matado al mismo rey, y no están de acuerdo...

Creo por eso que en los juicios que Alberdi ha hecho sobre la obra histórica y política de Mitre y de Sarmiento, ha habido un poco de esa desviación del expatriado.

Voltaire, aislado en Ferney, pudo combatir contra sus enemigos. Hugo, desde la roca de Jersey, pudo combatir al Segundo Imperio que lo había desterrado. Y esas circunstancias explican y atenúan su encono.

El peligro de Alberdi es que él estaba en la expatriación cuando los que lucharon con él contra la dictadura de Rosas y prepararon con él la Constitución de 1853 habían llegado al poder.

EL JUICIO DE LA HISTORIA.

No quiero hablar, pues, de esas controversias. La Historia es la que reconcilia a los que en vida se combatieron sirviendo una misma causa. El rol que asume todo hombre en las luchas históricas es necesariamente un rol exclusivo. Hay que imponer las ideas y hay que combatir por eso no sólo a los que son fundamentalmente opuestos a nuestras vistas, sino también a los que creen servirlos al mismo tiempo por medios diferentes.

La vida del hombre político, la vida del hombre público, es necesariamente un perpetuo combate, un conflicto perpetuo. Lo que hace la belleza de la Historia es que ella no está obligada a elegir. Yo he estudiado, día por día, la Revolución

H X 246
.J3.756

— 19 —

Francesa y me decía a cada minuto: ¿qué habría hecho yo? ¿Habría estado con Robespierre, con Vergniaud o con Danton? Y transportándome con el pensamiento a la hora de la acción, yo quería elegir, pero no veía sino el valor de la obra común en la que colaboraron los hombres que se habían devorado.

Leibnitz decía: los cuerpos chocan y se excluyen, los espíritus no. En la lucha de los partidos, los individuos son cuerpos, inteligencias revestidas de pasión y condenadas a la acción exclusiva. En la región del espíritu, en cambio, en la región de la libertad, que se alcanza cuando se juzga, se dejan de lado las exclusividades y se reconcilia lo que hay de común.

Es con ese criterio que he estudiado a Alberdi, apuntando lo que ha tenido de grande y lo que me parece el peligro, la crisis de su pensamiento.

EL REALISMO Y LOS FALSOS VALORES.

Lo que es admirable en él es el espíritu de realidad, de sinceridad y de modestia humana e impersonal. Sabía que la seducción de una palabra es poderosa sobre el espíritu de los hombres y sobre la imaginación de los pueblos latinos, y constantemente llamó a su país al sentido de las realidades profundas. Haber instituido la democracia no es nada, si todos los ciudadanos no son capaces de ejercer su derecho. El sufragio universal no es sino una pobre soberanía; no es, según sus palabras textuales, sino una regencia si al verdadero soberano, indiferente o ignorante, se substituyen las oligarquías que, ejerciendo su voluntad, lo suprimen y subordinan.

Esas son las enseñanzas de realidad que ha dado Alberdi a la democracia de todos los pueblos y a los pueblos jóvenes principalmente, a quienes aconseja no dejarse fascinar por su prosperidad o por ciertas apariencias de prosperidad. Un solo rico no es un pueblo rico, decía. La sola riqueza, la duradera, está en el trabajo perseverante, en la sobriedad y en la serenidad de la vida; y el culto a la victoria militar y las fanfarrias de las "reclames" económicas no serán nada si el país no desarrolla profunda y metódicamente sus fuerzas. Eso era lo que decía hace sesenta años a vuestros dirigentes y a vuestro pueblo.

Y para que todos los esfuerzos de vuestra civilización naciente se consagraran al trabajo metódico, paciente y organizado, empuñé de un modo sistemático los otros valores de brillo, los valores de gloria, tratando de crear un alma nueva, más sobria y más realista. El ha dicho esa palabra admirable: para nosotros, el heroísmo de la acción se ha concluido, es el heroísmo del pensamiento el que empieza. Yo miro esa fórmula vigorosa, y creo que para todos los partidos lle-

gados a la conciencia de sí mismos y para todas las naciones que han sobrepasado el primer estado de evolución y de organización, es el heroísmo del pensamiento, es la audacia de la inteligencia combativa y del trabajo creador, lo que constituye el valor por excelencia!

LA FUERZA DEL ENTUSIASMO.

Pero el espíritu humano no es de un solo tinte. Y Alberdi tiene peligros. A fuerza de querer luchar contra lo que él llamaba la apariencia, la exterioridad, la ficción, la efervescencia artificial, llegó a condenar el entusiasmo mismo. Llegó a decir que el monje, el soldado y el poeta son los enemigos, así como a desconfiar del entusiasmo revolucionario de los proletarios socialistas. Excomulga así el entusiasmo místico del monje, el entusiasmo heroico del soldado, el entusiasmo de inspiración del poeta y el entusiasmo innovador del proletario, que espera una sociedad más justa. Yo creo que hay peligro en apagar en el corazón de los hombres las llamas del entusiasmo y que si, después de haber matado todas las fuerzas del heroísmo, del misticismo y de la gloria, matamos también la fuerza del ideal que anima al poeta y la fuerza de esperanza que levanta a los trabajadores, corremos el riesgo de tener una sociedad sin alma, sin valor y sin fuego.

LOS POETAS.

De los poetas, Alberdi no tolera sino tres, porque son, dice, profundamente serios: Homero, Cervantes y Molière. Y es de notar que entre éstos hay dos, Cervantes y Molière, genios admirables e incomparables, que son, antes que todo, genios amargos, genios que han visto la miseria de la naturaleza humana, la fragilidad de ciertos sentimientos. Alberdi coloca, pues, entre los grandes creadores y poetas de la humanidad, sobre todo a los que tienen el espíritu de observación crítica, profunda y amarga. Pero, ¿por qué ha puesto a Homero? Sin duda, porque trazó con una cierta ingenuidad aparente el cuadro de la vida simple. Lo que hace, sin embargo, la gloria de Homero es que no se ha dedicado a representar servilmente la vida de los hombres, sino que la levantó siempre por encima de sus luchas, por encima de sus cadáveres y de las llanuras cubiertas de sangre, poniendo sobre los individuos y sobre los combates una idealidad de gloria, tan alta como para que los hombres se elevaran hasta ella por la audacia y el heroísmo. Homero tenía el sentimiento de que el hombre debía ser impulsado y elevado por grandes y altas pasiones. Y es por eso que ha puesto en la boca de un dios la más vehemente palabra de idealismo que jamás bro-

H X 246
. J 3.756

tó de labio alguno: "toma tu lanza, he cortado para ti la madera en la más alta cumbre de la montaña"...

IDEALISMO Y POSITIVISMO.

Y bien; ése es el vicio del pensamiento y de la obra de Alberdi: no ha sabido conciliar con la pasión de un ideal, con el entusiasmo innovador, el criterio moderno y positivo que es la característica de su obra. Y por eso vióse condenado a muchas insuficiencias y a muchos errores.

Se equivocó, por ejemplo, sobre los pueblos latinos.

Yo no le reprocho su predilección marcada por el genio anglosajón y la civilización anglosajona; tengo por ellos una admiración profunda y me parece bueno que los pueblos de origen latino aprendan, para completarse y equilibrarse, a admirar las virtudes de los pueblos de origen anglosajón. Lo que reprocho a Alberdi no es, pues, esa preferencia, ni es que no haya podido quedarse más de tres días en Génova porque no encontrara muchos ingleses; lo que le reprocho es haber desconocido lo que hay de más sólido en el genio latino y lo que hay de más audaz en el genio anglosajón.

Lo que Alberdi critica al genio latino es su idealismo, es esa fuerza de lógica que hace que en Francia la democracia haya querido, en ciertas horas, ir hasta la cima de una idea; es ese espíritu de absoluto aplicado a las cosas humanas.

Alberdi se equivoca; la idea general no es inconciliable con el sentido práctico. Moreno, por ejemplo, lector y traductor de Rousseau, ha sabido conciliar, en la hora primera de la emancipación americana, la idea pura, la idea alta y clara y las realidades históricas con las cuales tenía que contar.

Para emancipar a América, como para emancipar a Francia, era necesario el punto de apoyo de una doctrina, de una teoría, de una idea clara. Si los hombres de 1789 no hubieran tenido la idea de un derecho humano, la idea de una dignidad humana ineludible e imprescriptible, que ninguna tiranía secular podía interrumpir, ¿dónde estaría su punto de apoyo contra las tradiciones y las fuerzas del nuevo régimen? La monarquía se decía de derecho divino, y a esa vestidura divina unía la fuerza de los siglos, porque se había confundido con la vida de Francia. ¿Cómo los paisanos, los obreros y los burgueses podían levantarse contra ella sin tener una fuerza igual a esa fuerza secular de la monarquía y de la iglesia? Y contra la monarquía proclamaron la fuerza de la idea. Somos hombres, dijeron, y porque somos hombres, somos más anti-gueros que la monarquía!

Esa misma fuerza ha existido en el origen de vuestra historia, y Alberdi lo ha olvidado. ¿Cuál habría sido vuestro título, qué precedente habría podido invocarse? El régimen co-

cional de España no había creado ninguna preparación de libertad; y para disputar con ella, para negociar con ella de igual a igual, era necesario invocar un derecho nuevo. Es lo que hizo Moreno, con una habilidad y un ingenio práctico admirables. Los hombres no pueden vender su voluntad y su libertad, decía, sino en virtud de un contrato. El poder ha de ser el resultado de un contrato entre nosotros y la monarquía española. Ese contrato ha sido destruido, porque el rey de España es prisionero de Napoleón. Tácitamente, pues, nosotros debemos de contratar de nuevo, pero contratar en condiciones que respondan mejor a las realidades presentes. Podríamos hablar de la América toda, pero la obra encontraría muchas dificultades. Vamos, pues, a libertarnos por fragmentos americanos, constituyendo tantas naciones autónomas como lo permita la naturaleza de las cosas para realizar más tarde vastas federaciones. Así, pues, se concilia en los orígenes de la historia argentina la doctrina del derecho, la teoría absoluta del contrato, y el sentido político práctico.

LA ENERGIA LATINA.

Alberdi llegó, también, a dudar de la libertad y de la democracia en la civilización latina. Y por haberse separado de la fuerza viva del ideal, llega a preguntarse en dos de sus libros si la monarquía no era necesaria en la América latina y cree en una restauración monárquica. Y a nosotros, pueblos latinos de Europa, nos ha condenado casi a la impotencia definitiva e irremediable. En 1848 está con Guizot contra la democracia. Y bajo el segundo imperio comete el error funesto de simpatizar con Napoleón III. Y más tarde, en 1878, cuando la Francia se renueva, la obra que Alberdi más admira es el panfleto en que Taine desacredita la Revolución Francesa, a riesgo de secar nuestra vida nacional en sus raíces.

Los acontecimientos lo desmenten, sin embargo. No es abjurando su derecho y renegando de la revolución y de su idea que Francia encuentra el equilibrio y la posibilidad de un progreso normal e indefinido. Sufrió la dictadura del primer imperio, el retorno impotente de la monarquía tradicional, el despertar turbulento de la tercer república; y a través de todas esas pruebas se dijo siempre: mi salud, mi esperanza, mi fuerza, no está en renunciar a la tradición de mis padres, no está en negar la filosofía de los abuelos, porque mi equilibrio y mi necesidad es la república democrática y racional, la república laica, la república de la nación, sin ningún poder hereditario.

Y ésa es la mejor prueba de que el genio de los pueblos latinos es capaz de organizar la libertad. Lo que evidencia la vitalidad de la Francia republicana es que no ha estado a

H X 266
. J B 756

merced de su capital; que no ha permitido ser conducida contra su voluntad. Cuando París marchó con la libertad, la Francia estuvo detrás de él; y cuando se hundió en el "boulangismo", la Francia republicana estuvo contra él. Porque la república racional, que educa al pueblo, pone en la conciencia de todos esa energía que para Alberdi era el privilegio de la civilización anglosajona.

Es cierto que el pueblo inglés marcha durante siglos por progresos continuos; es cierto que una sólida educación intelectual y moral está en la base de sus instituciones políticas; es cierto que en Inglaterra los individuos aprenden de por sí la libertad antes de tomar parte en la vida colectiva; es cierto, en fin, que constituyen los ingleses un gran ejemplo de energía moral, de espíritu, de método y de continuidad. Pero la Inglaterra ha tenido también sus crisis y agitaciones, como las habidas en el mundo latino.

Y a propósito, quiero referir una anécdota. Yo me acuerdo que en 1887, en momentos que el presidente Grevy, menos feliz que el rey de Inglaterra Carlos I, sostenido hasta el cadalso por su ministro Stradford, no encontraba un solo ministro amigo, llegaron al palacio Borbón varios diputados ingleses, quienes me fueron presentados por Clemenceau (era antes de nuestro conflicto). Uno de ellos, lord Churchill, me dijo: "estáis en plena crisis". Y Clemenceau le respondió: "Et bien! et vous? Me parece que ustedes tan tenido un cierto Carlos I". A lo que el inglés respondió: "Sí, pero el vuestro no encuentra ningún Stradford".

LA PASION ANGLOSAJONA.

El genio inglés no es solamente, como se dice a menudo, un genio positivo y práctico. Es un genio profundo y apasionado.

Se ha alimentado en fuentes tan cálidas como la Revolución Francesa. Es con la Biblia que se ha hecho la educación de esos puritanos que en el siglo XVII abatieron la monarquía de Carlos I, crearon la república democrática y bosquejaron la primer regla de comunismo. Es con la Biblia que se educaron, es decir, con el libro menos moderado que haya, el más vehemente, el más apasionado, el más exaltante, el que hace estremecer el corazón de los hombres con un gran soplo trágico, el que habla de la cólera de las montañas y de la cólera de los océanos; el libro de los sobresaltos y de las imágenes grandes; el libro de las reivindicaciones sociales, de los pobres amenazando a los ricos y anunciando el día en que la igualdad de los hombres será fraternal, cuando hayan desaparecido las guerras entre los pueblos y cuando, por el contagio sublime de la paz humana, la naturaleza misma se dulcifique

en sus ferocidades; el libro de Isaías que apostrofa: el libro, en fin, de la reivindicación, de la pasión, de la esperanza, de la justicia, de la cólera, que ha formado en la intimidad de las lecturas cotidianas el espíritu de los puritanos ingleses...

De esa fuente cálida ha salido la primer república inglesa. El recuerdo ha quedado. Macaulay glorificó a Cronwell, y los demócratas ingleses de hoy, los que han derribado el privilegio de las Cámaras de los Lores, están ligados a las tradiciones puritanas, que tienen una gran fuerza de pasión y de revolución.

Otros dos factores han intervenido en la educación del espíritu inglés: la influencia de la Revolución Francesa y la filosofía de Bentham, en la cual ha bebido Alberdi. Bentham es un utilitario. Pero, cuidado! Lo útil significa destruir todo lo que se oponga al propio bienestar: tradiciones y privilegios. Los hombres de hoy son los jueces de sus intereses. Y en Inglaterra, la doctrina de Bentham arruina así la tradición hasta en sus fundamentos. Cada individuo busca lo que es útil a sus intereses; y para eso hay que regularizar el interés de cada uno por el interés superior de todos, de la multitud humana, de la mayoría de los hombres, aun de los más pobres, de la raza misma.

LA DEMOCRACIA INGLESA.

Y por esas tres fuerzas: el puritanismo bíblico, el contagio de la Revolución Francesa y el utilitarismo absoluto de Bentham, la nación inglesa es capaz, en ciertas horas, de movimientos de audacia, de ideal, que desconciertan las fórmulas acostumbradas sobre la prudencia y la frialdad del genio anglosajón. En el siglo XIX hemos asistido a un crecimiento formidable y tempestuoso de la democracia inglesa. La lucha de los obreros para conquistar, aun por la fuerza, el derecho de coalición y de huelga y la gran agitación de los obreros cartistas en pro del sufragio universal; he ahí pruebas elocuentes del impulso de las fuerzas populares anglosajonas.

Alberdi se imagina que el genio latino es un genio de multitud y que el genio anglosajón es un genio de individualidad. Alberdi cree que el "home" inglés cerrado y solitario es la expresión definitiva de su civilización. Pero, por la fuerza de las cosas, por el desarrollo de la producción, las clases se organizan. Y en Inglaterra como en Estados Unidos, los cartels, los trusts, las grandes sociedades por acciones, los grandes sindicatos obreros y patronales, las grandes federaciones patronales y obreras, las cooperativas, son fuerzas individuales agrupadas, acumuladas, sumadas. El individuo inglés vive cada vez más para la vida social y colectiva, la vida de la masa. El individuo del mundo anglosajón tiene de más en más la conciencia de que sería aplastado si no se organizara. El

HX 246
.J3.756

— 25 —

individualismo, el clásico individualismo inglés, ha desaparecido en el orden económico y social.

Y la Inglaterra, desde hace tres generaciones, interviene en las relaciones del trabajo y el capital; legisla para proteger a los obreros; legisla para asegurarlos contra la vejez, la enfermedad, la invalidez, el accidente y la desocupación; legisla para apropiarse en provecho de la nación de una parte de las riquezas individuales. Lloyd George ha establecido el impuesto sobre el incremento del valor del suelo, cuando no resulta del trabajo del propietario sino del desarrollo del progreso social. Y Roosevelt en Estados Unidos, el defensor de la individualidad, el que no quiere que el socialismo "enerve" al pueblo, el que va a fortificar sus músculos en la caza solitaria de los tigres africanos, dice a su pueblo de vuelta de aquellas soledades: cuidad vuestra riqueza natural, vuestro suelo, vuestros bosques, vuestras caídas de agua; esas riquezas son patrimonio nacional y hay que defenderlas.

Alberdi se ha equivocado, pues, al oponer el colectivismo instintivo de los pueblos latinos al individualismo del genio anglosajón.

El ha dicho que el socialismo era en Francia un efecto de la educación grecolatina; que era el recuerdo de Graco y de Platón. Pero, en la Inglaterra de Lloyd George y del Labour Party, en la América de los trusts y de los sindicatos, el socialismo no es un producto artificial. Ha brotado en ese mundo, como en el mundo latino, de necesidades económicas.

LA CUESTION SOCIAL ARGENTINA.

Y es curioso; Alberdi ha sido al principio un saintsimoniano, él mismo cita entre los autores que han edificado su espíritu a Lerroux y a Saint-Simón. Y en los libros que redactó con Echeverría aparece la misma doctrina, la doctrina de la expansión económica. Alberdi la aceptó al principio por entero y después sólo en una de sus partes.

El saintsimonismo tiene dos ideas: desarrollar la producción y organizar más equitativamente entre los hombres la distribución de la riqueza. Alberdi se despreocupó de la segunda parte del problema, creyendo que sería una consecuencia natural de la solución de la primera. Y por eso hay en su obra a este respecto una contradicción singular.

El previó que la gran riqueza nacional de la Argentina podía ser comprometida por la especulación y dijo que la constitución debía tender a asegurar la tierra a los que la trabajan. Y después, comete la consecuencia de decir que en este país la cuestión social no podía existir, que la cuestión del salario no tenía razón de ser; y el argumento que daba era que la población de la campaña estaba habituada a una

vida simple que excluía las posibilidades de una miseria violenta. Entre nosotros, decía, los mendigos mendigan a caballo.

En ese mismo momento, sin embargo, él sustentaba un ideal de civilización que era la antípoda de esa vida simple.

El, que hacía un llamado a las fuerzas europeas, que glorificó la civilización de Europa, que dijo a los argentinos la necesidad imprescindible de utilizar las energías de la inmigración europea, caía, pues, en una gran contradicción. ¿Qué inmigración quería? No una inmigración cualquiera, sino una inmigración de trabajo. Gobernar es poblar, decía, pero a condición de que se traiga una mano de obra moral y socialmente superior. Y señalaba algunos tipos de inmigración no deseable. Quería, entonces, que fueran los obreros de la Europa trabajadora los que vinieran. Y con las prevenciones que había dejado en su espíritu el pasado colonial, era una inmigración anglosajona la que deseaba para su país y, en todo caso, la inmigración de las "élites" trabajadores de Europa. Pero esas "élites" tienen exigencias, están habituadas a ciertas condiciones de vida elevada. Y cuando Alberdi creía, al desearlas, que había excluido el problema, era él mismo el que lo traía por la puerta de la inmigración.

ALBERDI, ENEMIGO DE LA GUERRA.

Y quiero, por último, puntualizar otra contradicción de Alberdi, que ha sido también uno de los más grandes enemigos de la guerra, uno de los más valientes glorificadores de la paz.

En una época en que todos los cerebros de la Europa y de la América vibraban al recuerdo de las guerras napoleónicas y revolucionarias; en una época en que la gloria militar era todavía una forma de la gloria de las democracias, Alberdi tuvo el coraje de decir al pueblo que los conflictos sangrientos ya no tenían excusa posible y que la verdadera gloria era asegurar la justicia entre los pueblos, afianzando así la paz. Y no se limitó a decirlo en una fórmula general. Demostró jurídicamente que la guerra era una muerte colectiva, que debía ser condenada por la conciencia humana lo mismo que la muerte individual. Y pregonó que los pueblos debían entenderse para establecer sanciones internacionales contra las violaciones de la paz. Más aun: fué hasta el fondo de las hipocresías, diciendo que conocía muchos hombres que querían la paz pero a condición de que hubiera antes una última guerra... No se limitó a condenar la guerra; condenó la paz armada y sus consecuencias desastrosas, la paz armada que en la hora actual cuesta a la vieja Europa, en gastos militares y navales, ocho millones por año. Dijo que la paz armada era una guerra sin pólvora contra los pueblos, demostrando con esas prédicas que tenía un gran valor moral.

HX 266
.J3756

— 27 —

Hay en estos momentos dos grandes tendencias que concuerdan respecto de la necesidad de la paz: el liberalismo económico de los Smith, Say, Ricardo y Bastiat, de un lado, y el socialismo del otro. El antagonismo de las clases y la organización misma del trabajo los separa. Pero tienen en su origen y en la hora actual un pleno acuerdo en estos dos puntos: intensificar y desarrollar la producción y asegurar ese desarrollo por el mantenimiento de la paz.

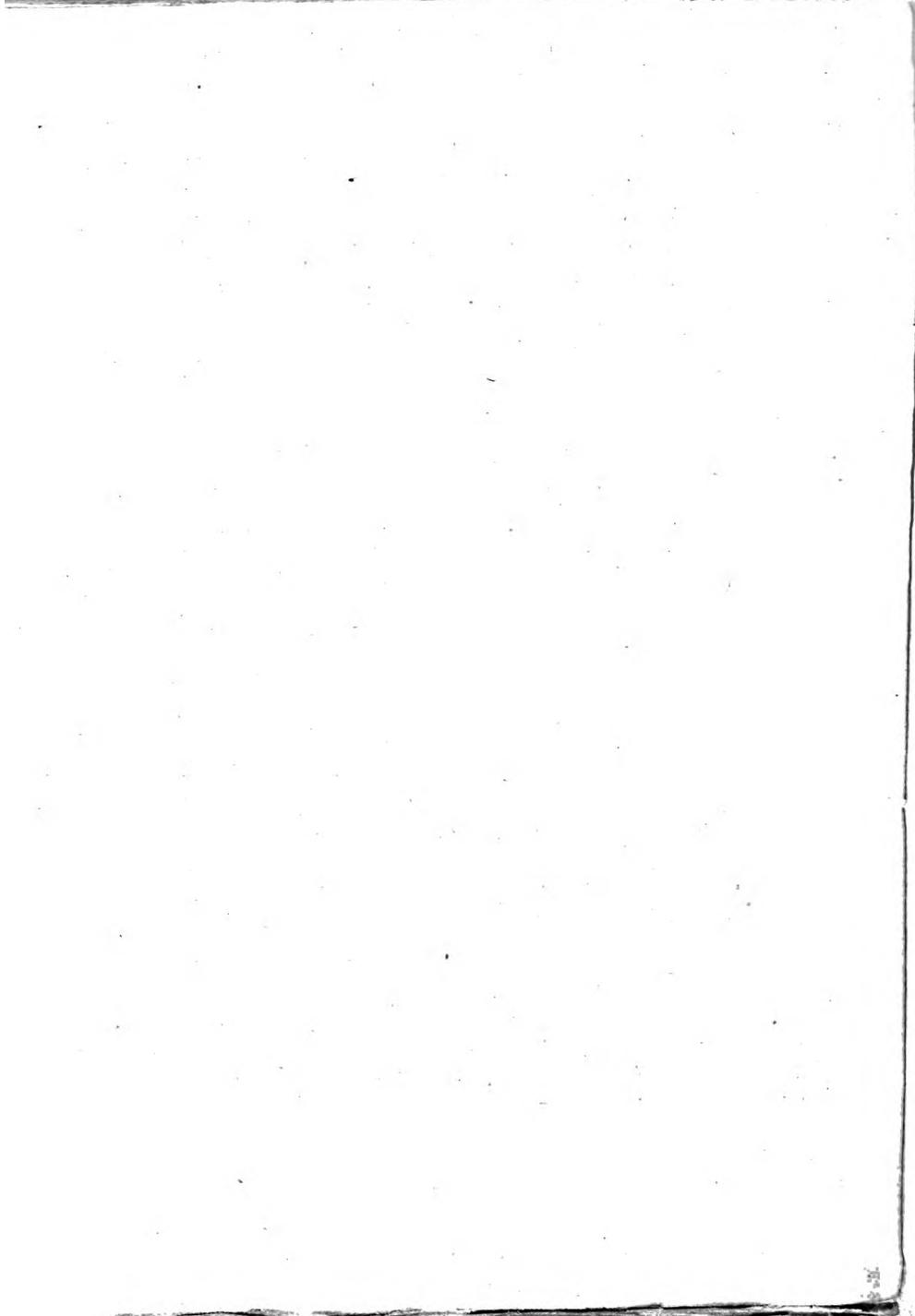
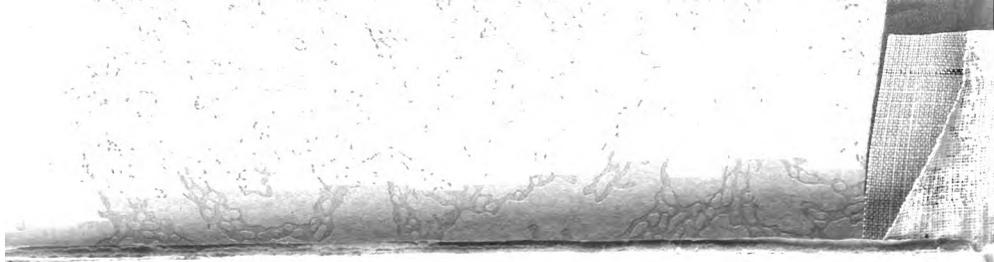
EL SOCIALISMO Y LA GUERRA.

En el momento que Alberdi escribía su evangelio de paz, exponiéndose por eso a las acusaciones apasionadas, desconocía el verdadero carácter del movimiento socialista, y proclamaba que el socialismo internacional no era una fuerza de paz. Sin embargo, desde 1870 el socialismo internacional es una gran fuerza de orden. Hay, pues, en eso una injusticia desmentida por los acontecimientos.

Yo sé que en la preparación de la obra de paz no hay solamente esfuerzos obreros y socialistas. Hay también esfuerzos de demócratas de buena voluntad y de buena fe, esfuerzos de hombres previsores de todas las clases. Pero tengo el derecho de decir que quienes están en primera fila para mantenerla son los obreros organizados de todos los países, que dicen a los gobiernos: nosotros no queremos que el capricho de un hombre empuje a los unos contra los otros.

Y no es solamente el socialismo francés el que dice eso. Hace cuatro días el telégrafo nos comunicó que Bebel, hablando en el Congreso Socialista alemán, en nombre de cuatro millones de trabajadores socialistas, decía al emperador y al canciller de Alemania: nosotros hemos defendido la independencia de la patria alemana contra la invasión, como la han defendido los socialistas franceses; pero no queremos servir al triunfo de un canciller o para colocar al emperador sobre un pedestal; empujar a los obreros alemanes contra los obreros franceses es un crimen; y hemos de negarnos a secundar esos propósitos bélicos apelando a todos los recursos, a la misma huelga general si es necesario...

Yo envío desde aquí mi saludo a aquellos trabajadores. Y porque Alberdi ha querido esa gran cosa de la paz, porque ha querido el progreso de la producción, porque ha querido que América y Europa se comunicaran libremente, porque ha comprendido que la paz es la condición absoluta del progreso normal de la civilización en la era contemporánea, porque se expuso en nombre de ese ideal a los ultrajes y a las acusaciones, yo digo de él que ha sido un buen obrero de la obra humana, uno de los apóstoles que han deseado la desaparición de esa pesadilla terrible de la destrucción y de la muerte internacional...



HX 266

J3756

La política social en Europa y la cuestión de la inmigración

LA POBLACION DE AMERICA.

La población del continente americano, y particularmente la de una región tan vasta, tan fecunda y de un clima tan benigno como la Argentina, es de importancia suma para la humanidad entera, y todos están de acuerdo en que ese problema debe solucionarse con la venida a este país de elementos europeos. Porque es evidente que una nación que podría utilizar para la explotación de sus riquezas naturales decenas y decenas de millones de hombres y que no posee sino seis millones, tiene necesidad de completarse.

Comprendo muy bien las preocupaciones de ciertos espíritus; comprendo, como lo indicaba en la conferencia anterior, que cuanto más múltiples son los elementos componentes de este país, más se hace sentir la urgencia de organizarlos y fundirlos en el crisol de un pensamiento nacional común y de una común acción; y comprendo perfectamente, también, las razones de los que combaten la inmigración artificial, temiendo que pueda relajar y entorpecer el mercado, habiendo leído con vivo interés y hasta con una especie de emoción el informe publicado en 1904 por el señor Bilet Massé sobre las condiciones de trabajo en este país, según el cual los hijos del país que trabajan en el interior de la Argentina están siendo, desde hace varias generaciones, exterminados por una inmigración artificial y febril.

Pero, cualesquiera que sean las reservas que puedan hacerse al respecto y los cuidados que deban tomarse, todos los argentinos previsores reconocen que es necesario desarrollar lo más rápidamente posible la población útil para el trabajo, haciendo un llamado a los hombres de origen europeo.

Y si la población de la Argentina, como de toda la América, tiene para estos países el más vivo interés, lo tiene también, y capital, para el mundo entero, especialmente para Europa. Primero, porque es un espectáculo noble y grande asistir al crecimiento de una nación joven y nueva que se fortifica, no por la conquista y la anexión brutal, sino por la pacífica asi-

milación que efectúa de las fuerzas de trabajo; y después, por la importancia que existe en la explotación de regiones de un carácter agrícola.

LA CARESTIA DE LA VIDA.

Todos los pueblos sufren hoy de una creciente carestía de la vida. Y en el viejo mundo sienten esa carestía grandes masas de hombres.

Bien sé que ese fenómeno tiene causas múltiples, como la superabundancia de oro y la acción del proteccionismo en un gran número de países. Pero hay además otra causa, y es que se ha roto el equilibrio entre la potencia de la civilización industrial y la potencia de la civilización agrícola. La humanidad moderna se ha puesto a producir en grandes cantidades distintas creaciones de la industria: fabricación de tejidos, constantemente renovados de acuerdo con los caprichos de la moda; fabricación de objetos de metal, para los usos de la paz y los usos de la guerra; fabricación de objetos de lujo, para las clases ricas de la sociedad. Y es así que se exalta e intensifica la producción industrial y en todas partes los hombres son desarraigados de los campos en que vivieron sus padres y conducidos a las grandes capitales y a las grandes ciudades.

En las campañas la población ha disminuído y los capitales son empleados en la colosal actividad de las ciudades industriales.

Para muchos artículos de consumo, especialmente para la carne, en Europa el pueblo de las ciudades es un consumidor más exigente que el pueblo de las campañas. La necesidad misma de reparar el esfuerzo del obrero, que respira en las ciudades un aire menos salubre, desarrolla notablemente ese consumo de la carne.

Así, pues, en todas partes crecen las exigencias del consumo humano, desarrollado e intensificado por el régimen industrial; y la fuerza de la producción agrícola, la fecundidad del suelo, excitada por la ciencia del hombre, no ha seguido un movimiento proporcionado a aquel movimiento. Es éste un fenómeno que puede apreciarse nítidamente en la economía social de la América del Norte.

Cuando hace veinticinco años entré al parlamento francés, los cultivadores de Francia acusaban de la baja del precio de sus trigos a los trigos que producían los Estados Unidos; y para obtener derechos protectores, la democracia rural, tan poderosa en mi país, anunciaba y preveía una invasión de los trigos norteamericanos, que irían a aplastar la producción y los hombres del suelo francés.

HX 246

J3756

— 31 —

Desde esa época, sin embargo, un fenómeno característico se ha producido en Norte América. Allí también se ha acrecentado la civilización industrial, reconcentrándose en las ciudades, que han absorbido a millones los inmigrantes; las minas han proporcionado toneladas de carbón y de hierro; y los altos hornos gigantescos han reunido en derredor de sus hornallas multitudes que antes se extendían sobre vastos territorios agrícolas. Y la consecuencia de eso es que la producción agrícola de los Estados Unidos empieza a bastar apenas y sus economistas prevén la hora en que el pueblo de los yanquis, pueblo de minas, de usinas y de industrias, tenga que depender para el trigo de las vastas regiones del Canadá, que ahora comienzan a explotarse.

Ante ese estado del mundo, ante esa evidente ruptura de equilibrio entre la fuerza febril y sobreexcitada de la producción industrial y la fuerza más lenta de la producción agrícola, es de un interés universal, de un interés humano para todos los pueblos y principalmente para los trabajadores, que las extensas regiones americanas, que encierran debajo de su superficie apenas desflorada tesoros de alimentación, se pueblen y se alcance el máximo de intensidad en su utilización agrícola.

Hay también un interés particular de los obreros de Europa en que eso se efectúe, a fin de que en ciertas horas, en que las fuerzas de trabajo puedan deprimir por la mutua concurrencia el nivel de los salarios, encuentren aquí una desembocadura y un empleo.

Conviene, entonces, a los pueblos de Europa y a los mismos trabajadores, que afluya a estos países una inmigración potente y metódica, que responda no a solicitudes ficticias sino a movimientos espontáneos y a necesidades reales.

¿Y cómo asegurar una inmigración libre, regular y fuerte?

LA GRAN INDUSTRIA Y LA INMIGRACION.

No tengo la pretensión de dar recetas preparadas. Ya he dicho a los periodistas de Buenos Aires que me interrogaron, que al llegar a Río Janeiro, y cuando no había abandonado aún el vapor, me asaltó un periodista moderno con su lápiz y su carnet para preguntarme: ¿qué piensa de la América del Sud? Y bien: no estoy preparado todavía para responder a esa pregunta. Pero quiero solamente llamar la atención de los argentinos sobre hechos que los que vivimos y luchamos en Europa conocemos perfectamente. Quiero señalar algunas de las grandes fuerzas del movimiento europeo que en la hora actual contribuyen a amenguar la inmigración a estas playas y decir que si no se tiene cuidado, que si no se hace

aquí un gran esfuerzo para interesar a las legiones del trabajo, podría paralizarse ese movimiento inmigratorio, que para la República Argentina es un movimiento vital.

Se produce en el continente europeo, como ya he indicado, un gran movimiento de producción industrial, y muchos de los hombres que hasta ahora no habían encontrado en el viejo mundo sino un trabajo incierto y muy mal remunerado, son puestos en actividad por ese crecimiento industrial.

En Francia, donde no hay una abundancia de población, se prepara y se acentúa un serio desarrollo de la producción industrial: minas nuevas, minas de carbón y de hierro, han sido descubiertas y van a ser explotadas en las regiones del Este, en la cuenca del Meurthe y Mosela y en las viejas provincias de Bretaña. Los Pirineos franceses y los Alpes dan ahora a la Francia carbón y fuerzas hidráulicas, caídas de agua. Y todo eso constituye una demanda de mano de obra tal que hace dos años las minas del Norte han tenido que suspender su engrandecimiento porque los brazos faltaban. En la cuenca del Meurthe y Mosela, la mano de obra italiana completa la insuficiente mano de obra francesa.

En Alemania, desarrollo colosal de la industria, habiendo marchado más rápido el crecimiento industrial que el crecimiento de la población. En Suecia, idéntica cosa. Lo mismo en la vieja Suiza pastoril, en la Suiza de las montañas, en la Suiza idílica, donde hay ciudades como Zurich que se desarrollan formidablemente.

Y en todas partes, en la Europa central como en la Europa septentrional, la gran industria llama y utiliza toda la mano de obra que hasta hace poco quedaba disponible y alimentaba la inmigración.

El hecho característico, pues, que se viene produciendo desde hace dos o tres décadas, es la disminución de la corriente emigratoria de los pueblos del Norte a la América. Y ya no es sino en los pueblos de la Europa meridional o en los del mediodía que se encuentran aún elementos de éxodo; y no en toda España, en todo Portugal o en toda Italia, sino en las regiones de Italia, Portugal y España que aun no están industrializadas. No es Cataluña, con su vigorosa expansión económica, ni el Piamonte, ni la Lombardía, ni las otras regiones de la Italia del Norte, donde humean las usinas, quienes envían emigrantes. Son las regiones de España que continúan viviendo en la somnolencia económica del pasado, son las regiones de Portugal que no han sido tocadas todavía por el espíritu nuevo, son las regiones de la extrema Italia meridional, sud de Nápoles y Sicilia.

Pero en esos países también el mismo fenómeno de intensificación económica se anuncia ya. El Portugal, después de

HX 266

.J3.756

— 33 —

haber proclamado la República, considera que su primer deber, su obra más imperiosa y urgente, es desarrollar la instrucción para difundir las luces de la inteligencia sobre un pueblo que la monarquía caduca había dejado sumido en el analfabetismo. Y al mismo tiempo que quiere propagar la instrucción, el nuevo régimen quiere intensificar también la cultura agrícola languidecente y desarrollar las industrias susceptibles de serlo. En España, la Cataluña, fatigada de proveer con su trabajo y con los impuestos los gastos de una nación cuyos recursos naturales no son utilizados, piensa ya no en romper la unidad española, sino en hacer un esfuerzo inmenso a fin de propagar en toda la península el espíritu de empresa. Y en Italia asistimos a un fenómeno impresionante. La Italia del Norte, la Lombardía y el Piamonte, la Italia industrial está cansada de llevar sobre sus espaldas el peso de la inercia meridional y comienza a enviar sus capitales y sus hombres a la Italia del Sud. Amigos míos que han visitado Nápoles muchas veces en los últimos años, me han dicho cuán grande es la transformación de esa ciudad y de esa región. Los viejos barrios en que los "lazzaroni" reinaban y dormían, han sido suplantados por las usinas que humean en el azul del cielo napolitano, y las características costumbres del pueblo van transformándose a su compás. Y en la Sicilia ha tomado incremento en los últimos tiempos la gran industria del azufre, y poderosas compañías capitalistas acaban de constituirse para explotar los fosfatos. En esa Italia meridional, que ha sido hasta hoy un país de latifundios, en que los trabajadores no estaban unidos al suelo por el instinto de la propiedad campesina y eran, por eso, elementos dispuestos a emigrar, las fuerzas industriales penetran e irán cada vez más absorbiéndolos. ¿Y cuál es el secreto de esa expedición a Trípoli, de la cual no puedo ocuparme en este momento con mayores detalles? La Italia se ha propuesto — no me pregunto si hubiera alcanzado su objeto por otras vías — en la Tripolitania y en la Cirenaica desarrollar el cultivo del tabaco y del algodón para competir en la producción del tabaco con los productos extranjeros y para alimentar con un algodón cercano y abundante las fábricas italianas. Y es así que los directores de la política italiana en materia de emigración empiezan a preocuparse de reservar la mano de obra, esa mano de obra que ha estado viniendo a estos países, para la gran industria que se desarrolla y para el cultivo del algodón y del tabaco que quieren establecer en Africa.

Así, pues, por el progreso industrial europeo están amenazadas algunas de las fuentes a las cuales recurren para poblarse y explotar sus riquezas la República Argentina y las otras naciones de América.

LA LEGISLACION SOCIAL Y LA INMIGRACION.

Y al mismo tiempo, otra fuerza nueva, con la cual hay que contar mucho, se manifiesta en el escenario europeo.

Desde hace veinte años se produce en el viejo mundo un movimiento acelerado de progreso social, de legislación social en interés de las masas obreras. Y a medida que se elabora esa legislación, a medida que vayan estableciéndose garantías más fuertes y precisas para millones y millones de proletarios, la Argentina no podrá llamar a los hombres para que arriben a sus playas si no les da, haciendo un inmenso esfuerzo nacional y social, garantías iguales o superiores a aquéllas.

Y no es que me anime un ciego optimismo europeo, no es que juzgue con mucha complacencia la obra que allí se prepara y desenvuelve. Yo sé cuál es la insuficiencia de esa obra y sé también, para responder a preguntas que podrían hacerme por lo bajo, que ese progreso social no desarma ni atenúa nuestro ideal soberano. No es del exceso de miseria, de la ignorancia exasperada, del sufrimiento agudo y espasmódico que nosotros esperamos las grandes transformaciones sociales, sino de un pueblo cada día más educado, cada día más elevado, por una serie de reformas y garantías crecientes, a un nivel de existencia superior. La cuestión social no está sólo en el fondo de la miseria. Aun cuando la miseria desapareciese de las sociedades modernas; aun cuando los obreros no estuvieran expuestos a la desocupación y al abandono después del accidente, en la enfermedad o en la vejez; aun cuando alcanzaran un salario suficiente para asegurar la existencia cotidiana, aun entonces quedaría este hecho: que el salariado es una forma inferior de explotación, que excluye la masa de los proletarios de la participación directa en el crecimiento de la riqueza social, que los excluye de la activa y viva cooperación, reduciéndolos a la categoría de instrumentos. Continuaremos por eso, a pesar de todas las mejoras, preparando por una serie de transformaciones legales una sociedad en que todos los hombres serán cooperadores, asociados, y que haya para todos una dignidad moral superior.

Quiero, pues, dándome exacta cuenta de las insuficiencias de la legislación social, trazar a grandes rasgos el cuadro del movimiento que se desarrolla en Europa bajo el influjo del pensamiento socialista y de la clase obrera organizada.

Desde hace veinte años muchas cosas se han hecho para asegurar a los trabajadores europeos mejores condiciones de existencia; todo un gran esfuerzo de la legislación, por ejemplo, para disminuir la duración de la jornada de trabajo. Yo

HX 266
.J3756

sé bien que aquí, por la jornada de ocho horas, los trabajadores se han adelantado en los hechos, en cierta manera, a las tentativas de la legislación europea. Pero en Europa la reglamentación legal de la jornada de trabajo en las industrias se aplica a un volumen de producción y a una masa de hombres más considerables.

Y ese crecimiento industrial ha inducido a la ley europea a asegurar también a los trabajadores contra los riesgos de la vida individual y social. Así, en Alemania ese movimiento ha comenzado desde 1880, con la implantación de un seguro social amplio. Fué primero el seguro contra los accidentes del trabajo, efectuado después en Francia, en Inglaterra y en la mayor parte de los grandes países industriales de Europa. El obrero herido en el trabajo tiene derecho, por esas leyes, a una indemnización real, y no como una generosidad de los patrones, sino como un derecho definido por ley. Las condiciones en virtud de las cuales se concede esa indemnización son susceptibles de ampliarse, pero, dejando detalles a un lado, el principio está ya firmemente admitido. Los patrones están obligados a contratar seguros en favor de los obreros y éstos tienen perfectamente garantizada la validez de sus derechos.

Y no es sólo contra los accidentes, sino contra la misma enfermedad, que la legislación social de Europa tiende a proteger a los obreros de más en más. Así en Alemania lo están, pagando contribuciones obligatorias los patrones, los obreros y el Estado. En Inglaterra lo están o van a estarlo de dos maneras: por sus poderosas sociedades de socorros mutuos y por la ley que ha presentado el gobierno liberal, con el apoyo del Labour Party, la cual da por cada jornada de trabajo perdida una indemnización apreciable a la totalidad de los trabajadores, asegurándolos además contra la vejez y contra la invalidez. En Francia, desde 1895 organizóse el seguro para los mineros, y desde hace varios años grandes leyes, incompletas sin duda, pero grandes de todos modos, han sido votadas: una, en virtud de la cual después de los setenta años todo ciudadano sin recursos tiene derecho a una pensión de vejez; y otra, de retiros obreros, aprobada hace algunos meses, que fija la edad en sesenta y cinco años, pero que, según lo ha prometido el gobierno a los diputados socialistas, será pronto disminuída a sesenta. En Alemania, el socorro contra la invalidez y la vejez funciona hace más de veinte años, adquiriendo todos los días un mayor desarrollo. Los seguros contra la desocupación están a la orden del día en todos los países, y la gran ley propuesta por Lloyd George al parlamento británico será pronto una realidad. Y lo mismo el seguro contra la muerte. Todos los

obreros ingleses, con una admirable previsión, gozan de ese seguro, de modo que cuando el jefe de la familia desaparece, la viuda y los hijos no quedan en la miseria. Y la ley francesa de los retiros obreros instituye un principio de seguro contra la muerte, aun cuando el obrero sufra el accidente un día después de haber empezado a pagar su cuota, dando a la viuda y a los hijos una pensión durante seis meses.

Esas legislaciones consideran que hay un derecho a la vida, que cuando el hombre ha entrado en la sociedad para darle su esfuerzo, si es herido por un accidente en sus medios de trabajo, si es herido por la invalidez, agotado por los años o perjudicado por la desocupación, la sociedad no tiene el derecho de desentenderse de él, abandonándolo al azar de los sufrimientos y de la indigencia. Y no como limosna, no como una caridad, no como una benevolencia condicional, incierta o arbitraria, sino como un derecho, como una ley de la sociedad misma, la cual no pregunta a los trabajadores: ¿cuál es tu creencia política? Cualquiera que sea, católico o protestante, cristiano o librepensador, republicano o monárquico, conservador o socialista, eres un hombre, eres un trabajador, has hecho tu tarea, has dado tu esfuerzo útil a la humanidad, y al socorrerte y premiarte es a la humanidad misma a quien se socorre y premia.

Y esta legislación es general, tiende a serlo. En este mismo momento el gobierno italiano trata de hacer sancionar por las cámaras la nacionalización de los seguros. ¿Para qué? Para dedicar el producto de esos seguros nacionalizados a la alimentación de la caja de retiros obreros, próxima a establecerse.

Es, pues, en todos los países, anglosajones, germanos o latinos: en la vieja Inglaterra, que se había presentado hasta ahora como el país clásico del individualismo; en la militarista Alemania; en Francia; en Italia, en fin, donde la misma idea se afirma, a tal punto, que ya no hay en las sociedades europeas ningún disentimiento sobre la justicia del principio.

Y por lo mismo que esas ideas se afirman y penetran universalmente, ellas introducen en las naciones europeas que las adoptan un esbozo de solidaridad social. Un obrero de Italia, de Alemania o de Inglaterra va a Francia, ¿se le hará disfrutar de las leyes francesas de socorro social? Hay que establecer entonces entre nación y nación tratados en virtud de los cuales un gobierno hace beneficio a los ciudadanos de otros países, que puedan establecerse en su suelo, de las leyes protectoras del trabajo si el otro gobierno observa una conducta igual. Y esos tratados internacionales se han suscritos ya entre Francia e Italia, entre Francia y Suiza, y poco a

H X 266
. J 3756

poco las naciones irán entendiéndose para la protección común de las miserias obreras y de los sufrimientos humanos.

Una noble solidaridad de justicia social iniciase así entre los pueblos. Y la palabra "extranjero", la triste palabra de extranjero, pierde todo lo que tenía de su brutalidad y de su tristeza; el obrero, cualquiera que sea su país de origen, estando lejos de su patria, de la dulce tierra natal, se sentirá en el país en que vive unido hacia ella por el socorro que le presta la patria de origen a los otros trabajadores. Así, quedando unidos por el pensamiento y el corazón a la patria de origen, en vez de sentirse fuera de su propio país como extranjeros, como personas diseminadas y sin apoyo, se sentirán protegidos por la comunidad universal del derecho social, y todas las naciones aprenderán a respetar en el extranjero a un hombre y a un hermano.

Y la ley europea no legisla sólo para las grandes usinas. Hay un problema muy importante, un doloroso problema, el del trabajo a domicilio. Es en la industria a domicilio, es en el trabajo de las mujeres, de las costureras que trabajan en sus casas a fin de poder ganar algunos céntimos sin abandonar a los pequeñuelos, donde reinan las más deplorables condiciones de salario. En todas las grandes ciudades europeas tiene lugar ese espectáculo de especulación. Es difícil hacer penetrar la ley en el secreto de las alcobas. Pero la libre Inglaterra, a despecho de la sedicente libertad individual, ha votado una ley que instituye para el trabajo a domicilio las garantías de un mínimo de salario.

Y en pro de la habitación obrera, el mismo esfuerzo se realiza. En ciudades como Zurich (Suiza), la municipalidad ha construido casas obreras, no ya en número de dos, tres o veinte, sino de barrios enteros, a fin de remediar la carestía de los alquileres, que se produce inevitablemente en las ciudades en virtud de su crecimiento rápido. Zurich se ha desarrollado pronto, habiendo crecido su población mucho más que el número de sus habitaciones; y por el formidable plus valor que, como consecuencia de ese progreso, adquirían los terrenos, subían los alquileres y se aglomeraba la clase obrera en habitaciones sórdidas y caras. Felizmente, el municipio había conservado la propiedad de las tierras que circundan la ciudad y pudo construir en ellas casas sanas, llenas de luz, alquiladas a precios modestos que produjeron, por ley de equilibrio, la baja del precio medio del alquiler a un nivel razonable. El mismo problema se plantea en las ciudades industriales de Europa, y en varias de ellas es en el impuesto sobre el plus valor dado a los inmuebles urbanos por el crecimiento mismo de las ciudades, que los municipios encuentran los recursos necesarios para la construcción de

las habitaciones obreras, método que aplica la ciudad alemana de Francfort.

Lo que caracteriza todo ese esfuerzo social, todo ese movimiento de progreso, de legislación, es que no sólo da a los obreros — y se la dará cada vez más — una seguridad material, sino que les da también una gran actividad intelectual y moral.

El rasgo distintivo del proletariado moderno es su voluntad de intervención activa en todos los dominios. Aun cuando recibe de la ley proclamada por él y empujada por él, las garantías a las cuales tiene derecho, no quiere abdicar, no quiere ser el instrumento pasivo de una burocracia poderosa. Quiere obrar él mismo, y lo que es admirable es su esfuerzo, es la penetración de su voluntad en todas las instituciones de garantía social.

LA COOPERACION.

Las sociedades de socorros mutuos son fundadas y dirigidas por obreros. Y las cooperativas de consumo no sólo disminuyen el costo de la vida, sino que interesan a los trabajadores en el movimiento social, empleando su energía y poniendo en juego su iniciativa y previsión.

Ese movimiento de la cooperación obrera es de una potencia singular. Tres millones de cooperadores hay en Alemania. En Francia se produce un sugestivo desarrollo de las cooperativas de consumo y un principio de la cooperación de producción bajo el contralor de las cooperativas de consumo. Las cooperativas de consumo surgen espontáneamente en cualquier barrio obrero, únense después para hacer economías y constitúyense más tarde en grandes bolsas o almacenes que compran en masa por cuenta de las cooperativas. Pero en esas organizaciones se dice que no basta disminuir el precio de los productos desalojando a los intermediarios, sino que hay que producirlos; y crean usinas para proveer a los cooperadores de productos de su propia y exclusiva fabricación y en condiciones de salario y de trabajo fijadas por los obreros mismos. Antes de partir para América, asistí precisamente a la inauguración de una gran zapatería cooperativa, fundada con capitales y bajo la dirección del almacén por mayor de las cooperativas francesas. Y la Wholesale inglesa, el gran almacén central que coordina los negocios de las cooperativas británicas, tiene una fuerza formidable. Las cooperativas con las cuales está en relación tienen dos millones seiscientos mil adherentes y la cifra total de los negocios que realiza pasa de cuatro mil millones de francos. La Wholesale posee fábricas de tejidos, de vestidos y de za-

HX 266
.J3756

— 39 —

patos. Bajo la acción, pues, de las cooperativas de consumo, coordinadas por una gran institución central, empieza a desenvolverse la cooperativa de producción.

La clase obrera pide al mismo tiempo la transformación en servicios públicos de los grandes monopolios capitalistas, y a medida que eso se realiza, los representantes elegidos por los trabajadores penetran en los consejos administrativos.

Tengo, pues, el derecho de decir que por el esfuerzo social el proletariado europeo, al mismo tiempo que aumenta su seguridad material, aumenta su intervención en la vida pública, su potencia política y social y sus condiciones morales.

UNA PROFECIA.

Pido a los que me escuchan que mediten sobre las consecuencias de los grandes hechos sociales que muy rápida y sucintamente acabo de indicar.

Y ellos no son sino un comienzo en Europa. Si se me permite hacer una profecía a corto plazo, yo diría: antes de diez años no habrá más en Europa, por lo menos en la Europa occidental, central y meridional, un solo trabajador, un solo proletario, que no esté socialmente protegido contra la enfermedad, el accidente, la invalidez y la desocupación, desde la cuna a la tumba y más allá de la tumba en la persona de su mujer y de sus hijos. No habrá un solo trabajador que no esté llamado a intervenir en el funcionamiento y en la dirección de las grandes instituciones de asistencia, de seguros y de previsión social. No habrá un solo trabajador que no concorra con su voto a elegir sus representantes ante los consejos administrativos de los grandes servicios públicos.

El corazón y la mente de los trabajadores se sentirán ligados, así, cada vez más, a la patria europea, en la que encontrarán crecientes garantías. Pensad en la inmensa fuerza moral que brotará del corazón de esos hombres, levantados por la esperanza! Tendrán el orgullo de decir que es su acción metódica y vehemente la que ha conquistado esas primeras posiciones y esperarán con profunda fe en los resultados de su acción continua un mayor progreso social.

Sindicatos obreros poderosos, que en Alemania comprenden tres millones de miembros; cooperativas florecientes; partidos políticos, a los cuales han dado su alma; diarios pertenecientes a sus cooperativas, sindicatos o partidos; diarios que en las horas difíciles, cuando se desencadena la mentira, dicen la verdad: he ahí la obra, el resultado del esfuerzo propio de esos proletarios que luchan, combaten, se organizan y se reúnen en congresos departamentales, nacionales o internacionales! Los mineros de todos los países, los vidrieros

ros, los tejedores se reúnen y discuten, se entienden y palpitan con la misma esperanza. Y es una gran garantía de vida, una exaltación de vida, un soplo de entusiasmo, un sentimiento de dignidad moral que envuelve a todos esos hombres, que pasa al través de sus corazones, animándolos y empujándolos siempre adelante.

Y bien: si queréis que los proletarios de esos países vengán a esta república, abandonando esa patria europea en que crece la justicia social, tenéis que darles la seguridad de que al cruzar el océano es para encontrar aquí la misma justicia.

LA TIERRA Y LOS CAMPESINOS.

Entre los mismos campesinos de Europa se produce un movimiento de organización y de esperanza, es decir, entre la mano de obra que más necesitan estos países.

En las naciones de los grandes propietarios rurales un esfuerzo empieza a tentarse para dar tierra a los campesinos que la trabajan. Gladstone había soñado para Irlanda la operación agrícola más audaz, y más que soñado, la había formulado; Gladstone quería nacionalizar toda la tierra irlandesa poseída por los "landlors" ingleses. Calculó su valor social suponiendo que esa tierra deja al propietario un cinco por ciento. Multiplicaba la renta por veinte para dar el valor en capital a los "landlors" y ese valor lo entregaba en títulos ingleses, en consolidados, que en esa época no rendían sino dos y medio o dos tres cuartos por ciento. El secreto de la operación en provecho de los irlandeses era dar a los propietarios el mismo valor en capital pero no la misma renta. Los irlandeses se beneficiarían de la diferencia entre el cinco por ciento de los antiguos arrendamientos y el dos y medio por ciento de interés de los consolidados ingleses. El plan de Gladstone, que era el de transmitir a los irlandeses la tierra, ha quedado como un antecedente, y desde hace varios años el gobierno inglés ha venido gastando alrededor de tres mil millones de francos para rescatar en provecho de los paisanos irlandeses la tierra de Irlanda. Una operación idéntica se realiza para Escocia, país de grandes propietarios, país de caza, adonde los lores van en el otoño para matar los pájaros que vuelan sobre las montañas. La Escocia se despoblaba por esas confiscaciones de los "landlors" cazadores y los campesinos no se sentían ligados a la tierra. Pero una ley se vota, una ley que permite en condiciones determinadas expropiar de oficio la gran propiedad escocesa. Y los "County" ingleses, es decir, las asambleas elegidas por el pueblo, están ahora investidas del derecho de expropiar las grandes propiedades para proceder de oficio a

HX 266
.J3.756

— 41 —

su subdivisión y repartición entre los pequeños campesinos, que la adquieren por noventa y nueve años, quedando la nación nominalmente propietaria del suelo pero asegurando a la democracia rural la posesión efectiva. Y es para prevenir la emigración que se tomaron esas medidas.

Un esfuerzo inmenso que debe hacerse aquí es, pues, el de facilitar a los inmigrantes la posesión de la tierra, poniendo término al abuso de los latifundios inexplorados o insuficientemente explotados. Los campesinos europeos, bajo el impulso de estas ideas, que se abren paso cada vez más, se habitan a esperar la posesión de la tierra y tratan de conquistarla. Se agrupan también en cooperativas de compra y venta, en asociaciones que son intermediarias entre la propiedad individual campesina de otros días y la gran propiedad común. Los campesinos también van poco a poco adquiriendo una experiencia social y realizando un progreso.

Es imposible, por grande que sea la vitalidad de este país, por grande que sea la confianza que los argentinos tengan en su propia energía, que quieran despreocuparse de esa fuerza enorme y creciente que asoma en el horizonte.

Un día, el ministro inglés Canning, hablando de los pueblos de América, que se levantaban contra el yugo español, dijo, respondiendo a los que denunciaban a vuestros abuelos como facciosos, una palabra sublime: "no se puede calificar de rebelde a un pueblo entero". Y bien; la fuerza obrera, organizada en todos los países y entre todas las razas, es un pueblo entero que se levanta; es un continente, cubierto desde hace siglos por todas las aguas de la vida, y por las tinieblas de la servidumbre, que sube y emerge, que empieza a reverdecer, a brillar bajo la luz de la aurora, y del cual vienen rumores que nos hablan del progreso en marcha.

LA PAZ ARMADA Y LA GUERRA.

Y para terminar: otro enemigo hay que amenaza la emigración de hombres y de capitales y por consiguiente el porvenir de estos países: la guerra y la preparación de la guerra.

Acaso yo vuelva a menudo sobre este tema. Pero es que así como en los templos antiguos todas las líneas, todos los pasillos y todos los corredores convergen hacia el altar de la divinidad central, mis ideas se dirigen siempre a la divinidad que es mi ideal. Y mi divinidad es la paz humana y es por ella y para ella que lanza siempre un grito de esperanza y de dolor.

La guerra no nos mata solamente nuestros hombres, los más jóvenes, los más viriles. Seca en el germen europeo las fuerzas vivas que trasplantadas aquí podrían florecer y fructificar maravillosamente.

La inmigración será más difícil cada vez porque en los cuarteles de Europa cuatro millones de hombres son inutilizados en un largo servicio militar, en la flor de su juventud, cuando podrían encontrar en esa misma juventud la fuerza de entusiasmo y de esperanza que los empujara lejos, en busca de un destino mejor.

Y no sólo cuatro millones de jóvenes paralizados en los cuarteles, sino también ocho mil millones de francos en gastos militares y navales, es lo que cuesta a Europa la paz armada que constituye la preparación de la guerra.

Vosotros tenéis necesidad de hombres y de capitales. La guerra consume hombres y capitales, y lo mismo la paz armada, que es la guerra en permanencia, la destrucción lenta y segura.

Yo me felicito de que la causa de la América esté ligada a la causa del mundo; me felicito de que vuestro porvenir esté interesado en la justicia internacional y en el desarme universal, porque dependiendo vuestro porvenir del porvenir humano, la América tendrá que luchar por la justicia social y por la paz!

HX 2166
.J3756

Nacionalidad, democracia y clase obrera

LA CATASTROFE DEL "LIBERTE".

Séame permitido expresar mi agradecimiento a las personas de esta ciudad que me enviaron el testimonio de su simpatía a propósito de la terrible catástrofe, que me ha herido en mis sentimientos franceses y en mi afección fraternal. Dejando de lado las emociones y preocupaciones personales, quiero asociarme al duelo de Francia, que ha sido sentido por todos los pueblos civilizados (1).

Muchos de los que discuten y condenan nuestro internacionalismo no conocen todo nuestro pensamiento. Porque queremos prevenir la guerra y organizar la paz; porque estamos convencidos de que el periodo de las soluciones brutales puede cerrarse, para resolver por la razón los conflictos de los pueblos; porque creemos eso y preparamos con todas nuestras fuerzas y nuestro corazón el advenimiento del arbitraje internacional y del desarme gradual y concertado, se supone que somos incapaces de rendir justicia a la nobleza moral que se ha mezclado a la historia de la guerra y de las instituciones militares. Pertenezco a una familia de marinos y soldados, pero no necesito de esos ejemplos domésticos para saber lo que hay en esa historia de heroísmo de espíritu, de abnegación, de grandeza, de generosidad colectiva al lado de las brutalidades y horrores de la guerra. Pero yo deploro, todos deploramos profundamente, que esos impulsos de nobleza moral, que esa fuerza que agranda los hombres y dignifica los corazones se desfilan en obras destructivas, que si tenían excusa cuando la fuerza era la única solución posible, son horribles hoy que puede recurrirse a las soluciones pacíficas y racionales.

¡Qué advertencia para nosotros! En catástrofes como la del "Liberté", a fuerza de acumular todos los días medios de destrucción más científicos, más sutiles y más terribles, las

(1) Se refiere el orador a la voladura del acorazado "Liberté", ocurrida en el puerto de Tolón el 24 de septiembre.

naciones crean máquinas tan espantosas que son un peligro tanto para aquellos que las manejan como para aquellos a quienes están destinadas. Las fuerzas que la ciencia acumula hoy para las grandes batallas internacionales son, a un tiempo mismo, formidables y traidoras y basta un ligero cambio de equilibrio, un accidente sutil en los pañoles, para que centenares de existencias sean sacrificadas. Y si eso pasa en la paz, ¿qué sería en la guerra, cuando los obuses estallan contra las corazas o caen en el seno de las naves despertando la muerte dormida?

Quinientos hombres, hijos de nuestra vieja Bretaña y de nuestra Provenza luminosa, han desaparecido sin ningún provecho para la raza humana, causando una impresión de horror y haciendo estallar un sollozo que es como una acusación colectiva contra la guerra y la paz armada que la prepara.

LA CLASE OBRERA ES EL NERVIJO DE LA DEMOCRACIA.

Y ahora, entremos en materia:

La clase obrera desde hace ciento veinte años ha prestado a la democracia dos grandes servicios.

Ha obligado, primero, a convertir en hechos las fórmulas de los demócratas políticos, esforzándose denodadamente para que la fórmula teórica de la democracia y la fórmula de la soberanía nacional adquirieran un contenido más real y un valor más eficaz.

La burguesía revolucionaria francesa, que se había educado con el espíritu de la igualdad y del contrato social, proclamaba los derechos del hombre y de la ciudadanía, la igualdad moral de todas las personas humanas y, como consecuencia lógica de esas fórmulas y principios, la igual participación de todos los hombres en el ejercicio del poder político. Sin embargo, la burguesía de la gran Asamblea Constituyente de 1789, a pesar de la magia de la idea, tuvo miedo de dar a esas fórmulas su sanción real, su verdad positiva. Y cuando redactó la constitución, cuando precisó el origen del poder político, no sancionó el sufragio universal, estableciendo condiciones sociales y condiciones pecuniarias, que si no fueron tan restrictivas como las del tiempo de Luis Felipe, colocaban fuera del derecho del sufragio, fuera del derecho abstractamente proclamado por la Revolución, a tres millones de ciudadanos. La nación encontré así dividida en dos: los ciudadanos activos que hacían la ley y los ciudadanos pasivos, es la palabra de la época, para los cuales se efectuaba.

Pero, a medida que la Revolución se desarrollaba en medio de tempestades, a medida que los dirigentes revolucio-

H X 246
.J3.756

narios veíanse amenazados por la reacción interior y por la reacción europea, fué menester para salvar a la Revolución y la patria, indisolublemente unidas, hacer un llamado a las fuerzas profundas del pueblo, oponer a las Tullerías el empuje de los barrios populares. Y es natural que cuando los ciudadanos pobres de los barrios de San Antonio y de San Marcelo derribaban la monarquía, se hacía imposible no darles el derecho de sufragio, puesto que salvaron la Revolución y preparaban la República.

Pero el prejuicio de los revolucionarios burgueses contra el sufragio universal fué tan tenaz que los primeros grandes historiadores de la Revolución Francesa, Thiers por ejemplo, olvidaron mencionar que la Legislativa había determinado que las elecciones que debían verificarse se realizarían con el sufragio universal. Y fué necesario que en 1830 el pueblo se levantara y sorprendiera a Carrel y los demócratas, para que la propaganda democrática recomenzase y se llegara en 1848 a la institución definitiva del sufragio universal.

En Francia, pues, es por la acción, por intervención de los asalariados que la democracia política, establecida al principio como un privilegio burgués, alcanza toda su extensión, toda su fuerza y toda su realidad.

Y en Europa, en la era actual, ¿cuál es la gran fuerza que lucha para introducir en todas las instituciones políticas, en todos los países y regímenes el sufragio universal? La clase trabajadora. Hay ciertamente una parte generosa de la burguesía que acepta y propaga la fórmula de la igualdad política, y yo no pretendo atribuir todo el movimiento de la democracia contemporánea a una acción exclusiva de clase. Yo sé que en todas partes, al lado de los obreros organizados que piden la plenitud de los derechos políticos, hay burgueses, demócratas generosos y previsores, que comprenden que la evolución normal de las sociedades modernas sería imposible sin la existencia del sufragio universal. Pero el proletariado es el nervio más vigoroso y decidido de ese movimiento.

En Austria es un movimiento obrero el que ha conquistado el sufragio universal, imponiéndolo, no a la monarquía de los Habsburgos, que había comprendido su necesidad para cimentar la nacionalidad incoherente y múltiple de los pueblos austrohúngaros, sino a los grandes señores feudales que habían dirigido hasta entonces la política de los Habsburgos.

En Bélgica, fueron grandes agitaciones del proletariado las que hicieron cesar el sufragio restringido de los doctrinarios liberales, y si hoy no tienen los belgas el sufragio universal igual, sino un sufragio universal plural, que da a los señores ricos, a los que poseen propiedades o diplomas un número de votos superior al de los obreros o campesinos, ese régimen

va a ser pronto cambiado por la misma fuerza popular. La propaganda socialista y obrera se realiza en ese sentido, y bajo su influjo la burguesía liberal tiene que abandonar las viejas fórmulas restrictivas, plegándose al movimiento por el sufragio universal igual. Y si, como es probable, el partido que gobierna hoy a la Bélgica es vencido en las elecciones próximas, la coalición de liberales, radicales y socialistas, que tomaría necesariamente el poder, tendría como artículo primero de su programa la introducción del sufragio igual en el funcionamiento de todas las instituciones nacionales, provinciales y comunales.

En Alemania, en Prusia sobre todo, es el proletariado quien combate la misma batalla en pro del progreso político de su país y de la civilización humana, porque si el sufragio universal no es proclamado en Prusia, la democracia alemana estaría condenada a no ser más que una palabra. Poco importa que el sufragio universal para las elecciones nacionales envíe delegados al Reichstag si en Prusia, en la vieja fortaleza feudal de los grandes propietarios nobles del Elba, subsiste el privilegio político. Esa Prusia de los Hohenzollern que es una fuerza conservadora y militarista, con sus instituciones de privilegio, gobierna la política del Imperio. Ella tiene la primacía en el consejo federal; ella legisla en materia de salarios para la mitad de la población alemana; y mientras no se haya mordido esa roca, mientras no se haya destruido esa ciudadela, mientras no se haya plantado el estandarte en el Landtag de Prusia, la democracia alemana estará paralizada, y con esa parálisis el advenimiento de un régimen europeo de confianza, equilibrio y paz verdadera y garantizada será difícil. De modo que hoy los socialistas alemanes, que hacen la educación de la masa y llevan a las campañas del Elba como a los barrios de las ciudades de Sajonia la reivindicación del sufragio universal, luchan por la civilización europea, al mismo tiempo que por el adelanto del proletariado alemán.

Y en todas partes, en la misma Italia, en estos momentos, es por las reclamaciones y afirmaciones de la clase obrera que la democracia adquiere su fórmula eficaz, cuyo establecimiento universal yo deseo con toda el alma para que el progreso social se cumpla por evoluciones normales.

Yo no sé, ni nadie podría saberlo, cuáles serán los medios que empleará la historia para los grandes cambios sociales. Pero si queremos que las transformaciones sociales necesarias se efectúen con el mínimum de violencia y de inquietud — los cambios son fatales — la certidumbre de la paz internacional y la certidumbre de la democracia universal se hacen indispensables.

H X 266
. J 3756

NECESIDAD DE PARTIDOS.

La clase obrera ha prestado y presta todos los días a la democracia un segundo servicio. Ella provoca la animación del espíritu político de la vida pública, obligando a las democracias modernas a constituirse en partidos.

Los partidos son necesarios: no los "clans", no los grupos de ambiciones, apetitos y vanidades reunidos en torno de personas, sino los grupos de fuerzas reunidas en torno de ideas, de programas, de doctrinas.

Yo no sé si algún día, cuando las clases hayan desaparecido, los partidos desaparecerán también, aunque habrá siempre formas distintas de comprender las cosas sociales. Pero en el caos de intereses contradictorios en que vivimos hoy, la sola garantía de orden, de progreso real y de contralor es el funcionamiento de los partidos. Y allí donde los partidos no existen, sea porque una agrupación ha matado a otra, sea porque el pesimismo se ha apoderado del espíritu público y no hay frente a los que gobiernan una oposición sana, directa y declarada, se corre el peligro de que las oligarquías sustituyan a la misma clase en cuyo nombre gobiernan. Y a la larga, cualquiera que sea la vitalidad de un pueblo, la superabundancia de sus energías y sus tesoros de porvenir, la ausencia de partidos se vuelve tanto contra los intereses que no están representados como contra los mismos que estando representados corren el riesgo de perder su valor. Y éste es un ejemplo que nos da la historia en los países más civilizados.

En Francia, la burguesía revolucionaria, desde 1789 a 1830, 35 y 40, mostró grandes condiciones de previsión, de energía y de heroísmo; a toda hora, cualquiera que fuese el gobierno, ella no abdicaba, no dormía. Velaba por sus intereses y derechos. ¿Por qué? Porque tuvo a su frente fuerzas que luchaban. A pesar de las tempestades de la Revolución que habían pasado sobre el antiguo régimen, ese régimen no fué vencido en seguida. La burguesía revolucionaria combatió contra él con el extranjero o sin el extranjero. Y ese combate la obligaba a velar, le exigía un esfuerzo constante y le hacía involucrar al pueblo como un aliado necesario, aunque lo temía como sucesor. Y entre esas dos fuerzas, entre esos dos extremos, estaba obligada a permanecer siempre de pie.

Saint-Just dice, hablando de las fuerzas múltiples y algunas veces contradictorias que amenazaban la Revolución: "hay varias tempestades en el mismo horizonte". Y por la multiplicidad de esas tempestades, por la contradicción de las fuerzas del pasado y del porvenir, la burguesía francesa tenía que desarrollar una gran actividad. Pero vino una hora en que su victoria sobre el antiguo régimen le pareció com-

pleta. En 1835 y 1840 las esperanzas de los "legitimistas" habían sido arruinadas definitivamente y entonces la burguesía "orleanista" echóse a dormir. No hubo en las cámaras de 1840 a 1848 más lucha de doctrina, de programas y de ideas. Molé, Thiers, Guizot eran matices casi iguales. En las cámaras se cambiaban epigramas: Molé decía a Guizot: "vosotros reprocháis nuestra insuficiencia, nosotros reprochamos vuestra suficiencia". Y cuando se cambiaban esos epigramas sutiles, cuando se producían esas polémicas de salón, cuando se desencadenaban esas tempestades de un extremo a otro del canapé, la actividad política estaba destruída.

El pueblo no comprendía desde afuera nada de los cambios de poder, que no eran sino cambios de personas. Y el gran observador Tocqueville que exploró la democracia norteamericana y la democracia francesa, decía en sus admirables "Memorias" que las cámaras del segundo período de Luis Felipe no eran más que una fuerza dormida, una potencia inerte, porque en ese conjunto una sola clase estaba solamente representada. Y no era bueno para la misma burguesía francesa estar solamente representada y constituir el partido gobernante, porque ese partido, no teniendo a su frente un partido adversario, se descomponía en pandillas miserables; y la burguesía, que no tenía quien la discutiera, olvidaba defender sus intereses verdaderos y se perdía en la satisfacción inmediata de intereses secundarios y parciales.

Y bien: es la actividad, es el despertar del proletariado de Francia, penetrado cada vez más por el pensamiento socialista, la que llevando al poder legislativo a todas las fuerzas y a todas las clases, ha devuelto su vigor a la vida nacional.

En Alemania se produce el mismo fenómeno. Sin el Partido Socialista alemán la burguesía alemana tendría mucho poder en su propio perjuicio. En efecto, ella ha triunfado en el orden económico. Los nacionalistas liberales han realizado su programa de unidad alemana merced a Bismarck, y los obstáculos que se oponían por el desmembramiento de la soberanía alemana a la expansión del progreso industrial y capitalista han desaparecido. Y si el programa de libertad ha sido incompletamente efectuado, el programa de unidad y de potencia económica está resuelto. La burguesía alemana correría el riesgo de dormirse sobre esa victoria que le ha dado al imperio; correría el riesgo de abandonar en manos del emperador y del canciller el cuidado de sus intereses económicos y nacionales, si no fuera despertada y tenida en jaque por el proletariado alemán, por esa clase obrera metódica y organizada que progresa y progresa todos los días. Y la burguesía alemana véese obligada a decirse: nosotros no tenemos

H X 266
. J B 756

— 49 —

el derecho de vivir en la pasividad; es necesario que nosotros, burgueses alemanes, nos organicemos también y entremos en el orden político y social, que tengamos nuestros comités, partidos y federaciones. Y si hay en esa burguesía federales y radicales preocupados de hacer concesiones para mechar la punta de la revolución que se aguja todos los días, mientras otros están preocupados solamente de resistir, han dejado todos de reposar sobre el imperio poderoso, sobre la fuerza gubernamental sola para el cuidado y la defensa de sus intereses.

Y ese es el servicio que rinden los partidos a la democracia; oponiendo grandes grupos de intereses a otros intereses, programas a programas, ideas a ideas, doctrinas a doctrinas, obligan a todas las fuerzas morales e intelectuales de un país a estar siempre despiertas. Y por el contralor que un partido hace al otro, ese esfuerzo se estimula. Y es así cómo los partidos vense obligados a modificar su dirección; es así cómo los conservadores incorporan poco a poco a su programa partes de programas que antes habían denunciado como subversivos; es así, por la vigilancia recíproca, por el cambio, por el equilibrio de las ideas, de las fuerzas y de los impulsos, cómo la vida pública se anima, las pandillas desaparecen, las individualidades no tienen otro rol que el de servir a la colectividad, a la clase a que pertenecen, el nivel moral se eleva y la democracia se hace capaz en todas sus capas y profundidades de subir hasta un orden de cosas más elevado, sin pereza y sin violencias.

NACIONALISMO, INTERNACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO.

En las sociedades modernas la fuerza que impulsa, pues, por sus reivindicaciones y afirmaciones el progreso social es una clase obrera cada día más numerosa, cada día más educada.

Y al mismo tiempo que esa clase obrera es un elemento necesario de la vida de las democracias, es también un elemento necesario de las nacionalidades. No hay posibilidad de que una nación cualquiera, joven o vieja, pueda llegar a la plenitud de la vida nacional sin la intervención de una fuerza obrera organizada.

Lo que me impresionó desde mi llegada a la América latina es el espíritu nacional que se afirma. Cuanto más estas naciones están formadas de elementos múltiples, de razas distintas, de elementos de inmigración de diversos orígenes más tienen necesidad de armonizar, de fundir esos elementos, de reducir esas diversidades a una unidad, a una comunidad de conciencia.

Es el sentimiento que he constatado, primero en ese vasto Brasil, formado de portugueses, negros, mulatos de todas las gradaciones, elementos germánicos, elementos italianos, en Santa Catalina con una colonia alemana tan poderosa que ha sido necesario tomar precauciones para que la vida oficial no adquiriera el carácter de la vida alemana, y en San Pablo con una colonia italiana que constituye más de la mitad de una ciudad de 350.000 almas. Ante esas diversidades, ante la inmensidad de un territorio 16 veces más grande que la Francia, se experimenta la necesidad de una fuerza de cohesión y una especie de instinto nacional se despierta. Y en la literatura brasileña eso ha venido a constituir un nuevo tema. Hasta ahora los favoritos de la élite brasileña han sido los escritores pesimistas, refinados y sutiles. Yo no conozco literatura más penetrante y más triste que la literatura brasileña. Parece que en el Brasil, que ha pasado sin grandes desgarraduras del régimen colonial a la independencia, y del régimen monárquico a la forma republicana, mientras que los viejos poetas recogían en sus versos el eco de los clarines que animaron aquellas batallas, los problemas colosales a resolver en un territorio tan inmenso y la obra de organización de elementos tan múltiples, han causado una especie de anonadamiento, dejando en el alma de los brasileños más sutiles un sentimiento de pesimismo. La voluptuosidad estéril y los desfallecimientos de la esperanza humana, han sido los temas preferidos de los poetas del Brasil. Pero he aquí que un nuevo escritor lleno de nuestro espíritu, da Cunha, surge y describe la naturaleza brasileña revelando la grandiosidad de las montañas y la grandiosidad de los ríos, la riqueza inmensa que permanece inexplorada en ese fausto tropical, y dice la necesidad de asimilarse todas las razas, todas las fuerzas de trabajo que en ese escenario se mueven, haciendo un llamado a todas las energías y sacudiéndolas para realizar la unidad profunda de la nacionalidad.

En el Uruguay, me ha llamado la atención el fenómeno Artigas, sobre el cual los juicios son contradictorios de una orilla a otra del Plata. Pero cualquiera que sea el juicio histórico y definitivo que el porvenir haga sobre él, considerándolo un gran general y previsor creador de pueblos o un caudillo afortunado, lo que me impresiona es que todos los partidos concuerdan en él, y que los grandes poetas del Uruguay, Roxlo y Zorrilla de San Martín, lo tomen como asunto de sus cantos con una evidente sinceridad.

Y en la República Argentina, la gran preocupación, el gran problema es el de constituir un estado de nacionalidad definido, coherente y consciente, armonizando poco a poco tantos elementos múltiples y fundiéndolos en el crisol de pensamientos comunes y de comunes pasiones colectivas.

H X 246

.J3.756

Y por mi parte debo confesar que veo sin extrañeza y sin disgusto ese esfuerzo vigoroso de las nacionalidades de la América latina. El internacionalismo no es el cosmopolitismo. La acción internacional para ser vigorosa y eficaz supone naciones fuertemente constituidas. El cosmopolitismo no es sino un cuadro de intereses y elementos divergentes. Las nacionalidades constituidas y definidas entran en el internacionalismo con su carácter, con la fuerza de sus elementos tradicionales. En el internacionalismo las naciones no son árboles que flotan arrastrados por la corriente; son árboles que echan fuerte raigambre adhiriéndose al suelo y extendiendo su vasto ramaje para recoger la claridad de todos los soles y los estremecimientos de los soplos venidos de todos los puntos del horizonte!

El socialismo no se opone a la organización de las naciones, a la conciencia de las patrias. La nación es más grande, la patria es más profunda cuando se asimila las fuerzas obscuras, las fuerzas sacrificadas del trabajo que bullen en su seno. Cuando esas fuerzas son esclarecidas suben y hacen subir a la misma patria. Nunca la Francia fué tan grande, nunca la patria fué tan profunda como cuando la Revolución amenazada llamó en su socorro a las energías que estaban en lo más hondo del pueblo.

Saint-Just, el patriota desesperado, pudo decir alguna vez que los desgraciados no tienen patria. Pero lo cierto es que a medida que las desgracias de los hombres se atenúan, que los obreros aplastados por las condiciones sociales suben poco a poco hacia la luz, no son ya las capas superficiales de la patria las que se mueven, sino las mismas profundidades de la nación. Y la patria se eleva con esa dignificación del trabajo y ese progreso de la justicia.

En Alemania, en 1813 y 1814, el problema de la unidad y de la nacionalidad alemana fué la preocupación de las universidades. Fichte, el filósofo, defiende la unidad alemana, y despertando la conciencia de su país, dice a los compatriotas: ¡Levantaos, levantaos, vosotros sois la nación alemana y tenéis por función realizar entre todos los pueblos el reino del pensamiento, el reino del espíritu; no os dejéis oprimir por la fuerza brutal, levantaos! Y para que ese llamado encontrara un eco en todos los individuos, para que la patria fuera el patrimonio moral de todos, enseñaba la necesidad de hacer justicia a todos! Y por eso Fichte acompañaba su llamado a la nacionalidad alemana con un magnífico programa de justicia social para la masa de los asalariados.

La patria, pues, lejos de estar en contradicción con el socialismo, se agranda y se hace más profunda a medida que el socialismo progresa, porque cesa de ser un privilegio, un medio de gobierno de una clase o de una oligarquía, y se

convierte en la esperanza de todos, y el pueblo se dice que si no ha llegado a la justicia, puede por lo menos esperarla, trabajando por ella sin sobresaltos y sin angustias en el medio nacional.

LA OBRA NACIONALISTA EN LA ARGENTINA.

Y si así no fuera, ¿cómo con los elementos múltiples que tiene la Argentina podría constituirse aquí la democracia y la nacionalidad?

Los universitarios argentinos empiezan a preocuparse del problema. He oído a algunos catedráticos decir que su realización debe ser el rol de la alta enseñanza argentina. Y con ese pensamiento han sido enviados por el ministerio de instrucción pública delegados para que estudiaran en Europa la manera cómo se había efectuado en provecho de cada nación y de cada patriotismo la enseñanza de la historia.

Yo creo, también, como muchos de esos maestros, que una grande y viril educación puede contribuir a armonizar los elementos de un país. El estudio de la lengua tradicional, de ese tesoro trasmitido por los siglos, renovado y afinado por cada generación nueva, que refleja la aurora de cada día, que ha traducido las creencias del pasado y debe traducir las creencias del porvenir, es de una gran utilidad nacional. Y cuanto más mezcla de lenguas hay en una civilización, más debe vigorizarse y sistematizarse la cultura de la lengua tradicional. La ciencia también contribuye, con su progreso, con su movimiento, a vivificar la unidad de una nación. La ciencia es universal por su objeto y por su método, tiene en todos los países los mismos procedimientos y fines; pero los descubrimientos de los sabios son también determinados por el medio en que se trabaja, por la producción de la naturaleza con la cual un pueblo está en comunicación cotidiana y familiar. Así, pues, será la tarea y el privilegio de este país continuar la obra de Ameghino y de Ambrosetti, que han exhumado los testimonios de la naturaleza y de la civilización americanas, aplicando el método universal para estar en comunicación más directa con la América. Y he ahí todavía un medio de cohesión más.

Pero el maestro dice: la historia debe ser la gran educadora, es la historia la que debe formar la nación argentina, con las fuerzas venidas de todos los países del mundo. Sí, contesto yo, la historia es una gran institutriz, pero a condición de que no sea una historia tendenciosa. Y es éste el peligro que yo quería señalar de paso, y que es fácil evitar.

Uno de esos maestros a que me refería, el profesor Ernesto Quesada, ha publicado un trabajo muy documentado sobre la interpretación nacional y patriótica, que se da en

H X 246
.J3.756

todas partes en Europa a la enseñanza de la historia, y señala sobre todo el espíritu alemán, prusiano y sajón, con que la historia se enseña en Alemania. Según esas enseñanzas, todo lo hecho es la gloria de la dinastía prusiana en Prusia y de la dinastía sajona en Sajonia.

Yo no creo que, aun del punto de vista nacional, sea ésa una buena manera de enseñar la historia. Los pueblos no pueden tener puntos de apoyo durables y sólidos sino en la verdad. Si la escuela primaria ha falseado y deformado la historia de los pueblos, los que salgan de esa escuela tendrán que rectificar esos juicios arbitrarios, esa educación oficial, perdiendo así por completo su fe en esa historia.

Quesada dice que podrá juzgarse de la bondad y eficacia de esa enseñanza dentro de varios años. Ya está juzgada. Los cuatro millones de socialistas alemanes han sido educados según ese modelo; en la escuela se les dijo que los Hohenzollern habían hecho todo. Pero, al salir de ella, el proletariado alemán se asimila una historia más verdadera y vasta aprendiendo cuál es la parte del pueblo mismo en esa obra histórica y cuáles han sido los desfallecimientos de las dinastías: sabe, por ejemplo, respecto de las leyes sociales, que los libros ligan a los Hohenzollern, que ellas, como lo dijo el mismo Bismarck en la tribuna del Reichstag, han sido empujadas por los socialistas; y así, ante el pueblo alemán, esa historia de la escuela, esa enseñanza pública en contradicción con las realidades de la vida, ha caído en un profundo descrédito.

Esas son enseñanzas peligrosas y contrarias a la dignidad de la patria. Es una ofensa a la patria no decir a las generaciones la verdad. La patria es la sola fuerza que pueda soportar la verdad por entero. Las clases, las castas, las dinastías pueden temer la verdad, porque son fuerzas parciales y efímeras que pueden ser reemplazadas por fuerzas nuevas. Pero la patria no está ligada a ninguna dinastía, a ninguna clase, a ninguna casta; la patria es el gran río que recibe el caudal de todos los puntos del horizonte y el reflejo de todas las claridades — el gran río que corre a través de los siglos —. ¿Y qué importa que en ciertas horas haya pasado sobre ese río una nube, reflejando la negrura en su superficie?

Así, pues, yo os aconsejo decir la verdad en la enseñanza de vuestra historia. Basta, según la definición que ha dado Ricardo Rojas, que la enseñanza sea nacional y habitúe a interesarse por el pasado, pero también debe hacer pensar en el porvenir del país y de la civilización. Que enseñe las grandes cosas, pero que enseñe también las malas para condenarlas y repararlas. Y menos que otras naciones, los países de la América latina pueden dar a su historia una forma ex-

clusiva y estrecha. Primero, porque esta civilización es heredera de las grandes civilizaciones europeas, y si el país ha roto con las tiranías del pasado, no ha podido romper con el pasado mismo. Y después, porque entre las diversas nacionalidades de la América latina hay un lazo evidente.

En mi conferencia anterior he recordado la obra en que Moreno se preguntaba si debía constituirse una nación única con todas las posesiones españolas, concluyendo muy sabiamente que ésa era una obra imposible en ese momento, y que por lo tanto era necesario dejar que las condiciones geográficas e históricas constituyeran nacionalidades independientes, con plena autonomía, reservando al porvenir la tarea de solidarizarlas federativamente. Los poetas argentinos han sido poetas de la América latina. Es Mármol, el prosopista, que canta la naturaleza brasileña, la riqueza tropical, el esplendor del tiyuca, con una emoción americana que es una especie de patriotismo agrandado. Y es Andrade quien exalta la fuerza de América, representándola como la continuadora de la raza humana, como la heredera de la Roma antigua, como el imperio de la justicia, entreviendo el día en que sobre el vasto territorio de la América latina los pueblos de la Europa encontrarán en abundancia el pan y la libertad; y en una imagen grandiosa, en una de esas imágenes que muestran precisamente que el contacto con una naturaleza particular renueva el lirismo, anuncia el día en que los pueblos de Europa llegarán al altar de los Andes a colgar de sus penachos las espadas y los escudos, proclamando la eterna comunión de los pueblos y de las razas, y no en un fragmento de los Andes, sino en el Andes todo entero, en el Andes de América!

Así, pues, la historia, fría, sincera y severamente enseñada, sin exclusividades y sin mentiras, lo mismo que el conocimiento de la lengua tradicional, son factores útiles para realzar la unidad nacional, la conciencia de la nacionalidad.

LA ORGANIZACION OBRERA COMO FACTOR NACIONALISTA. — LA NATURALIZACION DE LOS EXTRANJEROS.

Pero con eso solamente no se haría más que rozar la superficie de los espíritus; no se llegaría a la realidad profunda de las cosas, si otras fuerzas sociales de unificación no entraran también en juego.

Es necesario que todos los elementos obreros de este país, franceses, italianos, españoles o argentinos de origen, sientan y traduzcan en vastos programas la unidad de sus reivindicaciones y de sus esperanzas.

H X 266

.J3.756

Es una gran debilidad para la clase obrera de un país de inmigración estar separada por naciones y razas. La fuerza de las reivindicaciones, como el método mismo, se empequeñecen. Cuanto más la organización obrera se extienda y se haga poderosa, comprenderá elementos que, para entenderse y realizar una acción colectiva, deberán hacer largas y serias discusiones, e irán prevaleciendo sobre los movimientos instintivos la organización metódica y las reivindicaciones inteligentes.

Y al mismo tiempo que los obreros están debilitados por su separación en nacionalidades y razas, la nacionalidad misma se debilita, porque todos esos individuos, en cuyo pensamiento sigue reflejándose la patria de origen, se desinteresan por completo del movimiento y de la legislación de este país, que es su patria nueva.

La intervención de toda esa clase obrera en las cosas del país, sería, pues, un doble progreso: progreso obrero y progreso nacional.

Y no se diga que el lazo místico que une a esta población extranjera con la patria vieja sería relajado. En los que están aquí de paso, yo comprendo o me explico la indiferencia. Pero los que decididamente se fijan aquí, los que ponen aquí la piedra de su hogar, al mismo tiempo que defenderían sus intereses cumplirían con un deber hacia la patria nueva, la clase obrera argentina y la clase obrera universal, no esterilizándose en una indiferencia que perjudica a ellos y a los demás. La cultura, los sentimientos, las tradiciones, las fuerzas todas que hayan traído de la patria de origen encontrarían un noble empleo en la vida activa e intensa, en la vida completa de hombres y de ciudadanos dentro de la patria de adopción. Absteniéndose, se anulan y permanecen en el vacío, entre la patria de ayer y la patria de hoy, a ninguna de las cuales pertenecen en realidad.

Los italianos, por ejemplo, cuando se fijan aquí, por más que guarden el recuerdo y el culto de la admirable patria de origen, no deben olvidar que Mazzini mismo en una carta profunda decía que la patria no era solamente el suelo, la materia, y que quería la Italia independiente y unida para que pudiera asociarse con todas las naciones libres a la obra de la civilización humana. Y sería permanecer fieles al ideal de Mazzini servir aquí la causa de la justicia, del trabajo y de la paz, nacionalizándose. Es el pensamiento que animó a Garibaldi, que vino a combatir por la libertad de América y que después de la caída del Imperio en Francia, cuando la República substituyó a Napoleón, corrió a Dijón con los italianos, olvidando Mentana para defender la República.

Es imposible hoy en cualquier país que sea constituir na-

cionalidades vigorosas sin una clase obrera fuertemente organizada.

Y dependerá de todos, del esfuerzo de organización que haga la clase obrera y del esfuerzo de justicia, de libertad y de garantías legales que hagan los dirigentes, que el pueblo trabajador se constituya aquí como en todas partes, como una fuerza de democracia, de nacionalidad y de civilización.

H X 266
. J 3756

La organización militar de Francia

EL PARTIDO SOCIALISTA Y EL EJERCITO.

Quiero tratar a grandes rasgos de la organización militar de la Francia, desde el punto de vista de su estado actual y de su evolución probable.

Naturalmente, no pretendo erigirme en estratega, ya que, y lo digo sin malicia, no necesitáis de un nuevo general...

Pero, aunque vosotros no tenéis el problema que aqueja a las naciones europeas, en las cuales desde hace más de un siglo las vicisitudes de las invasiones, el temor y las descon-fianzas recíprocas han conducido a establecer en el hecho el armamento universal, no ha de carecer de interés, sin duda, el delinear cómo se presenta el problema de la organización militar en una gran democracia republicana de Europa, y el criterio con que lo aborda el Partido Socialista.

El Partido Socialista no puede desinteresarse de ese problema. Es un partido de ideales pero no de utopías. Trabaja con la realidad y dentro de la realidad, apoyándose en ella para preparar sus transformaciones. Así, pues, persiguiendo la abolición final de la guerra por la organización jurídica de los pueblos, constata el hecho actual del armamento formidable de las naciones europeas; y de la misma manera que se preocupa de dar a todas las cuestiones precisas soluciones también precisas, así como interviene en las cuestiones obreras y agrarias, en la organización de la familia, en las relaciones de las iglesias y de los estados, siempre con la misma idea directriz, se preocupa de obtener en la organización de las fuerzas militares la mayor eficacia posible, es decir, asegurar el máximun de independencia y seguridad nacional con el menor despilfarro de fuerzas y de dinero, siendo su espíritu el mantenimiento de la paz.

Desde hace muchos años me he interesado por este problema de la institución militar. Primero, como a muchos republicanos franceses, me conmovió la gran crisis del proceso Dreyfus, por el singular malentendido que revelaba entre el ejército de la república y la democracia republicana. Como muchos franceses, me pregunté en esa época: ¿Por qué vicio de nuestras instituciones, por qué vicio orgánico el ejército ha vivido aislado de la Nación y ha considerado que en

el mantenimiento de una iniquidad flagrantemente sostenida por medios deplorables fincaban su honor y su reputación?

Desde entonces, la conciencia francesa ha entrado en una especie de revisión del pensamiento y de las instituciones militares.

Además, me he dedicado a estudios minuciosos sobre la Revolución Francesa, y me ha sido imposible dejar de lado las relaciones de la democracia y del ejército en el drama revolucionario.

Y, en fin, un hombre de estado, de espíritu agudo, que vosotros habéis oído, sin que la travesía del Atlántico le hubiera hecho perder nada de agudeza, ha recordado en términos transparentes que un día él me había pedido la presentación del plan de la sociedad futura: dadnos vuestro proyecto, nosotros lo examinaremos y discutiremos...

Y bien; he empezado a cumplir mi palabra, ocupándome de la organización de las instituciones militares, y no desde el punto de vista de una sociedad ideal, sino para mostrar por cuáles transformaciones visibles y previsoras la sociedad puede llegar a un orden nuevo y mejor, porque al preguntarme cómo asegurar la libertad del desarrollo de una gran nación moderna, en lo referente a la organización social, la cuestión militar me ha parecido que era una cuestión previa.

Puedo someter, entonces, en este momento, la institución militar francesa a una libre crítica, sin temer que se me acusa de desacreditarla, señalando lagunas e insuficiencias, con una convicción profunda en la cual no entra ninguna fanfarronada y ningún "parti-pris" chauvinista: la convicción de que en el momento actual el ejército francés es uno de los más fuertes del mundo, teniendo desde ahora en su mecanismo los principios de una evolución ulterior que lo perfeccionará y lo democratizará más.

ORGANIZACION MILITAR FRANCESA.

¿Cómo está esencialmente constituido ese ejército? Sobre la base del servicio universal obligatorio y absolutamente igual. Todos los ciudadanos de Francia, sin excepción ninguna, ricos o pobres, burgueses u obreros, letrados o ignorantes, son llamados a la misma edad a servir dos años en los cuarteles del ejército activo. Nadie está dispensado de ese servicio: ningún diploma, ninguna consideración social pueden eximir a un ciudadano de su parte igual de deber militar. Casi puede decirse que ni la misma enfermedad es una causa de excepción, puesto que los que son mediocrementes válidos, y no pueden hacer por eso un servicio activo, son utilizados en servicios auxiliares.

H X 246

.J 3.756

— 59 —

Después de dos años de servicio activo, todos los ciudadanos franceses entran en la reserva por once años, hasta la edad de treinta y cuatro o treinta y cinco años, siendo convocados a maniobras y ejercicios periódicos cada dos o tres años, en un término de veintidós días en el primer período de seis años, y de trece y once días en los subsiguientes. Después de los treinta y cuatro años entran en el ejército territorial, para concluir sus relaciones militares con la Francia a los cuarenta y cinco años.

Ese reclutamiento igual, democrático y universal tiene casi un carácter regional, es decir, que los soldados están afectados a regimientos que no permanecen lejos de sus puntos de origen, de sus centros de existencia civil. La Francia se percató en 1870 del tiempo que hacía perder y del perjuicio que causaba su anterior forma de reclutamiento. El imperio alejaba lo más posible a los soldados de sus puntos de origen, de los puntos en que vivían dentro de la nación, y cuando la guerra estalló fué necesario que los soldados con permiso y los reservistas atravesaran el país de un extremo a otro para ir a reunirse con sus respectivos regimientos. La Alemania, en cambio, había adoptado, y lo practica todavía, el reclutamiento regional. En Francia ese reclutamiento regional se estableció y practicó con éxito hasta el movimiento de los viticultores del mediodía. Entonces el gobierno no asustóse porque los soldados fraternizaron con los viñateros, y puso después, durante cierto período, obstáculos al reclutamiento general, pero, poco a poco, por la fuerza de las cosas, las instituciones militares francesas vuelven a ese mecanismo.

En cuanto a los oficiales, en gran número son educados por escuelas militares: escuela de Saint Cyr, que prepara los oficiales de infantería y caballería, y escuela Politécnica, que prepara los oficiales de artillería e ingenieros. Y por el programa de exámenes para ingresar a esas escuelas y la vasta cultura que en ellas se les da, puede decirse que los oficiales franceses figuran entre los más instruidos del mundo. Los suboficiales entran en escuelas especiales como las de Samur y Versalles, para la caballería, artillería e infantería, que los preparan para el grado de oficiales.

Pero la institución militar francesa no se preocupa solamente de formar oficiales de cuartel, sino también de educar y preparar oficiales de reserva. Los jóvenes de una instrucción suficiente que pasan algunos meses en el regimiento son agrupados y reciben una educación particular, van a un centro común de estudios y preparación, para tener al fin de un año el grado y diploma de subteniente de reserva, y en

esa calidad de subtenientes cumplen en su regimiento el segundo año de servicio.

Hay, pues, todo un vasto esfuerzo de organización y preparación, que ha dado el siguiente resultado: en la hora actual, en el conjunto de las guarniciones y cuarteles de Francia, hay un ejército con un efectivo de quinientos cincuenta mil hombres, de los cuales trescientos cincuenta mil de infantería, setenta mil de caballería y ochenta mil de artillería. Y a ese ejército activo se agregan once clases de reservistas que han pasado todos por el cuartel, recibiendo una educación militar, y que en el momento en que Francia fuera invadida y debiera reconcentrar sus fuerzas, representarían, unidos a la fuerza del ejército activo e incorporados a las unidades de combate, un total de dos millones quinientos mil hombres, es decir, una inmensa fuerza joven y viril al servicio de la defensa nacional.

Ese es el estado actual de las cosas. Y esa organización es más interesante y significativa por los rasgos que tiene de una evolución ulterior irresistible.

La organización militar francesa ha llegado a realizar la igualdad y universalidad del servicio. Yo he asistido en el periodo de mi vida pública a las principales fases de esa transformación. Al finalizar el Imperio, el servicio militar era de siete años y casi todas las fuerzas militares estaban constituidas por el ejército de los cuarteles. Poco a poco, la duración del servicio militar ha sido reducida y atenuadas las desigualdades entre los ciudadanos. Thiers, que estaba penetrado del espíritu del antiguo ejército, se opuso en la Asamblea Nacional, cuando era presidente de la república, a la reducción del servicio militar a tres años, y amenazando con su renuncia obligó a ese cuerpo a volver sobre sus pasos. En 1885, cuando yo entré al parlamento, teníamos todavía el servicio nominal de cinco años, que en los hechos se reducía a cuatro años y, para una parte del contingente, sólo a seis meses. En 1899, el servicio se redujo a tres años para la mayoría, con un privilegio para una pequeña minoría que cumplía solamente uno. Y en 1905 las desigualdades desaparecieron, estableciéndose el servicio militar de dos años igual para todos los ciudadanos franceses.

El resultado de esa transformación ha sido no sólo el de asegurar mayor igualdad entre los ciudadanos y una educación más homogénea, sino el de llevar poco a poco hacia las reservas, hacia los soldados que no están en los cuarteles, la verdadera fuerza militar de la defensa nacional. En la hora presente, si un peligro nacional estallara y la nación se viese obligada a organizar todos sus elementos, sobre 2.500.000 hombres que podrían ir a la frontera, 500.000 solda-

H X 266
. J 3756

mente constituirían el ejército de los cuarteles y 2 millones saldrían de las profundidades mismas del país. Sobre las fuerzas de las reservas, es decir, sobre la fuerza de los ciudadanos y trabajadores mezclados a la nación, reposa hoy la seguridad de Francia.

CRITICAS SOCIALISTAS A LA ORGANIZACION MILITAR.

¿Cuál es la objeción que nosotros, los socialistas, hacemos a la organización militar actual? La de no ser, a pesar de sus méritos, fuerzas y virtudes, plenamente lógica, la de no llegar de un modo resuelto hasta el fin de la evolución que desde hace varios años la informa.

La duración del acuartelamiento ha sido reducida a dos años y los reservistas tienen ahora en la fuerza militar la más grande importancia y constituyen la mayoría, pero el servicio del cuartel se prolonga abusivamente, en virtud de antiguos principios que subsisten. Si verdaderamente la fuerza del ejército está en el ejército de la nación, en los ciudadanos educados, y si el ejército del cuartel no es sino una fracción relativamente débil del efectivo total, es inútil guardar durante dos años 500.000 hombres en los cuarteles.

En otro tiempo, el ejército del cuartel era considerado como una carga necesaria y como la fuerza esencial de la defensa. Hoy, lógicamente, no puede ser considerado sino como una escuela, y los soldados no deben ser retenidos en los cuarteles sino el tiempo necesario para hacer el aprendizaje de las armas. Si se los retiene dos años, o sea cuatro veces más del tiempo necesario y diez veces más que en el ejército suizo, es porque se rinde culto al prejuicio que he señalado y se dice: guardemos los soldados dos años, no para enseñarles más conocimientos que los que podrían adquirir en cuatro o seis meses, sino para tener 500.000 hombres que sirvan de punto de apoyo y de vigorizante a la masa de reservistas. Y es esa desconfianza persistente respecto del poder y de la capacidad de las reservas lo que trae como consecuencia la prolongada duración del servicio.

Aunque esas reservas teóricamente constituyan la fuerza esencial y fundamental del ejército francés, la atención de los estados mayores y de los gobiernos se dirige al ejército de los cuarteles, gastándose así en esa educación prolongada una cantidad de tiempo que debería emplearse en la educación y organización de los reservistas. Y además, esa desconfianza hacia la nación armada, en virtud de la supervivencia del prejuicio que no ve fuerzas sino en el cuartel, quiere que la gran masa de los soldados constituy

da por reservistas esté lejos del campo de acción de las grandes operaciones que deciden el destino de la patria.

En las condiciones militares francesas del momento actual, solamente las cinco o seis primeras clases serían llamadas al mismo tiempo que las clases del activo a tomar parte en las primeras grandes operaciones. Todos los hombres de 27 a 34 años figurarían en los últimos planos y esas clases viriles no servirían sino como suplemento para llenar los cuadros del ejército del cuartel.

Y bien: la democracia comprende más plena y lógicamente la fuerza del instinto militar. No corta las generaciones en dos: de un lado el ejército del cuartel con un servicio prolongado y absorbente de dos años y del otro lado los reservistas, la enorme masa de los reservistas dividida en primera y segunda categorías.

LA NACION ARMADA.

Todos los suizos de más de veinte años son llamados al cuartel para instruirse durante tres meses, considerando que el cuartel no es otra cosa que una escuela, y después de esos tres meses entran en las unidades militares repartidas sobre todo el territorio, tomando, por así decirlo, en las fuerzas vivas, las fuerzas defensivas del país. Todos los ciudadanos de 20 a 34 años pertenecen a su respectiva unidad territorial, a su respectiva unidad orgánica, en la cual la vida del ejército se confunde con la vida de la nación.

Nosotros los socialistas pedimos, desde el punto de vista de la seguridad nacional, que se concluya con el prejuicio del cuartel y que toda la masa francesa de 20 a 34 años, educada rápida y científicamente en el servicio activo, sea distribuída en todas las comunas en unidades territoriales, a fin de que la vida del ejército y la vida de la nación formen una sola cosa, y sea esa masa entera, organizada y homogénea, la que se llame el día del peligro para defender la independencia del país.

Queremos servir así a la independencia de la Francia y a la causa de la paz.

La Alemania duda entre concepciones militares opuestas: piensa, como lo han indicado el general von Caprivi y un ministro de la guerra, en utilizar de un modo rápido la fuerza de los cuarteles, y que pudiendo acumular en ellos, a causa de la superioridad de su población, en pocas horas más fuerzas activas que la Francia, bastaría agregarles una o dos clases de reserva para que un ejército de jóvenes, un ejército que no estaría trabado por los lazos de familia, constituyera la defensa. Preocupación militar y también

HX 266

.J3756

preocupación política de un imperio que quiere reservarse el mérito de declarar, a la hora que le plazca, la guerra si es necesaria o si la desea simplemente, y que calcula que una vez empeñada la acción brutal — una vez que se aspire el olor de la pólvora y después de la sorpresa primera, después del choque formidable —, bastaría que los reservistas entraran solamente para llenar los claros de las primeras líneas, manteniendo así la superioridad ofensiva de éstas.

La verdadera defensa nacional eficaz y plena de la Francia estaría en no prestarse a ese juego esperando, para trabar a fondo la batalla, a riesgo de algunas primeras derrotas o detenciones, la hora en que podría llevar al campo de combate la totalidad de sus fuerzas jóvenes y viriles.

En la organización militar que proponemos nosotros no habría solamente una mayor seguridad nacional, sino que habría también para los pueblos de Europa una nueva garantía de paz. Porque cuanto más deberían ponerse en movimiento, por el mecanismo del ejército, masas formidables de hombres surgidos del fondo mismo de la nación, más Francia sería opuesta a las locas aventuras y caprichos de sus gobernantes. El día en que un gobierno debiera tomar la responsabilidad de enviar a la batalla no sólo una minoría de jóvenes embriagados por su misma juventud, sino todos los hombres mezclados a la vida nacional, ligados por los afectos de padre a hijo y de marido a mujer, ah! ese día si la nación tiene el sentimiento de que el derecho está con ella, mostrará una energía incomparable. Pero si es un capricho lo que debe obedecer, si tiene el sentimiento de que se le quiere inmiscuir en una aventura, la resistencia de los corazones, la resistencia de las almas sabrá oponerse al gobierno muy eficazmente porque será la resistencia de la nación entera!

La totalidad de las fuerzas nacionales, que formarían la defensa del país, se opondría en bloque a la invasión extranjera, pero se opondría también en Francia a los proyectos bélicos de los gobernantes insensatos.

He aquí por qué, personalmente, en el sentido de una evolución democrática y social, yo he propuesto una organización militar que reduce a seis meses la duración del acuartelamiento; que fija la educación de los adultos hasta los 35 años; que los distribuye y agrupa en sus regiones, realizando lo más posible el reclutamiento local, para que los ejercicios periódicos puedan hacerse con facilidad. En esa organización damos también a los soldados, es decir, a la totalidad de los ciudadanos, el derecho de intervenir en parte en la promoción y nombramiento de sus jefes. Los

jefes serían elegidos y promovidos por consejos, en los cuales estarían representados los jefes de cuerpo que los conocen, el conjunto de los camaradas de grado y la totalidad de los ciudadanos-soldados. Eso sería el conjunto de la fuerza organizada, de la fuerza de la nación, de modo que no habría ninguna separación entre la nación y el ejército.

EL EJERCITO EN LA REVOLUCION FRANCESA.

Se nos opone y se nos ha opuesto que la historia daba un desmentido a nuestras concepciones y esperanzas en la materia: que todas las veces que un pueblo había querido organizar un ejército con todos sus elementos, el ejército había sufrido la anarquía y la derrota, y que sólo las organizaciones profesionales pueden dar al ejército la cohesión y la fuerza necesarias. Se han invocado al respecto ejemplos tomados de la Revolución Francesa.

No se puede negar el valor y el empuje de nuestros voluntarios históricos de 1791, 1792 y 1793, pero se dice que los ejércitos de la Revolución no han sido constituidos sino con elementos de azar y de entusiasmo juvenil; que no hubo en ellos sino desorden, anarquía y derrotas, y que la Revolución no se salvó sino inscribiendo esos voluntarios tímidos y débiles, a la vez, en los cuadros que había dejado el antiguo ejército monárquico. Es lo que el coronel Rousset ha tratado de demostrar con documentos sacados de los archivos y es con esos argumentos que el mariscal Moltke combatió en las tribunas del Reichstag y Landtag la idea de las milicias.

Yo puedo decir con un estudio paciente, que hay en eso un error. Es el hecho de la nación armada, es el hecho del llamado a todas las fuerzas vivas de un pueblo lo que fué para la Revolución el ideal militar y el medio práctico de defensa. Abrid las obras de nuestro gran Carnot, del que fué a justo título llamado el organizador de la victoria, y veréis que el plan de organización durable que proponía a la Legislativa es precisamente el de Suiza. Veréis que la elección de los jefes del ejército funcionó bajo la Revolución y fué su salvaguardia.

Y cuando se dice que los voluntarios fueron refundidos en los antiguos cuadros de línea, se comete un error flagrante. La Revolución estaba apremiada por un formidable problema: de todas partes la amenazaban y el ejército real estaba formado por dos elementos, soldados que más bien simpatizaban con la Revolución y oficiales de "élite" que dieron ejemplo de traición emigrando para tomar parte en la resis-

H X 266

J 3756

tencia de la familia real. El ejército estaba así trabajado por un espíritu de desertión, de traición y de desquicio.

Y si el ejército de la Revolución no hubiera estado compuesto sino por soldados de línea, éstos, a pesar del soplo revolucionario que pasaba sobre ellos, no habrían tenido la fuerza para resistir a los ejemplos de traición y desertión de los jefes que conocían. Y porque de todos los rincones del país, al llamado de la Revolución amenazada, vinieron jóvenes que libremente entraban en las filas y exponían su pecho para defenderla, la traición de los jefes no pudo desmembrar el ejército; la traición de Dumouriez, después de los triunfos brillantes que le habían dado tanto prestigio, no pudo tampoco destruirlo, porque los voluntarios resistieron; y el día que la Asamblea revolucionaria hizo la amalgama de las tropas de línea y de los voluntarios, se preocupó de dar a estos últimos la primacía. Un batallón de línea estaba junto con dos batallones de voluntarios. Y cuando en la Asamblea se explicó que era necesario que el espíritu de la Revolución prevaleciera, se dió a esas organizaciones la facultad y la confianza de nombrar los jefes, que mandaban los soldados a la batalla, en condiciones interesantes e ingeniosas. Cuando era necesario proveer un grado, todos los oficiales o suboficiales de un grado inferior presentaban una lista al batallón, y cada soldado, cada suboficial daba su lista, indicando los nombres de su preferencia. Los oficiales del grado a proveer hacían una elección sobre esas listas y cuando el conjunto de los soldados y de los oficiales del grado inferior al que debía proveerse habían propuesto tres veces el mismo nombre, éste debía aceptarse.

Es por esa organización a la vez democrática y sabia que la Revolución triunfó. Hubo muchos errores, sin duda, muchas sorpresas. Se ha mezclado a la historia de la Revolución una parte de leyenda que, como todas las leyendas, es peligrosa, porque compromete la verdad misma. No basta para dar a los hombres heroísmo constante, vehemencia y perseverancia indomable, la constitución del espíritu de disciplina y de libertad; no basta proclamar un ideal sublime. La virtud militar, como la virtud cívica, como la virtud social, no entra en los pueblos sino lentamente como el arado en las duras entrañas de la tierra. No se improvisan las grandes virtudes. Hay desfallecimientos, errores, angustias y caídas; pero, cuando existe en el fondo de las almas un noble principio y una gran fe, los impulsos se reaniman continuamente y los establecidos de heroísmo se producen. Es así que los mismos soldados de la Revolución, que temblaban al llamado y confesaban su vergüenza, hacían votos de reparar sus faltas, y tres meses después, extenuados, sin ali-

mentos y sin zapatos, salvaban la Revolución y la Francia.

La virtud de los revolucionarios fué no tener ni ilusiones ni angustias; sabían lo que había de debilidad en los hombres; la parte de error cometido en la elección de los jefes; sabían que había una falta de experiencia que se transformaba en una falta de coraje y de entusiasmo. Pero con todo eso, no desesperaron nunca, teniendo fe en la disciplina que se haría. Por eso, yo digo que mañana tampoco sería por una improvisación sublime, sino por la fuerza combinada y paciente de una organización sólida y de una gran idea de la justicia, de la democracia y del derecho, que el ejército sabría ser poderoso.

Hay otro error histórico con el que se trata de desacreditar la concepción del ejército popular. Esas quimeras, se nos dice, han perdido la Francia en 1870. Es porque los republicanos como Favre o Simón, es porque el partido republicano opuesto al imperio respondió con la "chicana" a los métodos positivos del mariscal Niel, declarándose partidario del armamento quimérico de una guardia nacional, que la Francia fué sorprendida y vencida.

No; si la Francia de 1870 fué vencida, no se debió a que los republicanos concibieran la idea de un ejército esencialmente popular, de una gran milicia nacional. Es porque los ejércitos no valen sino en la proporción que vale el régimen por el cual combaten.

El imperio había impedido el surgimiento de otras fuerzas que no fueran las suyas propias. Quería su ejército de expedición y de aventura y no podía aceptar la gran idea del armamento universal de los ciudadanos, porque temía que ese pueblo armado se volviese contra él. El recuerdo del golpe de estado de diciembre pesaba sobre el imperio. Habiendo abolido la libertad; habiendo abusado del ejército contra la nación; habiendo querido contra la república y la libertad un ejército de cuartel, un ejército pretoriano, tenía miedo de hacer un llamado a las reservas profundas del país.

El castigo de la confiscación y corrupción de las libertades de un pueblo es que cuando se necesita de ese pueblo para salvar la patria, se le teme; se teme el peligro interior, cuando serían menester todas las fuerzas nacionales para conjurar el peligro exterior. En 1870 la nación desconfiaba del imperio y el imperio tenía miedo de la nación. Y en esa desconfianza recíproca, las fuerzas de la nación, las fuerzas vivas, se perdían en el abismo que el despotismo criminal había cavado, y la patria, la Francia, era la que sufría.

El remedio contra todo eso es desarrollar, pues, un régimen político y social en que el ejército popular pueda funcionar sin peligro para la patria. Y el día en que la Repúbli-

H X 246

. J 3756

ca Francesa entre más entusiasta y ampliamente que hasta ahora en la vía de la reforma social, el día que redoble el esfuerzo y acelere el ritmo de las reformas para llamar a la libertad y a la justicia toda la masa de sus ciudadanos, ese día podrá crear el ejército nacional y popular que con sus catorce clases y sus millones de pechos sería a la vez un obstáculo a la fuerza del invasor y a los caprichos, contra-revoluciones y aventuras bélicas.

He ahí por qué soy un convencido de que la fuerza de la evolución democrática y social y la necesidad misma de las instituciones militares van a conducir a la Francia a las grandes transformaciones que a la ligera he indicado, y en las cuales habrá al mismo tiempo que una garantía de la seguridad nacional de la independencia del país, una garantía de paz internacional. Porque en el porvenir un gobierno no podrá poner en movimiento esas masas nacionales si no les da primero la certidumbre de que luchan verdaderamente por el derecho, si no les da la prueba, antes de recurrir a los medios de la fuerza, que ha agotado todas las soluciones de conciliación y de arbitraje.

LA PAZ INTERNACIONAL

Algunos sonreirán de nuestra esperanza. Yo sé bien que desde hace siglos y siglos la esperanza de paz que yo formulé ha sido destruída y desgarrada por la brutalidad de los acontecimientos, por la violencia salvaje de los hombres y de las cosas.

El cristianismo proclamó el sueño de fraternidad universal, pero sobre el sueño del galileo pasaron durante años nubes sangrientas.

En el medioevo, Dante hizo un llamado a la gran unidad de los pueblos cristianos, para que los hombres pudieran pensar, meditar y crear en la calma de las cosas y en la paz soberana.

La Revolución creyó también al surgir que traía la paz al mundo, pero la reacción que se desencadenó después destruyó esa esperanza pacífica.

Y en la hora misma en que hablo, en la hora en que formulo nuestro ensueño, percibimos de lejos los rumores sin nuestros de una conflagración.

Y bien; no nos descorazonemos y continuemos teniendo fe en la obra de la paz; a pesar de todo, se están preparando las fuerzas que establecerán la paz entre las naciones, y uno de los esfuerzos tendientes a ese fin es la organización democrática de los ejércitos, puramente defensiva, que hagan

imposible, por su constitución y por su espíritu civil, todas las empresas de aventuras y conquistas.

Y es por eso que en nuestra obra socialista el esfuerzo en pro del arbitraje internacional entre los países, en pro de la organización jurídica de las relaciones de los pueblos, se completa por el esfuerzo defensivo de la nación armada. Es nuestra lógica.

H X 266

.J3756

Las consecuencias de una guerra europea y los medios de asegurar la paz

LA HORA ACTUAL DE LA POLITICA EUROPEA.

Desde hace dos meses la Europa viene estando singularmente agitada, agitando por contragolpe al mundo entero. El conflicto de Francia y Alemania a propósito de Marruecos tomó repentinamente un cariz inquietante, dando lugar a la realización de negociaciones difíciles y misteriosas, a propósito de las cuales la prensa multiplicó los comentarios contradictorios y las nuevas de pánico, ocasionando entre los pueblos una honda emoción el solo pensamiento de los graves sucesos que podrían producirse. Sin embargo, parece, y es permitido esperarlo, que después de esos conflictos diplomáticos, amenazas y agitaciones de la prensa, las diferencias entre los dos países recibirán una solución pacífica. Por mi parte, cuando ocupe de nuevo dentro de pocos días mi puesto de combate en Francia, estoy dispuesto a aprobar todos los esfuerzos que se hayan efectuado en pro del mantenimiento de la paz; y me regocijo desde ya de constatar que el gobierno liberal de Inglaterra, que habría podido ceder a ciertas sugerencias chauvinistas y aprovechar de las disensiones francoalemanas, haya contribuido a amortiguarlas.

Pero apenas el conflicto de Francia y Alemania entra en el período pacífico, hete aquí que surge para agitar de nuevo la Europa y el mundo esa empresa italiana, que por mi parte yo deploro y que es, como ya lo he dicho con franqueza, un contragolpe de la anexión austriaca de Bosnia y Herzegovina, una continuación y consecuencia de la política seguida en Marruecos por Francia. Yo deseo que las potencias, que no tienen cualidades morales, que no tienen autoridad moral para manifestarse en contra de procedimientos de sorpresa y violencia que ellas mismas emplean, sean por lo menos capaces de limitar el peligro, de circunscribir el incendio, evitando que haya en la península balcánica repercusiones trágicas.

Lo característico del período que hemos atravesado y

que aun se prolonga, es una especie de contradicción, de incoherencia fundamental. De una parte, las potencias no están contenidas o dirigidas en su acción nacional por ninguna regla de derecho, por ningún principio cierto y definido en que pueda apoyarse la conciencia universal. El mundo está entregado a las inspiraciones y a las sorpresas de los grandes egoísmos colectivos y, sin embargo, se hace todos los días más neta y más fuerte en los pueblos la impresión de que los gobiernos no pueden abstraerse plenamente del sentimiento y voluntad populares, que no quieren que esas temeridades y egoísmos hagan peligrar la paz de Europa y del mundo. Vivimos así en un período incierto, de pánico y de reflexión, de locura y de sabiduría en que la humanidad no tiene bastante fuerza para ser plenamente sabia ni bastante audacia para ser enteramente loca. Es un invierno que se prolonga. Puntos de azul aparecen, que hacen entrever la luz y la esperanza de un porvenir de justicia y de paz, pero las crueles ráfagas invernales no dejan de pasar.

Y bien; se trata de saber si la humanidad seguirá en ese período incierto y semibárbaro, en que las fuerzas de violencia y las fuerzas de derecho y de sabiduría chocan y se mezclan, o, si al contrario, podrá y sabrá hacer surgir un orden estable de paz definitiva y de sabiduría organizada, de esas incertidumbres y de ese caos. Para todos los pueblos, para todos los partidos y ciudadanos de todos los países ha llegado la hora de trabajar, no con fórmulas, sino con hechos reales en la vida cotidiana, en la institución de un orden de justicia internacional y de paz garantizada. En cuanto a mí, tengo la convicción profunda de que en el estado actual del mundo no hay una sola cuestión que no pueda arreglarse sin la guerra. Yo sé que sobreviven en la realidad contemporánea los efectos de muchas violencias y muchas injusticias del pasado. Durante siglos y siglos la fuerza ha construído y moldeado las cosas humanas. Y aún no hemos entrado sino en parte en el período de la historia humana, es decir, en el período en que el pensamiento reflexivo y la conciencia clara del hombre dirigirán los acontecimientos. La humanidad todavía está hundida a medio cuerpo en la brutalidad de la naturaleza. La fuerza ha dejado su huella sobre el mapa del mundo, y lo mismo que el asesino deja sobre el muro la impresión sangrienta de sus dedos, que es la prueba de su crimen, el pasado ha dejado en la realidad y continuidad de la historia la huella de sus violencias salvajes. Pero no concluiremos nunca con esas barbaries de otros tiempos si seguimos contando con la fuerza para reparar las iniquidades de la fuerza.

H X 266

. J 3756

— 71 —

Lo que caracteriza la hora presente, lo que anuncia los tiempos nuevos, es que hoy existen en efecto para reparar las más grandes injusticias de la historia, otros medios que el de recurrir al azar de la fuerza y a las brutalidades de la guerra.

IRLANDA, POLONIA Y ALSACIA Y LORENA.

La Irlanda ha sufrido dura martirio y terribles violencias desde que fué conquistada por la fuerza inglesa, perdiendo la autonomía y la propiedad del suelo, y llevando durante generaciones un yugo muy pesado. Ha sido tan cruelmente herida en la carne de sus hijos, que en el siglo XVIII un gran escritor dijo en sus Memorias íntimas que la nación inglesa "había merecido por el tratamiento dado a Irlanda, que Dios la castigara como nación".

Las tentativas irlandesas de rebelión han sido múltiples y han fracasado. Fué en vano que la Irlanda contara con el socorro de Luis XIV y la flota francesa para escapar al yugo de los terratenientes ingleses; fué inútil que durante la Revolución esperara las fuerzas libertadoras que el general Hoche habla preparado. Y si Irlanda no hubiera podido contar nada más que con la fuerza de las armas para quebrar su yugo y libertarse, reconquistando su independencia y su tierra, languidecería aún en la miseria, en la sujeción y en la desesperación.

Pero surgieron fuerzas nuevas en el escenario político y social y ella ha sabido utilizarlas. Inglaterra se ha democratizado, las fuerzas del pueblo han adquirido un gran desarrollo y esa libertad de las instituciones inglesas se ha extendido en parte a Irlanda. Si los irlandeses no tienen más su parlamento autónomo, han podido tener representantes en el parlamento británico; y cuando éstos entraron a Westminster comprendieron que disponían de una fuerza nueva y de un arma mejor para servir a sus esperanzas. Liberales y conservadores se disputaban el poder, oponiéndose fuerzas casi iguales, de modo que era posible a la Irlanda desempeñar en ciertas horas el rol de árbitro. Con ese rol el país oprimido ha sabido forjar las condiciones de su libertad, obligando poco a poco a los partidos a acordarle leyes que restituyan la tierra a los paisanos irlandeses. Y unido recientemente a los liberales y al Labour Party, en la gran batalla político-social que ha tenido lugar en Inglaterra, el partido irlandés contribuyó con sus votos a decidir la victoria. Y es así que la posibilidad del "home rule", es decir, un parlamento irlandés autónomo para los asuntos irlandeses, aparece próxima a realizarse.

En la paz y por medio de la libertad y de la democracia, la Irlanda reconquista sin efusión de sangre lo que la fuerza le había quitado. He ahí la más noble de las victorias, el más bello y significativo de los espectáculos.

Y si volvemos la mirada hacia la Polonia, más sufriende aun que la Irlanda, hacia la Polonia desgarrada, hacia la Polonia que no es ni siquiera un cadáver de nación, porque ha sido dividida entre Prusia, Austria y Rusia como en tres tumbas; hacia la Polonia cuyos levantamientos, tanto el realizado contra Metternich como los realizados contra las otras dominaciones, se ahogaron en sangre, vemos también que después de tantas desgracias y catástrofes, la triple tapa de la tumba comienza a levantarse. La democracia empieza poco a poco a penetrar en los imperios dominadores, con su régimen parlamentario, haciendo posible que en cada país la acción de los polacos pueda ir ajustándose con un mismo ritmo a reivindicaciones idénticas, no de autonomía nacional sino de libertad individual, que permitirán a los polacos de los tres países, a los expatriados de las tres naciones, entenderse, agruparse y reconstituir sobre la triple tierra del sepulcro la esperanza, si no de la nacionalidad, por lo menos de la unidad moral de la Polonia.

Y en cuanto a nosotros, es una dolorosa historia la de Alsacia y Lorena, disputada durante siglos por Alemania y por Francia. Hace algunos meses, visitando la catedral de Strasburgo, leí un estudio sobre su fundación. Ha sido hecha por obreros franceses y alemanes, y por una especie de simbolismo trágico un obrero francés y un obrero suavo se batieron por el honor de colocar la primera piedra. Huracanes de fuego, viniendo ya del este, ya del oeste, pasaron sobre esas provincias, hasta que fueron anexadas a Alemania por la fuerza de la espada, a pesar de que la casi unanimidad de los alsacianos y loreneses manifestaron su voluntad de vivir en la patria de Francia.

Las provincias anexadas no quieren que una guerra nueva se desencadene por ellas. Lo que quieren y esperan es que, en las duras condiciones creadas por la historia tengan el derecho de guardar sus tradiciones y recuerdos, su culto por las letras francesas, el respeto de su pasado y la autonomía de su administración, estando en marcha hacia la conquista de ese gran propósito. Día vendrá en que por la acción interior de ese mismo proletariado socialista alemán, que heroicamente hace cuarenta años, arrojando calumnias y malentendidos, protestó contra la anexión violenta de Alsacia y Lorena, esas provincias llegarán a ser un estado que goce de una amplia autonomía, conciliando

H X 246
. J 3756

— 73 —

las dos culturas, que durante siglos han chocado en ellas y por ellas.

Una vez más, pues, no es por la fuerza de la espada sino por la potencia de la democracia que los pueblos están asegurando en beneficio de los que han sido los maltratados de la historia — alsacianos, polacos e irlandeses — reparaciones que permitirán a todas las conciencias su desarrollo sin derramar una sola gota de sangre.

EL DESASTRE DE UNA GUERRA EUROPEA.

Hoy sería locura y vanidad recurrir a la guerra para realizar, para hacer posible después el desarme general. Hay personas que dicen que ya que se quiere la guerra y que se la prepara, que se la haga de una vez. Y cuando la guerra haya estallado, cuando se hayan producido los castigos, entonces podría instituirse la paz universal. Eso es una burla.

Si la humanidad no tiene hoy la fuerza, la sabiduría, la potencia de razón para poner un término a los furros y brutalidades de la guerra, la tendrá menos después de una conflagración nueva que exasperara en unos el orgullo de la victoria y en otros el resentimiento de la derrota.

No; no es una nueva guerra, un nuevo desencadenamiento de locura, lo que podría enseñar a los hombres y a los pueblos la moderación y la razón.

Pongamos a Francia e Inglaterra de un lado con la Rusia y a Alemania y a Austria Hungría del otro y supongamos un conflicto entre esas fuerzas. Si fuera Alemania la vencida, si el capitalismo inglés destrozara las fuerzas navales de Alemania, prohibiendo a la Alemania vencida tener desde entonces una flota, ¿creéis que Alemania, con sus sesenta millones de habitantes, la fuerza de su ciencia, la riqueza de su subsuelo, la abundancia de minerales, y la necesidad de producir y de vender para vivir, creéis que no se rebelaría nuevamente contra esa situación subalterna? No, espiaría la ocasión, y como se reconstruyó después de Jena, como surgió después de 1806 del fondo del abismo, se levantaría también contra esa dictadura militar y económica. Supongamos la hipótesis inversa: que fueran Inglaterra y Francia las vencidas. A Francia no se la podría reducir a ser una provincia más, porque es difícil ya asimilar y germanizar la Alsacia y Lorena. Se la condenaría a desarmarse bajo la ley del vencedor, o se la haría la tributaria y la esclava de la Alemania victoriosa. ¿Creéis que soportaría mucho tiempo esa humillación intolerable? Y en cuanto a Inglaterra vencida y despojada de sus colonias, las olas del océano irían a murmurarle, al chocar contra sus costas, las grandezas del pasado, despertando en las conciencias la idea de la nacionalidad.

Así, pues, es una ingenuidad o una farsa esperar que la guerra sirva para asegurar la paz. Es la paz lo que debe ansiarse. Es necesario comprenderla o tratar de comprenderla. Es necesario, por medio de una propaganda incesante entre todos los pueblos, mostrar cuál sería hoy el peligro, el desastre, para el nuevo y para el viejo mundo, para todos los países y clases, de una gran guerra europea. Desastre económico, no sólo para los pueblos directamente comprometidos, no sólo para las naciones que tendrían que estar todos los días alimentando el monstruo devorador de sangre y de dinero, sino para todos los pueblos trabajadores de la tierra, en virtud de una ley de solidaridad económica que hoy es más fuerte que nunca.

A pesar del proteccionismo, a pesar de la distancia, los intereses de todos los pueblos son cada día más estrechamente solidarios, y si uno de los pueblos que producen pero que también compran es arruinado, si disminuye su potencia de consumo, todos los otros pueblos sufrirán directa o indirectamente. Se quiera o no, hoy hay una Internacional de la riqueza, como hay una Internacional del trabajo.

Hace tres años los financistas y capitalistas de la Bolsa de Berlín se reunieron y demostraron con estadísticas precisas que la guerra que estallara entre dos pueblos sería la ruina para una cantidad de pueblos. Hay en la cartera de los capitalistas de Europa valores de todo origen y de todos los países. En todas partes hoy los pueblos viven a la vez de su trabajo, de su riqueza acumulada y del crédito que anticipa el porvenir. En períodos normales, en tiempos de bonanza, el crédito surge y el porvenir se anticipa, pero si la tempestad sobreviene, la baja del crédito, la ruptura del crédito se produce instantáneamente, con los trastornos de todo orden que es posible imaginar para la vida económica de un país. La industria alemana se apoya, por ejemplo, en los bancos, y los bancos tienen valores librados a todas las fluctuaciones del mercado internacional. Esa industria reposa, por lo tanto, sobre una base fluctuante, de modo que en virtud del desastre de una guerra podría sufrir un naufragio.

Hace algunos años hemos visto a los Estados Unidos, a pesar de su enorme potencia industrial, destruidos hasta en sus fundamentos por una crisis de bancos, por una crisis monetaria no muy honda. Los depósitos se retiraron y el pánico se desencadenó. Los Estados Unidos no teniendo numerario disponible no podían comprar fuera, y en la industria de los otros pueblos que trabajaban para América ese pánico se dejaba sentir correlativamente. Fué necesario que la Europa corriera en socorro de los bancos de los Estados Unidos, para apuntalar un crédito sobre el cual se apoya la riqueza universal de las naciones por esa ley de

HX 266

J 3756

— 75 —

solidaridad. De modo que hoy, por una ley de entrelazamiento, de entrecruzamiento, a pesar de los odios, egoísmos y conflictos, un pueblo no puede descargar un golpe sobre otro pueblo sin causarse a sí mismo perjuicio. Y la República Argentina, que como todas las fuerzas nuevas vive más en el porvenir que en el pasado, que no tiene ni puede tener las reservas acumuladas por los siglos, que posee sus reservas en el porvenir, que no puede trabajar, vivir y desarrollarse sino por la fuerza de un crédito que supone el trabajo y la producción creciente, la República Argentina sufriría de la destrucción del crédito que la catástrofe de una guerra europea traería como consecuencia. La espuma del revuelto mar de las crisis llegaría hasta este país y su porvenir estaría comprometido por un momento.

La República Argentina tiene necesidad de crédito para desarrollar sus ferrocarriles, para abrir las grandes avenidas de sus ciudades, para procurar a sus cultivadores, con la garantía hipotecaria, los recursos que multipliquen el valor del suelo fecundado; y es en la esperanza, en la anticipación de esos progresos futuros, donde reside el resorte de las valorizaciones territoriales y la fuerza de la fortuna y el trabajo de la nación. La Argentina es, pues, el árbol admirable y poderoso cuya savia sube cada vez más, pero esa savia no puede subir, extenderse y reventar en flores y frutos sino en la dulzura de la atmósfera, en la luminosa certidumbre de la paz. La América latina tiene, así, por sus mismos intereses el deber de contribuir a desarrollar en el mundo la idea de la paz y la certidumbre de su realización.

LAS CRISIS SOCIALES.

Una guerra europea traería, además, otras consecuencias, en las cuales parece que los gobiernos y las clases poseedoras no han pensado lo bastante.

Yo deseo profundamente que se produzcan grandes y hondas transformaciones, para bien de la humanidad, pero deseo que se desarrollen por una evolución coordinada. Y cuando interrogo la historia, constato que la guerra ha exasperado siempre en Europa las pasiones sociales, haciendo estallar en conmociones violentas las ansias de reivindicación.

Las trágicas jornadas de septiembre y la masacre de los prisioneros, fueron una consecuencia de la sobreexcitación provocada en la conciencia del pueblo revolucionario por el anuncio de la invasión, por la inminencia del peligro. La Comuna surgió al mismo tiempo de la protesta republicana de París y de la fiebre dejada en el pueblo por largos meses de guerra, de angustias, de desesperación y de revuelta.

La revolución rusa estalló después de la guerra entre Rusia y el Japón. En España es con motivo de la empresa ma-

troquí que el pueblo se levanta viendo despilfarrados en aventuras coloniales los recursos que el país necesita para desarrollarse; y, en medio del pánico surgido en Bilbao y Barcelona, la revolución triunfó por un momento, terminando después con expatriaciones y con sangre.

¡Que los conservadores del mundo entero tengan cuidado! No es posible hoy, y lo repito hasta la saciedad, no es posible desencadenar la violencia de la guerra sin desencadenar la violencia de la revolución. Nunca la crisis social ha sido tan profunda como hoy. A pesar del progreso realizado, que hace pocos días esbocé a grandes rasgos; a pesar de la esperanza de un porvenir mejor, el pueblo sufre y se agita. La carestía de la vida aumenta. Las exigencias de los proletarios, ante el progreso colosal de la fortuna social, se agravan. Las almas obreras están cargadas de sorda cólera, de fuerzas explosivas. Días pasados, en la vieja capital de los Habsburgos, por mucho tiempo somnolienta, el pueblo sublevado desbordóse en las calles para protestar contra la carestía de la vida. En la región industrial del norte de Francia, región disciplinada por el socialismo reflexivo y organizado, las mujeres, como en los días de la Revolución Francesa, como en los días en que el pan faltaba, salieron a la calle haciendo un llamado a la fuerza. Tal es la tensión de los espíritus, tal es el vigor de las reivindicaciones proletarias, tal es su cansancio de ver malgastados en obras de destrucción lo que necesitan para mejorar su destino. Y aun esa clase obrera inglesa, cuya tranquilidad han señalado muchos, pero que desde hace dos generaciones se ha disciplinado bajo la dirección de jefes sindicales enérgicos y decididos, ha paralizado las minas de Gales y los puertos de Inglaterra, realizando las huelgas más tumultuosas y violentas que desde hace cincuenta años registra la historia del pueblo obrero inglés.

Son locos, pues, los que no comprenden esas advertencias, los que no comprenden la fuerza de explosión social que se desencadenaría el día en que la guerra estallara con sus llamas, furioses y cóleras. ¡Oh!, ciertamente; no en los primeros días de la movilización, sino en las vicisitudes del combate, en la obscuridad de las noticias contradictorias que vendrían del campo de batalla, sobre el cual habría descendido la noche, en las alternativas de victorias y derrotas, en la carestía de la vida, en el sufrimiento de la crisis industrial y comercial. Los corazones se levantarían en cualquiera de esas circunstancias.

Y no se imagine que la guerra de mañana sería una guerra corta, bastando unos cuantos golpes para vencer al rival; no se imagine que el vencedor se aplacaría con los

H X 266

.J 3756

— 77 —

laureles de una rápida victoria y que el vencido se sentiría aplastado por el estupor de una súbita derrota. No; en la situación en que se encuentran las fuerzas militares europeas no hay un solo pueblo que pueda obtener fácilmente la victoria. La guerra de mañana sería la guerra de formidables masas de hombres. En la conferencia anterior he dicho que la Francia podría disponer de dos millones quinientos mil hombres, y aunque nuestro estado mayor calcula en sus teorizaciones no utilizar las últimas clases, el hecho es que no se podría prescindir de ellas. Y Alemania, a pesar de la desconfianza que sus dirigentes tienen en las grandes fuerzas de las reservas, se vería obligada a movilizar también una colosal fuerza armada. Serían, pues, millones de hombres contra millones de hombres, y no podrían realizarse esas maniobras fulmineas que destrozarán en seguida al adversario, material y moralmente. Las maniobras que placían a Napoleón y a Moltke, que luchaban contra ejércitos numéricamente inferiores, esas maniobras envolventes no son posibles cuando masas formidables cubren regiones enteras. La lentitud de las operaciones de la guerra rusojaponesa dicen bien claro la lentitud de una guerra que estallara en el continente europeo. Además, los instrumentos de destrucción son tan poderosos que los ejércitos antes de batirse piensan en hacer trincheras, cubriéndose en el terreno. La guerra no tendría esos movimientos rápidos de columnas, esas maniobras envolventes, sino que sería una doble guerra de sitio, la lucha de dos grandes multitudes humanas, que tratarían de obrar con la mayor prudencia, sorprendiendo los desfallecimientos del adversario y sus descuidos. Y cuando el choque se produjera, los cadáveres se amontonarían, desprendiendo la peste, los flagelos, los miasmas mortales. No habría los claros que permiten ver mejor al adversario y destruirlo. Sería una sucesión de tinieblas cortadas a ratos por relámpagos que iluminarían la muerte y mostrarían la victoria con resultados inciertos y turbios. De esa tempestad, de esa noche de obscuridad y de sangre, saldrían las noticias contradictorias que llegarían al corazón del pueblo llevando la angustia y la desesperación.

Cuando era necesario salvar contra los reyes la libertad del pueblo, cuando era necesario salvar la Revolución Francesa, crear la unidad italiana y la unidad alemana, cuando era necesario llevar sobre las alas sombrías de la guerra la libertad, entonces podía saludarse la muerte al pasar; pero ahora, por Marruecos, por una miseria, por la Cirenaica, para el placer de los financistas de presa, no, mil veces no, no queremos dar nuestras vidas para empresas tan viles!

LAS SOLUCIONES PACIFICAS.

Y bien; si fuese así, si estamos de acuerdo en que el desastre sería tan grande, es necesario que todos en el mundo entero, que todos los pueblos en la plenitud de su fuerza y actividad trabajen para apartar ese fantasma siniestro de la guerra, para preparar la paz. Podemos y debemos hacerlo. Y nuestro primer deber es decir cada uno la verdad a su propio país.

Estoy convencido, y puedo repetirlo aquí ya que lo he dicho en la tribuna francesa, que las temeridades de la empresa de Marruecos son en gran parte las causas de lo que pasa hoy, y que la imprudencia de ciertos tratados secretos, excitando la ambición de España y la ambición de Italia, prometiéndole a la una un pedazo de Marruecos y a la otra el libre acceso a la Tripolitania, están en mucho en las actuales dificultades. Y nuestro deber, cada uno en su patria, a riesgo de ser llamado mal patriota por los patriotas de especulación y de aventura, nuestro deber es vigilar los acontecimientos y aplastar con tiempo el germen, para impedir sus terribles desarrollos ulteriores.

Porque, ¿cuáles son hoy en la competencia económica y comercial los intereses que no puedan ser arreglados por el arbitraje internacional, por la equidad y el derecho? Las combinaciones son múltiples, para dar satisfacción justa a cada país en la medida de su fuerza de producción.

Las sociedades por acciones, cuyas combinaciones son de una extrema flexibilidad, servirán, a mi juicio, en ciertos períodos de la evolución social para facilitar el paso del capitalismo al socialismo. Estoy convencido, por ejemplo, de que un gran número de empresas que son hoy la propiedad exclusiva del capital privado podrán transformarse en sociedades por acción, en las cuales los particulares tendrían una parte de las acciones, y la nación y los trabajadores tendrían también su parte. Es lo que hemos propuesto para la explotación de nuestras minas de hierro en Argelia, diciéndole al parlamento: en lugar de dar esas riquezas a un sindicato financiero o capitalista en que están representados los Krupp y los Schneider, los fabricantes de obuses franceses y de obuses alemanes — los obuses fraterni, zan... — en lugar de dar esas minas al capital privado, haced una gran sociedad por acciones, a la que los capitalistas llevarán sus capitales y tendrán su parte, pero en la cual la nación, que concede riquezas, tendrá la suya y podrá dedicar una porción a los trabajadores asociados que explotarán las minas.

Estoy convencido de que ese tipo, que ha sido adoptado en muchos bancos nacionales y en la explotación de minas de

H X 266

J 3756

Suecia, permitirá con su flexibilidad la evolución, la transición del régimen social de hoy a un régimen más justo y más equilibrado de cooperación social.

De la misma manera que esas sociedades por acciones permitirían la transición social, permitirían también conceder a las diversas naciones que se disputan el mercado exterior en China, en Siria, en la Mesopotamia, en las regiones de Africa, una parte correspondiente a su esfuerzo real de producción, al esfuerzo de penetración comercial pacífica que cumplan. La Corte de la Haya podría juzgar esas cuestiones ajustándose a reglas de equidad y derecho.

Y si se establece que la legislación internacional relativa a las presas en tiempo de guerra sea más eficaz y humana, si se colocan los bienes transportados por los neutros fuera del derecho bárbaro y salvaje de presa, que ha sido empleado hasta ahora por las naciones que se llaman civilizadas, las tentaciones de agresión, para arruinar el comercio de una potencia rival, se amortiguarían grandemente.

Digo todo esto en nombre de mis camaradas socialistas franceses, y en nombre también de los otros socialistas porque, por las fotografías que publican los diarios de hoy puede verse que una multitud de 100.000 socialistas alemanes reunida en Berlín demostró, hace pocos días, con las manos levantadas, como haciendo una especie de juramento humano, su voluntad de impedir que Alemania realice la guerra.

La fuerza obrera internacional es una formidable fuerza de paz. Los amantes de la paz tienen que mirar, pues, con simpatía su educación y organización.

EL ROL DE AMERICA.

Pero la República Argentina y la América toda entera pueden tener su rol en esa cruzada de la paz, un rol grande y eficaz. Y tanto más cuanto que la América del Norte como la del Sud están preparadas en la idea del arbitraje internacional.

Las naciones europeas modernas — Inglaterra, Alemania, Francia, Italia — han conseguido su equilibrio después de largos siglos de luchas dolorosas y sangrientas. Y hoy, por eso, sobreviven en ellas todavía las vibraciones de la guerra. Las naciones de América, a pesar de sus rivalidades, egoísmos y celos, están unidas por el mismo esfuerzo de independencia. Hijas de la misma raza en el origen, hijas de una misma libertad, es, en la defensa común de esa libertad común, que ha nacido y se apoya la idea del arbitraje internacional y de la paz. Son los delegados de Amé-

rica los que en las conferencias de paz propusieron las fórmulas más audaces Y es bajo los auspicios de ese gran pensamiento de arbitraje como garantía de la paz que Norte América ha formulado con Inglaterra un tratado de arbitraje integral, que se aplica a todos los casos, aun a aquellos en que una de las partes creyera que está comprometido su "honor".

Por eso, desde que he venido aquí, he dicho a los periodistas y hombres públicos con quienes he hablado: ¿Por qué en los momentos de crisis, cuando una nube de noche y de fuego amenaza descender sobre Europa, la América entera no hará oír su voz? Y me han contestado: "porque no sería escuchada".

Cuando la balanza oscila entre la guerra y la paz, dependerá de algunas impulsiones morales o de algunas impulsiones de locura que la balanza se incline del lado de la paz o del lado de la guerra. Y la República Argentina, que sufriría de una guerra europea y de las agitaciones sociales que ella podría desencadenar, está en el deber y en el derecho de intervenir, no con fórmulas arrogantes, sino para recordar a Europa que no puede impunemente comprometer el destino de los pueblos que quieren trabajar. Y los hombres que aman la paz y luchan por ella, arrojando la mentira, la calumnia, la burla, esos hombres podrían entonces decir: todo el proletariado se mueve, todo el proletariado quiere la paz, el proletariado de Europa y el proletariado de América, de ese continente que prospera y trabaja, que quiere poblarse, que ofrece vastos espacios a la cultura y a la civilización, y pide a Europa capitales y hombres y no el reflejo sangriento de sus guerras!

Tengo la seguridad de que pronto en los dos mundos se realizará, para el progreso del trabajo, para el progreso de la justicia, para la garantía de la paz, la unión de los demócratas, de los trabajadores, de todos los ciudadanos de buena voluntad; y de lo alto de esa magnífica esperanza social y humana es que contemplaremos y seguiremos con la mirada ávida los esfuerzos de justicia y de paz que se cumplan simultánea y solidariamente en los dos mundos. Humboldt decía: hablo de esas montañas que parten la América del Norte y la América Meridional y de las cumbres de las cuales la mirada puede percibir a la vez las constelaciones del hemisferio boreal y las constelaciones del hemisferio austral. En la esperanza socialista, en la esperanza humana, hay una cumbre sublime desde la cual puede contemplar el espíritu el movimiento de las constelaciones de los dos mundos, el movimiento de las cosas de los hombres y una misma aurora de paz y de justicia!

HX 266

J 3756

Civilización y Socialismo

EL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA.

El socialismo ha sido desde su origen una fuerza, un elemento activo de la civilización humana. Está mezclado desde sus comienzos a ese gran movimiento de la Revolución Francesa, que ha determinado la democracia europea.

Desde el primer día de la Revolución, cuando la burguesía, después de haber proclamado la fórmula teórica de los derechos del hombre y del ciudadano, restringió su sentido retirando, al organizar el sistema electoral, los derechos políticos a millones de hombres, calificándolos de ciudadanos pasivos, ya se produjeron protestas en las cuales se reconoce el acento de las reivindicaciones socialistas. Voces se levantaron para clamar contra ese privilegio de la propiedad, proclamando que el derecho del hombre era superior a los derechos y pretensiones de la propiedad.

En la ebullición de los acontecimientos y fuerzas revolucionarias, todas las grandes doctrinas socialistas que debían ocupar la atención del mundo empezaron a afirmarse. El saintsimonismo fué delineado primero por Boissel en ciertas sesiones del Club de los Jacobinos, donde Fourier había conocido a Lang, quien formulaba lo que sería más tarde el "fourierismo", la asociación universal, la combinación y la cooperación de los esfuerzos. Pero sobre todo es con Babeuf, sus discípulos y compañeros, que el socialismo entra verdaderamente en la realidad de la historia y en la vida de las sociedades nuevas.

Babeuf había atravesado toda la Revolución Francesa, desde las primeras luces resplandecientes del 14 de Julio hasta la caída de Robespierre y la reacción de Thermidor, habiendo visto toda su grandeza y toda su miseria, todas sus esperanzas y todos sus desfallecimientos, sacando en limpio que el único medio de reanimar en el corazón del pueblo la vida revolucionaria que languidecía y la esperanza mustia, era proponerle un ideal social más audaz y más vasto que el que había podido entrever.

De la distribución de los bienes nacionales, ya sea de iglesias o de nobles emigrados, habían aprovechado hasta

entonces los poseedores. La venta de esas tierras públicas se había hecho en beneficio de la burguesía urbana y rural; y Babeuf proclamaba que era necesario pensar por fin en el pueblo todo entero, buscando en formas de propiedad común la garantía de la común felicidad.

Pero al mismo tiempo que proclamaba ese ideal comunista y socialista, no se aislaba en la utopía. Unía su pensamiento, su doctrina y su esfuerzo a toda la obra anterior de la Revolución y su programa primero era restablecer la Constitución democrática de 1793, para dar al pueblo la soberanía efectiva. Partiendo de ese día, por la unión de los "montañeses" que sobrevivían con los primeros socialistas agrupados en derredor de Babeuf, quedó fundada la unión de la democracia con el socialismo. Desde entonces, la democracia no podría extenderse en Europa y en los otros países del mundo sin llevar tras sí el pensamiento y la acción socialistas. Ya no sería posible en el movimiento de las sociedades humanas separar la democracia y el socialismo, como es imposible separar en el centauro impetuoso el busto del hombre del cuerpo del caballo.

¡Ah! si Babeuf y sus amigos hubieran esperado para proclamar las reivindicaciones del proletariado, para entrar en acción en beneficio de la masa trabajadora, que el desarrollo apenas entrevisto todavía de la gran industria y del maquinismo transformaran las condiciones técnicas, el socialismo no hubiese nacido entonces; pero bastó para que surgiera que la idea de democracia se afirmara en su plenitud y que desde esa época los espíritus previsoires comprendiesen ya que la sola fuerza del individualismo burgués no realizaría integralmente la igualdad social.

EL SOCIALISMO ES UNIVERSAL.

Y como, desde hace más de un siglo, en todas las grandes naciones de los dos mundos, cualquiera que sea el grado de su evolución económica, la democracia está en movimiento; como en todas partes el trabajo soporta pesadas cargas y busca libertarse de ellas, el pensamiento socialista tiene en ellas su razón de ser y se afirma, bajo formas diversas, pero yendo siempre hacia el mismo fin.

Para darse cuenta de las combinaciones de acción que asume la democracia social, basta mirar cómo se mueve la democracia política. Esta se formula en una idea central, o mejor, en una idea única: la soberanía política del pueblo. Pero esta idea única es maleable, se transforma y se realiza por mecanismos diferentes, según los momentos, según los pueblos y según los ambientes. Así en unas partes la democracia política llega a su consecuencia extrema, a

HX 266

.J3756

su fórmula plena e integral, que es la república. En otras partes tiene que transigir con el pasado y se constituye como en Inglaterra en una monarquía constitucional, en que el rey no es sino una decoración suntuosa, acabando por prevalecer la fuerza de la mayoría popular.

Y entre las mismas repúblicas, ¡qué diversidad de mecanismos y de constitución! En algunos países, como en Francia, república unitaria. En otros, como en el Brasil, república federal. Y entre esos dos tipos, la república plenamente unitaria y la república esencialmente federal, se escalona toda clase de tipos y de coordinaciones intermedias.

Hay también repúblicas que gobiernan con el régimen parlamentario, es decir, con un régimen en que los ministros dependen en su acción cotidiana y en su existencia misma del contralor y de la voluntad del parlamento; y repúblicas representativas en que el poder ejecutivo es el que elige los gobiernos, que solamente son responsables ante él.

Y bien; esa diversidad en los modos según los cuales se formula y se realiza la democracia política, bien lejos de ser una objeción contra la democracia, demuestra su potencia vital, porque la vida es hecha de dos fuerzas, una fuerza de unidad y de permanencia y una fuerza de flexibilidad y de adaptación.

De la misma manera en todo el mundo, bajo formas diversas y múltiples, se mueve la democracia social. La democracia política tiene por fórmula la soberanía del pueblo, y esa fórmula se diversifica en su aplicación. La democracia social, el socialismo, tiene por fórmula la soberanía económica del pueblo, la soberanía del trabajo. Pero ella también se modifica, se adapta y se hace flexible según las naciones y los medios. Así, por ejemplo, no se sigue el mismo procedimiento para preparar la soberanía del trabajo en las grandes industrias ya centralizadas, que en las regiones y regímenes de pequeña propiedad agrícola.

Allí donde la industria está centralizada, donde está en manos de una minoría, allí donde la gran propiedad capitalista ha hecho morder el polvo a la mediana y pequeña industrias, allí donde imperan las grandes usinas de Creusot o Westfalia, allí donde las grandes manufacturas y fábricas de acero de los Estados Unidos han arruinado a los pequeños productores, donde los capitalistas se agrupan y asocian en cartells y trusts que establecen de hecho el monopolio de la producción, reduciendo a una mera palabra la libertad burguesa de industria, lógicamente aparece a los espíritus, para proclamar la soberanía del trabajo, la

idea de la socialización de esos monopolios. Al contrario, donde hay millones de pequeños productores paisanos que han conservado la propiedad de sus tierras, fecundándolas a fuerza de trabajo y de ahorro, el socialismo no habla de sustituir por un proceder artificial, por un golpe de fuerza arbitrario, con una fórmula de socialización, a esos millones de existencias independientes, sino que interviene en ellas para invitarlas a asociarse, a formar, para la venta de sus productos y la compra de sus abonos, cooperativas y federaciones, a fin de escapar a la explotación del comercio.

Es así, por modos diversos, por soluciones distintas, según la clase del trabajo, según el momento y el ambiente, que el socialismo, fuerza viva y activa, flexible y elástica, persigue su propósito esencial: la soberanía del trabajo, adaptándose a todos los accidentes del terreno y a todas las diversidades de la miseria.

Y sin que yo me arriesgue a aplicaciones particulares que supondrían de mi parte un conocimiento de vuestro medio más exacto que el que pueda tener, yo afirmo que no hay hoy bajo el sol una sola civilización, un solo pueblo, naciente o formado, joven o viejo, en que la fuerza del pensamiento socialista y de la organización obrera no pueda ejercerse y desarrollarse con eficacia para su civilización. En todas partes la acción socialista puede efectuarse en provecho de una civilización superior, en el sentido de lo que la humanidad ha soñado de más grande y de más noble.

EL SOCIALISMO Y LA PRODUCCION.

Uno de los primeros deberes, una de las reglas esenciales de la civilización humana es el desarrollo de las fuerzas de producción.

El hombre ha estado durante siglos y siglos sepultado en la naturaleza, dominado por ella, agobiado por ella. La necesidad y el miedo eran los tiranos y ante esa doble fuerza el hombre inclinaba su cerviz. Pero, poco a poco, con suma lentitud, se liberta de la naturaleza, obligándola a producir, no según su fantasía, incierta y falaz, sino bajo los cálculos de su disciplina y dirección.

No puede haber grandes civilizaciones sin riqueza, sin un acrecentamiento de producción, y lo repito y lo seguiré repitiendo, porque es necesario que no haya a este respecto entre la democracia y el socialismo el menor malentendido. Más que cualquiera otra doctrina, más que cualquiera otra fuerza humana, el socialismo tiene interés en el desarrollo de la potencia de producción.

HX 266
.J3756

El espíritu de progreso social se aniquila en los pueblos cuya fuerza de producción languidece. Cuando las ciudades alemanas del Rhin vivían sumergidas en una pesada somnolencia a la sombra de sus catedrales, hubiera sido una locura, en esos ambientes de miseria, de círculos de mendicidad, querer proclamar las reivindicaciones humanas. Es menester que los soplos de la industria pasen ampliamente barriendo las humedades del pasado para que los hombres se sientan impulsados hacia el porvenir. En una sociedad paralizada el ideal social sería como una flor envenenada y estéril.

El socialismo es, pues, favorable a todo desarrollo de la producción; y por sus propósitos y por su esencia trabaja y trabajará en pro de su acrecimiento. Su idea central es sustituir el régimen de antagonismo y de anarquía económicos en que se agotan hoy tantas fuerzas humanas, por un régimen de cooperación, de asociación, de productores iguales fraternalmente unidos. Y cuando el trabajo haya tomado en todas partes esa vasta forma de cooperación social, cuando todos los individuos humanos no sean más asalariados pasivos, sino asociados interesados directamente en el progreso de la riqueza creada por ellos y para ellos, todas las actividades e iniciativas, todas las invenciones serán impulsadas por un aguijón incomparable.

Es la masa obscura de los proletarios la que ha creado y preparado en el anónimo de su trabajo cotidiano la mayor parte de las grandes invenciones que se aplican en la actualidad. Son las combinaciones nacidas en las cabezas obreras de los tejedores las que han sugerido la idea de los primeros telares mecánicos. Monge, el gran geómetra francés, declaraba y reconocía que en las figuras y disposiciones de las piedras practicadas espontáneamente por los albañiles él había encontrado los elementos de una geometría aplicada.

Todas las invenciones tienen su principio en el trabajo, en la experiencia del trabajo, y es en esa obra/cotidiana de aplicaciones y de experiencias que surgen las nuevas ideas de progreso técnico. La aviación, por ejemplo, el invento más sublime de los últimos años, no es el fruto de altas especulaciones científicas. La ciencia no ha llegado todavía a sorprender la verdadera causa del vuelo de los pájaros. ¿Cómo los pájaros equilibran su vuelo, cómo pueden cernerse en los aires? Ninguna teoría mecánica ha podido explicarlo aún con precisión; y así como no se conocen las fórmulas de ese vuelo, no se saben tampoco las del vuelo de los grandes pájaros mecánicos contruidos por el hombre. Ese vuelo se ha realizado, sin embargo. Es por tanteos y audacias sucesivas, es por la audacia del chauffeur habitua.

do a maniobrar su máquina y lanzarla a toda fuerza sin vértigos, es esa audacia tranquila la que ha permitido a la humanidad romper al precio de muchas vidas la cadena secular de la pesantez y servidumbre terrestres.

No es que yo desdeñe la ciencia teórica y sus audacias. Nadie la admira más que yo, ni nadie aprecia más que yo tampoco el valor de sus principios, aunque no tengan consecuencias prácticas inmediatas. Lo que quiero decir es que los obreros entran por mucho en el progreso de las invenciones, porque son los que todos los días hacen maniobrar los aparatos y los mecanismos.

Y si hoy, con la vida incierta, que tienen que vivir, en la inercia a que los reduce la falta de responsabilidad y de potencia directora; si hoy, bajo el salariado, que es un estado de semidependencia y de semisomnolencia, los obreros hacen surgir, sin embargo, del trabajo en acción los descubrimientos por los cuales la humanidad progresa, ¿qué será el día en que todos los hombres sean individualidades completas, teniendo en el trabajo asociado su parte igual de responsabilidad y de dirección proporcional al esfuerzo que realizan, cuando de esos cerebros iluminados, de esos corazones libertados, de esas manos levantadas por la nobleza del trabajo libre surjan en abundancia los progresos de la producción y de la riqueza!

EL SOCIALISMO Y LA INDIVIDUALIDAD.

Y lo mismo que el socialismo servirá a la civilización desarrollando la fuerza de producción y el progreso técnico, la servirá también desarrollando la individualidad humana.

¡Ah! es un singular prejuicio de parte de nuestros adversarios imaginar que el socialismo sería la parálisis, la reglamentación embarazosa de las iniciativas y de las libertades.

Conviene explicarse sobre el sentido de la individualidad humana y sobre el valor del individualismo. Hay muchos para quienes el individualismo se reduce a permitir a algunos individuos usurpar una falsa grandeza en perjuicio de otros individuos. Pero nosotros no reconocemos el individualismo verdadero sino en el libre impulso dado a las facultades profundas, a las actividades de todos los hombres. Y lo que me impresiona a través de la historia es que los individuos mismos que por la fuerza única del privilegio social se elevan sobre los otros, pierden en esa elevación ficticia y arbitraria tanto como la masa de los individuos sujetos o explotados por ellos.

No puede haber individualidad más soberbia que la de los antiguos reyes de Nínive o de Babilonia, que usurpaban en su majestad terrible y casi divina todas las fuerzas de las

HX 266
.J3756

multitudes sometidas y temerosas. El rey sólo podía, él sólo lo quería. Dirigía sus grandes cazas reales con sus perros terribles, y cuando estaba fatigado de su caza al animal, se divertía con la terrible caza al hombre, y a una señal suya la barbarie se desencadenaba. Los cautivos eran llevados ante él, inmolados en su presencia y para él. El reflejo de la sangre derramada le envolvía en una especie de púrpura como un ídolo terrible delante del cual todo palidecía. ¡He ahí las bellezas del individualismo! Ese soberano absoluto, aislado, en la locura de su orgullo, incapaz de gustar las nobles y simples alegrías de la vida, las alegrías del amor libre y espontáneo, las alegrías de la familia humana, no viendo en todas partes más que esclavos temblorosos, se degenera y su corazón no es sino un vaso de cenizas.

El individuo que dirige llega a ser más grande a medida que su poder de arbitrariedad sobre los otros hombres disminuye, más grande que ese torvo rey oriental. Los aristócratas romanos, que también tenían esclavos y vencidos que arrastraban cadenas haciendo un ruido siniestro sobre las calles de la vieja Roma, estaban obligados a la misma hora a tratar con ciudadanos libres, con hombres que podían decir: como vosotros somos ciudadanos de Roma! Y el aristócrata romano, después de sentirse sacudido en su orgullo estrechamente individual, percibe que su pecho se hincha con un orgullo más noble, con una alegría más generosa y fuerte, la de ser igual a todos los hombres que están con él en el Fórum, la de sentirse ciudadano de la libre Roma.

En la Edad Media el señor feudal tiene sus siervos y vasallos, sus brutalidades y su orgullo. Pero si se busca en el fondo de esas almas, se encuentra que su verdadera alegría es la de sentirse en ciertas horas ligados a otros hombres por lazos de afectión y de fidelidad recíprocas.

Al noble feudal lo sustituye la gran fuerza, la gran individualidad de los tiempos nuevos: el jefe de industria, el jefe de la producción. ¡Ah! éste también tiene una gran potencia individual, también tiene su orgullo y ejerce, a veces, su capricho sobre otros hombres. Pero es tanto más grande porque tiene que contar con la fuerza libre de los asalariados que se organizan.

Cualquiera que sea vuestra condición social, preguntaos lo que sería hoy intelectual y moralmente la burguesía que dirige el mundo si no hubiera tenido que dirigir y gobernar más que masas obreras inertes, incapaces de toda resistencia y de toda reivindicación!

Un terrible castigo fué el que ejercitaron los esclavos contra sus propietarios. Los propietarios fueron crueles, manejaron el látigo y el insulto: el esclavo soportó en silencio la violencia y la afrenta. Pero su revancha histórica, su

revancha continuada durante siglos, fué inocular algunos de los vicios de la esclavitud en el espíritu de sus amos. El esclavo era la imagen del trabajo; enseñaba con su ejemplo el desprecio al trabajo.

Y si la esclavitud hubiera durado, si no hubiera desaparecido del Brasil o de los Estados Unidos de Norte América, poco a poco los poseedores, habituándose a dirigir esa masa agobiada y servil, hubieran degenerado en la pereza y en la inercia. Y si los obreros de la gran industria moderna, los obreros que han sido acumulados desde hace un siglo en las fábricas y talleres, hubieran sido una masa sumisa y blanca, incapaz de resistencia y reclamaciones, habríanse hundido cada vez más abajo en un pantano de miseria. Los dirigentes habrían buscado, entonces, la victoria económica, no en el progreso técnico de la producción, en la organización más sabia de sus fábricas y en el ensanche del mercado, sino en la explotación cada vez más sórdida de la mano de obra humana humillada.

De modo que reclamando y levantándose para defender su vida, los trabajadores han levantado a la burguesía misma. El jefe de industria se ennoblece cuando tiene que resolver este doble problema: extender y fortificar su industria y tomar en cuenta el ansia de justicia, las reclamaciones de la masa proletaria.

El día en que en la sociedad transformada todos los hombres sean poseedores asociados; cuando, por una serie de transformaciones legales, los asalariados y proletarios de hoy sean con todos los individuos de toda la sociedad cooperadores, ¡ah! ese día en que los jefes y organizadores del trabajo no serán más impuestos por el privilegio del capital o por el privilegio del nacimiento, sino que serán elegidos y adoptados por sus asociados, recibiendo un mandato para ser directores y administradores de la producción, ¡qué individualidad fuerte se desarrollará! Porque será necesario que tengan esos jefes el espíritu de progreso que desarrolle la producción, pero que desarrolle al mismo tiempo en los millares de hombres que serán sus asociados la audacia del pensamiento y la disciplina colectiva del trabajo organizado. ¡Nunca la individualidad humana será más noble que entonces!

Hay en la sociedad de hoy una extraña manera de medir el valor de los hombres. Para decir que una individualidad se levanta y se desarrolla es necesario ver a su lado el contraste de individualidades rebajadas, explotadas y humilladas. No se concibe la riqueza humana sino como un tesoro limitado, que los unos pueden tener pero no los otros. La verdadera riqueza es, sin embargo, la que no se disminuye al dividirse.

HX 246
.J3.756

Las facultades, las necesidades y los hábitos inferiores se obstaculizan los unos a los otros. La vanidad del oro ofusca el espíritu de dominación del hombre y exige el servilismo de otros hombres. Y los individuos en vez de buscar el lujo sustancial, el lujo de salud, el lujo de elegancia sobria y de belleza viril están desesperados por un lujo de vanidad que hace que no se goce de una cosa sino a condición de que otros carezcan de ella.

Al contrario, todas las facultades superiores del individuo humano pueden manifestarse en su plenitud. ¡Que un hombre ame con un noble amor! el ejemplo mismo de ese amor noble y puro despierta en el corazón de los otros hombres vastas posibilidades de amor. ¡Que un hombre piense y desarrolle sus facultades mentales; que estudie, comprenda, trabaje y admire! lejos de restringir las facultades de los otros hombres las ennoblece y él mismo se hace tanto más grande cuanto más desparrame sobre los otros los rayos de una bella emoción.

Admirar solos, saber admirar solos, saber ante la belleza de un libro, de un paisaje o de una narración histórica admirar solos la belleza, es una grande y noble cosa. Pero esa admiración se ensancha y eleva y adquiere un valor más intenso cuando otras cuerdas, con su originalidad profunda y particularísima, vibran con la misma emoción. Subid a una montaña; desde la cumbre más alta admiraréis el horizonte infinito, donde parecen tocarse el azul del mar y el azul del cielo. Quedaréis silenciosos y emocionados en el recogimiento, en esa comunión del hombre con la belleza de las cosas. Pero a vuestro lado se levanta el murmullo de una admiración igual a la vuestra; un hombre como vosotros, cuyos ojos están llenos de la misma belleza e iluminados con la misma llama, os muestra en lo que vosotros admiráis rasgos que él ha sorprendido, el intercambio de la emoción se establece y todas las facultades del alma se purifican elevándose a las más altas alturas. Por eso el filósofo decía: los cuerpos chocan, los espíritus no. Los apetitos brutales de los hombres son los cuerpos, los apetitos sublimes son los espíritus.

EL SOCIALISMO Y LA PROPIEDAD.

Lo mismo que el socialismo sirve a la civilización desarrollando el progreso de la producción y el progreso de la individualidad verdadera, la sirve cuando quiere renovar y agrandar entre los hombres los beneficios de la propiedad.

Pero, así como el individualismo no ve la exaltación de algunos individuos sino cuando otra masa de individuos se empequeñece, la propiedad no vale para muchos sino cuan-

do es un privilegio, y no tendría, por lo tanto, ningún valor si fuera para todos el fundamento de la vida y la garantía de la independencia. Sin embargo, en el estado actual del mundo, si se quiere que todos los hombres posean, es necesario llamarlos a la propiedad individual "cooperativizada", ya que la técnica de la producción no permite la propiedad individual sino en ciertas categorías de la producción agrícola. Y a medida que cada vez más la antigua propiedad individual vaya siendo devorada o destruida por la propiedad monopolista del gran capital, será necesario, para llamar a todos los ciudadanos a la propiedad, la socialización de esos monopolios capitalistas.

Los hombres se han equivocado al respecto cuando creyeron que el solo juego de las libertades políticas y de la concurrencia económica bastarían para efectuar una gran difusión de la propiedad. Es una ilusión que alimentaron los revolucionarios de la vieja Europa en 1789, 1790 y 1793. Todos los grandes revolucionarios franceses, Mirabeau, Condorcet, Robespierre, creyeron que el día que el privilegio y las trabas del antiguo régimen fueran abolidos, que el día en que no hubiera ni privilegios feudales, ni corporativos, ni privilegios reales, la propiedad se diseminaría y que las primeras grandes usinas se dispersarían en talleres independientes. La sociedad que esos hombres entrevieron era una democracia de pequeños propietarios y de pequeños artesanos. El pequeño propietario tendría su pequeño ganado y la lana de ese ganado sería tejida en las cercanías por un artesano tejedor modesto que trabajaría en su casa con dos, tres, cuatro o seis aprendices obreros. Era ésa la idea que los revolucionarios se hacían del desarrollo económico. Imaginaban que la democracia política bastaría por su solo funcionamiento para realizar la democracia social, una democracia modesta, idílica, que ignorara las grandes fortunas y el proletariado.

Ya se sabe lo que ha llegado a ser en la vieja Europa y aun en América ese sueño de los revolucionarios confiados.

Poco a poco, en la crisis misma de la Revolución, como lo vio Babeuf, los más hábiles e ingeniosos comenzaron a acaparar las tierras públicas vendidas, y un verdadero monopolio del comercio organizóse. Con esas fortunas de la especulación territorial y del monopolio mercantil se desarrollaron las manufacturas, introduciéndose la división del trabajo, empleándose intensamente el vapor, apenas conocido. El maquinismo poderoso constituyóse, la producción se hizo en grandes centros y la concurrencia tornóse difícil para los más pequeños. Y si antes el aprendiz obrero podía esperar conseguir el patronato a su turno, la separación se hizo definitivamente entre las clases el día que la

H X 246
. J 3.756

gran industria empezó a aniquilar los pequeños talleres con su técnica prodigiosa, con su potencia admirable.

Porque en la sociedad de hoy no hay potencia enteramente buena. Toda fuerza es ambigua, todo progreso lleva en sí la vida y la muerte unidas. Y la misma potencia de progreso científico, las mismas aplicaciones de la ciencia al trabajo, que transforman al mundo y multiplican las riquezas, destruyen toda concurrencia de los pequeños productores y mercaderes. ¡Ah! el herrero de otros tiempos, que alimentaba su horno con la madera de la montaña, ha sido devorado por los hornos de las grandes usinas de Creussot o de Schneider. Y la rueca, que con su cadencia hacía jugar la vieja en la puerta de la casa, ha sido substituída por los telares mecánicos, lo mismo que el tejedor que acompañaba con su pie, con el movimiento de su cuerpo y con su canción, el pedal del telar humilde. En las usinas de Roubaix, en Lille, en Tourcoing, en Mánchester, millares y millares de hombres trabajan, manejando máquinas complicadas, al servicio de sociedades por acciones que poseen enormes capitales.

En la vieja Europa, pues, se ha creado, por encima de las multitudes políticamente soberanas, pero económicamente oprimidas, una oligarquía del capital, que tiene demasiada potencia y responsabilidad como para que éstas no lleguen a constituir una carga.

La misma ilusión, el mismo error de perspectiva de los revolucionarios del viejo mundo se ha producido en el nuevo mundo. Días pasados leía un libro de Avellaneda sobre las tierras públicas, escrito en 1865, en el cual, hablando de los Estados Unidos de Norte América y de los inmensos espacios de tierra que allí abríanse a la cultura, decía: "Es un nuevo período en la historia de los hombres; la vieja Europa plétórica no puede dar la propiedad a todos; la vieja Europa tiene ricos supercargados de riquezas y proletarios supercargados de miseria: en los Estados Unidos asistimos a un gran espectáculo, el advenimiento de un pueblo entero a la propiedad de la tierra; en los Estados Unidos han concluído las disensiones de clase, el proletariado será cosa desconocida en América". Eso era lo que decía ese hombre de espíritu cultivado.

Las cosas han cambiado en los Estados Unidos desde entonces. Y sí el número de los campesinos propietarios, de los "farmers", ha aumentado, éstos se quejan de ser tiranizados y explotados por la burguesía capitalista, que determina a su voluntad los precios de venta; por los trusts, que absorben sus productos y los obligan con derechos de producción desmedidos a pagar muy caro lo que compran. Y por encima de esos "farmers" de condición precaria, por encima de multitudes enormes de obreros, aquejados periódicamente por la dsocupación, hase elevaado la oligarquía capitalista más

formidable del mundo, una oligarquía trustificada. Una minoría ínfima posee en los Estados Unidos los tres cuartos de la formidable riqueza nacional.

En América, como en Europa, la esperanza de los que creyeron que la sola democracia política bastaría para asegurar la difusión de la propiedad y el equilibrio social, ha sido destruida. Un nivel de bienestar más grande ha sido alcanzado, indudablemente, por las masas, pero hay una desproporción enorme, que se agrava, entre la condición de esas masas y el privilegio de las oligarquías dirigentes. En Europa, como en América, en los Estados Unidos como en Inglaterra, en Francia o en Alemania, se ha cavado un abismo entre las clases; y para que el privilegio de propiedad no arme a los unos contra los otros, para que la propiedad pueda cumplir su obra bienhechora, hay que buscar en el socialismo, en formas, combinaciones y organizaciones nuevas, la manera de extenderlo socialmente.

Y porque el socialismo ha planteado ese problema, porque ha formulado conclusiones precisas al respecto, es una profunda y esencial fuerza de civilización.

Si a la hora en que vivimos, las masas expropiadas e impedidas de llegar a las formas actuales de propiedad no hubieran entrevisto, a la luz del socialismo, sendas nuevas hacia el porvenir, la desesperación fermentaría en sus almas, se debatirían en el desfallecimiento que desea al acostarse no volver a llevar la carga, o vivirían en el estado de revuelta convulsiva. Y por lo mismo que el socialismo ha puesto en todos los cerebros de la clase obrera una idea, y con la idea una esperanza, el movimiento obrero, a pesar de sus inevitables sobresaltos y de los excesos de violencia que han conocido todas las clases de la historia, el movimiento de las masas trabajadoras se educa, se disciplina y se organiza, pudiendo entreverse la hora en que grandes transformaciones regulares y ordenadas se producirán. El socialismo es por eso la gran fuerza de los tiempos presentes. Con él, por la producción acrecida y organizada, por la individualidad desarrollada en todo hombre, por la propiedad universalizada bajo formas sociales y cooperativas, todos los individuos serán verdaderamente seres humanos, y por primera vez en la historia la cultura será profunda y universal.

LA JUSTICIA SOCIAL.

Hasta ahora, las civilizaciones más esplendorosas han sido como flores desarrolladas sobre un fondo de miseria y de servidumbre. La belleza helénica, el genio de Fidias, la elegancia soberana del Partenón, la música divina de los diálo-

H X 246
. J 3756

gos de Platón, el prodigioso brillo del pensamiento de Aristóteles resplandeciendo sobre todas las cosas de la naturaleza y del hombre, la democracia de Atenas deliberando en el Agora bajo el azul del cielo ático... ¡espectáculo admirable! que tenía por fundamento y base oscura la servidumbre de los aliados explotados y la miseria muda de los esclavos.

Después es el gran sol cristiano que pasa sobre la tierra; es una nube de oro que se refleja sobre el lago de Galilea; una sublime esperanza de fraternidad que atraviesa el corazón de los hombres. Pero mientras los primeros triunfos de la nueva doctrina iban haciendo camino, las miserias proletarias continuaban. El Imperio Romano, que transmite a la Iglesia misma sus conquistas, se apoya sobre la servidumbre de los esclavos. Los siervos se inclinaban sobre la gleba, al borde de los caminos que conducían a los fieles a la iglesia fraternal. Los siervos también asistían al mismo oficio divino en que se proclamaba la belleza y se rendía adoración a un dios de fraternidad y de dulzura. Pero los patrios creían que bastaba la igualdad en el orden sobrenatural, olvidando realizarla en la vida.

La Revolución vino y dijo: libertad para los hombres, derechos para todos los hombres; y creyó también que bastaba ejercer la libertad para realizar la justicia. Pero las fuerzas económicas trabajan, acumulando en manos de unos la riqueza y la fuerza, y amontonando sobre otros la servidumbre y la miseria.

Y bien; hay que concluir con esas iniquidades de la historia, hay que concluir con estas civilizaciones de exterioridad y de falso brillo. Queremos que la masa se levante, queremos que la igualdad penetre en la vida de los hombres, que no sean hermanos en el nombre, iguales en la fórmula, sino que sean verdaderamente asociados y cooperadores en la vida humana, en el trabajo, en el hábito del pensamiento, en la alegría del corazón, en la nobleza del alma y en la ampliación de los horizontes de justicia, de luz y de esperanza.

Esa es la obra civilizadora del socialismo. Y al mismo tiempo que quiere que una sociedad de iguales substituya a la sociedad de antagonismos que hace chocar a los individuos contra los individuos y a las clases contra las clases, quiere que la barbarie de la guerra y de la paz armada cese para las naciones y que todos los tesoros y riquezas de oro y de pensamiento malgastados por la humanidad en esas brutalidades sean consagrados a fecundar la vida.

Y ese ideal de paz, de justicia, de humanidad y de trabajo asociado, organizado y fecundo, es lo que el socialismo pone en el alma de las muchedumbres. Ellas empujan la historia, ellas realizarán el ideal. Y los hombres y los pueblos reconciliados por vez primera alcanzarán la humanidad. Hasta ahora no ha habido sino fragmentos, jirones de humanidad.

Hoy llevamos en nosotros, junto con las bellezas del pensamiento, los impulsos del instinto salvaje; no encontramos una alegría plena sino cuando poseemos y gozamos lo que a los otros falta. Hay que libertarse de esa carga horrenda, de esos restos de instinto grosero y de animalidad. Hay que establecer la humanidad libre y pensante, la humanidad que tenga una conciencia, una voluntad y un corazón!

H X 266

.J3756

El Partido Socialista Argentino

I

(Arenga pronunciada en el Centro Socialista Obrero, Méjico
2070, la noche del 29 de septiembre)

Lamento no hablar español para que todos pudieran entenderme. Pero los socialistas de todos los países hablan, en el fondo, la misma lengua porque tienen la misma idea, la misma doctrina, la misma esperanza y el mismo principio de organización.

Agradezco al camarada Justo las amigables palabras que me ha prodigado en este local en que tantas veces os habéis reunido y organizado vuestras luchas; y ellas me causan tanto mayor placer porque vienen de un militante de la Argentina que ha contribuido de manera tan valiente y noble a crear y desarrollar el Partido Socialista, el Partido del Trabajo.

Yo sé cuán difícil es la tarea en que estáis empeñados, cuán ruda es esa obra de civilización, y por eso aprecio el gran mérito de todos los que realizan sin desfallecimientos esa lucha. Y cuando hablo de dificultades y obstáculos contra los cuales tenéis que combatir, no me refiero solamente a las leyes de reacción y represión capitalistas y gubernamentales que en este momento pesan sobre los trabajadores, sino también a las dificultades permanentes, debidas a la multiplicidad de los elementos que aquí forman la nacionalidad argentina y la clase obrera. Es la misma dificultad que encuentran en los Estados Unidos de Norte América los que quieren organizar la clase trabajadora. Hay en estos países de inmigración elementos múltiples y cambiantes; los hombres van y vienen; hablan lenguas diferentes; tienen orígenes diversos y es difícil hacer con ese material una unidad viva y orgánica.

Pero, poco a poco, la solidaridad del trabajo se hace sentir sobre esos hombres, cualquiera que sea su nacionalidad, por el simple hecho de ser proletarios, porque están sometidos a la misma ley de la explotación capitalista y porque, teniendo los mismos dolores y esperanzas, se sienten

ten hermanos y comprenden que deben aunarse y organizarse. Y éste es el voto íntimo que os expreso con todo mi corazón!

Yo sé que en la clase obrera argentina hay tendencias diversas, y no he venido aquí esta noche para tomar parte en esas controversias. Pero no puedo ocultar que cuando leo los libros que traducen el espíritu, el pensamiento de los patrones, constato que los capitalistas argentinos, los conservadores argentinos más previsores, dicen a los burgueses venidos de otros países la necesidad de desarrollar una acción política. Pero no hacen ese mismo llamado a la masa, a la multitud.

Y bien; lo que hacen los patrones, los burgueses, es necesario que lo hagan los trabajadores, entrando unidos en la lucha política para su propia defensa, aunque guarden, sin olvidarlo, el recuerdo de lo que tienen de más noble y alto sus patrias de origen.

Aunque no haya estado mucho tiempo en la América latina, he podido constatar en todo lo que vale la obra fecunda de los militantes socialistas y obreros, y diré a los camaradas europeos dentro de pocas semanas, cuando vuelva a mi país, que el socialismo es una fuerza universal y que los que opinan que el socialismo no tiene razón de ser en América se equivocan profundamente. Yo les diré que habéis comprendido que el socialismo es una fuerza de todos los países, porque en todos hay una cuestión social, para que puedan cambiarse de un mundo a otro las actividades, las esperanzas y las mutuas palabras de aliento, en bien de la gran causa del proletariado!

II

(Discurso pronunciado por el ciudadano Juan B. Justo, ofreciendo a Jean Jaurés la demostración de afecto que le dedicaron los socialistas argentinos la noche del 5 de octubre, en la "Unione e Benevolenza".)

Ciudadano Jaurés: Este acto popular, modesto y sencillo, como vuestras costumbres y vuestros gustos, es para demostraros nuestra inmensa alegría por vuestra presencia entre nosotros, nuestro aplauso y admiración por vuestra fuerte elocuencia y vuestra obra de militante, nuestra gratitud por las palabras de aliento que nos habéis traído. Separados de los focos principales del movimiento socialista internacional por la distancia y por la lengua, nos sentimos más fuertes, más vinculados a las masas obreras organizadas del mundo, al tener entre nosotros, siquiera sea por un

H X 246

.J3.756

— 97 —

momento, a un hombre de la influencia y de la magnitud de la vuestra en ese movimiento.

Es un momento histórico en la causa del proletariado argentino éste, en que contamos en nuestras filas, aunque sea de paso, al campeón de la democracia social del gran país de Francia, al cual estamos vinculados por tantos lazos intelectuales y morales.

Admiramos vuestra facultad de palabra, que os ha permitido hablar en el Odeón a un público "snob", bien ajeno a las preocupaciones caras a nuestro espíritu, sin ser por ello repellido en ningún momento, sino encontrando más bien el aplauso de la gran mayoría. Los habéis domado, al menos momentáneamente. Les habéis inspirado, aunque sea por un instante, sentimientos más altos que los que tienen todos los días, y es posible que en algunas cabezas, hasta ahora reacias a toda verdad social, haya penetrado un poco de luz.

Os agradecemos vuestras palabras de aliento para la obra que realizamos en este país, obra bien difícil y ruda.

Vos os habéis referido a las dificultades que la heterogeneidad de lenguas y razas crea al movimiento socialista. Es cierto. Pero en eso mismo hay para nosotros una fuente de fuerza, porque se nos aporta de todas partes lo que piensa y hace la clase obrera en los distintos países, y podemos combinar esos elementos en un plan de conjunto, armonioso y fecundo.

La dificultad propia para el movimiento socialista en estos países de Sud América, continente de sociedades embrionarias y caóticas que no se desarrollan sino por la expansión de los pueblos y del capital europeos, son las normas sociales impuestas por la tradición de las oligarquías terratenientes que las gobiernan. Las más adelantadas de esas oligarquías, y quiero creer que la nuestra es una de éstas, si han adquirido alguna nueva ideología, ha sido la del capitalismo puro y simple, son fanáticas de la religión del capital.

En esas condiciones chocamos en este país con las dificultades más complejas, chocamos con la prepotencia de los mandones que no tienen idea de lo que es gobernar un pueblo moderno, chocamos con el sable de la policía, que cae con frecuencia sobre nosotros, y chocamos también con la pedantería de la ciencia oficial, que pretende desautorizarnos diciendo que este movimiento es exótico.

Creemos, ciudadano Jaurés, más exótica la sed de oro que se ha desarrollado en nuestra clase gobernante, codicia que no tiene siquiera la disculpa de estar vinculada al desarrollo industrial, como en Norte América, pues aquí el cul-

to del enriquecimiento tiene su origen exclusivo en el monopolio de la tierra.

Exótica es también la ciencia constitucional que cultivan nuestros sabios oficiales. Las constituciones deben nacer para ser efectivas de las condiciones sociales del país a que se destinan. Aquí tenemos una constitución copiada, y nuestros sabios oficiales no hacen más que glosar, como los escolásticos de hace algunos siglos, principios incomprensibles para ellos, porque jamás los han practicado ni vivido, preceptos que no formulan sino para corromperlos y violarlos.

No es exótica, en cambio, la preocupación activa por la elevación de la clase trabajadora, que en este país, como en cualquier otro, necesita luchar en su propia defensa, si no quiere hundirse cada vez más bajo los pies del capital. Es un movimiento de elevación social, que tiene su razón de ser en todas partes donde hay una clase asalariada. Y ni esa acción diaria la hemos entendido de una manera doctrinaria y estrecha. Lo dice bien claro la circunstancia de que nos hemos inspirado no solamente en Europa, sino también en los países que por sus condiciones económicas y su evolución histórica, son más comparables al nuestro; hemos mirado no solamente a Francia y a Alemania, sino también a Australia, a Nueva Zelandia, a los Estados Unidos, países a los cuales el nuestro se parece en tantas cosas, mas no en la cultura de la clase gobernante.

Y en la lucha por la elevación del pueblo trabajador, si hemos adoptado los ideales más universales, no es que los hayamos elegido, sino que se nos han impuesto por sí solos, que han nacido espontáneamente en nosotros, como los únicos que podrían nacer, los ideales de la democracia moderna.

¿Podemos nosotros, pueblo nuevo y recién en formación, exhumar para nuestro uso los viejos ideales de hace un siglo? Espontáneamente, pues, hemos aceptado como nuestros principios más generales, como la fórmula que nos permite responder a todas las preguntas, los principios y las fórmulas del Socialismo.

Ahora, ciudadano Jaurés, cualquiera que sea el poder de vuestra palabra, no os hagáis muchas ilusiones sobre la huella que haya podido dejar en la mente de la clase gobernante de este país. Hace pocos días os preguntábamos si os dejarían entrar en Rusia; y respondisteis: Sí, y eso les permitiría encarcelar a mil individuos más. Yo me pregunto si la libertad de palabra de que habéis disfrutado en Buenos Aires no será al precio del cierre de algunos nuevos locales obreros o de algún otro atropello policial.

En cambio, ciudadano Jaurés, podéis iros convencido de

HX 246

J. B. 756

— 99 —

que vuestras enseñanzas han de echar profundas raíces en la mente de la clase trabajadora argentina.

Data memorable será en la vida de muchos de nosotros la de estos breves días en que hemos disfrutado del íntimo contacto con un espíritu tan selecto como el vuestro. Así también vuestra visita ha de ser para el movimiento socialista y obrero en este país un nuevo impulso.

III

(Discurso pronunciado en la demostración ofrecida por los socialistas de la capital en los salones de "L'Unione e Benevolenza", el 5 de octubre.)

Ciudadanos y amigos:

No sé cómo agradecer las palabras benévolas que me han sido dirigidas esta noche. Yo sabía perfectamente, al pedirles a mis camaradas argentinos que hablaran, que me exponía a oír conceptos benévolos para mí, pero aun corriendo ese riesgo quería oírlos, y lamento que el tiempo no me permita y no nos permita oír más discursos. Aunque sea llamado a mi país por las afecciones familiares y por las exigencias de la batalla socialista, y aunque experimente en el fondo del corazón una alegría muy natural ante el pensamiento de encontrarme con los míos y recuperar mi acostumbrado puesto de combate, lamento separarme de vosotros y siento en este instante una especie de melancolía. Quería consolarme, por eso, como nos consolamos en los momentos de los adioses, haciendo hablar lo más posible a los que pronto vamos a dejar, para llevar en el oído y en el corazón, con el eco de sus palabras, la vibración prolongada de su alma y la fuerza de su recuerdo.

Ciudadanos: Yo soy muy sensible a lo que habéis dicho de mí. Y es una gran alegría para mí, o lo aseguro, haber constatado que los socialistas del Brasil, del Uruguay y de la Argentina, hacen justicia a mi esfuerzo. ¡Oh! Yo no me hago ilusiones. Soy, como Justo, un militante demasiado viejo para creer que las palabras puedan desarmar los egoísmos de clase. Si no he podido durante veinticinco años socializar la burguesía francesa, no espero, naturalmente, haber socializado en veinticinco días la burguesía argentina.

Pero soy un convencido de que la fuerza del socialismo está en poder llevar ante el adversario afirmaciones y doctrinas que si su egoísmo rechaza, la parte de razón humana que está en él vea obligada a reconocer íntimamente. La burguesía capitalista podría llevar sus afirmaciones y la glorificación de su privilegio ante el proletariado, pero chocaría con la razón, con la experiencia, con la conciencia de la clase obrera, quien la obligaría a reconocer, si no en sus

actos de gobierno, en el secreto de su conciencia, que cuando el trabajo se levanta para formular reivindicaciones, se convierte en la sola fuerza contra la cual ninguna injusticia puede prevalecer. Y hay, además, ciudadanos y amigos, este hecho impresionante y significativo: que desde ahora no es más posible, aun para la burguesía, realizar una cosa noble y grande sin que el socialismo tenga en ella su participación debida. El pensamiento socialista es hoy la atmósfera que deben respirar todos los pechos, aun los pechos burgueses.

Vuestra burguesía quiere una nacionalidad argentina; quiere que este pueblo no sea más la aglomeración de elementos distintos y extraños los unos a los otros; quiere crear y fundar aquí una nacionalidad homogénea. Y bien: esa obra no podrá realizarse si no tiene por cimiento, por fuerza de cohesión, la fuerza única del trabajo organizado. ¡Ah! sería una cosa original querer levantar una torre equilibrada y firme sobre fundamentos divididos o rotos. El trabajo es la base de las naciones, como es la base de la vida. Y mientras el trabajo esté desunido, mientras los trabajadores sean despreciados, mientras los instintos de chauvinismo y de raza prevalezcan sobre la conciencia de los proletarios explotados, será imposible levantar sobre ese fundamento sin unión, sobre esas piedras reducidas a polvo, la casa de la nacionalidad. He ahí por qué los que sancionan contra vosotros leyes de represión, los que persiguen a los sindicatos obreros, los que persiguen a vuestras asociaciones van, no sólo contra la clase obrera de este país, sino contra el país mismo. Se parecen a los que con una mano desearían construir la casa y con la otra destruirían las piedras que han de colocar.

No, la burguesía no fundará así la nación argentina, no poblará así su vasta superficie, como no lo harán tampoco las otras naciones americanas. A los hombres del Brasil, a la oligarquía brasileña, a la del Uruguay y a la de la Argentina, les he dicho, y lo repetiré desde Europa, que a medida que en el viejo mundo, a través de las dificultades y luchas, el proletariado se organiza y se eleva, si quieren llamar aquí a la mano de obra, si quieren llamar a la fuerza de trabajo, será necesario que den a esa mano de obra garantías, bienestar, libertad de organización y dignidad, sin lo cual los trabajadores dirán: ¡No, yo no quiero ir allá abajo!

Yo sé bien que aquí, como en todas partes, la verdadera fuerza está en la organización obrera, en el proletariado, en el socialismo mismo. Yo sé, como Justo lo ha recordado, con qué dificultades vosotros lucháis aquí. Yo sé que los trabajadores están dispersados sobre vastos espacios; yo sé que

H X 266
. J 3756

— 101 —

el proletariado de las estancias es refractario a la organización; yo sé que a la distancia del espacio se unen, en los trabajadores aglomerados en las grandes ciudades, las distancias de nacionalidad y de raza; yo sé que muchos de los que han venido aquí han sido empujados por las pruebas de la vida, siendo a menudo como náufragos que escapan a las olas y que al llegar a la orilla empiezan a resplazar de nuevo, sin otra preocupación que la de rehacer en un nuevo mundo su existencia amenazada; yo sé todo eso, y aprecio por lo tanto, en razón de esas dificultades múltiples, el heroísmo que importa haber realizado aquí la obra de organización obrera y socialista.

Yo sé también cuán fuerte y eficaz es vuestra obra. Desde ahora, y quiero decirlo aquí antes de ir a decirlo a los camaradas europeos, vosotros constituís en este ambiente una fuerza. No habéis tenido en las cámaras de la Argentina sino la breve representación de Palacios, y en ese corto espacio de tiempo él ha podido probar que con la fuerza del pensamiento y de la inspiración socialistas, algunas leyes de progreso social podían ser arrancadas a la inercia, al egoísmo y a la ignorancia de las oligarquías dirigentes. Y poco importa que combinaciones de escrutinio hayan impedido volver al parlamento al solo representante que pudo entrar. Vuestra fuerza no está solamente en el éxito electoral. Vosotros sois aquí una fuerza de contralor, una fuerza moral. De más en más, en este país en que la vida pública no ha sido a menudo sino un simulacro, en que el sufragio universal ha sido violado, se va haciendo carne en muchos individuos, como he tenido ocasión de constatarlo yo mismo, que en la descomposición de los partidos, en la ausencia de los programas, en los egoísmos de las camarillas electorales, en la corrupción de las conciencias por la compra de las libretas cívicas, no hay sino un partido que no haya vendido nunca su libertad, su cerebro, su conciencia, que tenga un programa y una dignidad, un ideal humano y un valor intelectual: el Partido Socialista.

Y eso no es sólo una gran nobleza, sino también una gran fuerza. ¡Ennobleceos! Vosotros no trabajáis solamente para vosotros mismos, sino que trabajáis para toda la democracia argentina. Vosotros la obligaréis a organizarse, vosotros obligaréis a la burguesía argentina, para combatir vuestras ideas, a oponer ideas contra ideas, doctrinas contra doctrinas. Así como en física, cuando en un líquido amorfo se introduce un cristal, toda la substancia poco a poco se cristaliza en su torno, el Partido Socialista es el cristal puro que obligará a los otros partidos a depurarse y organizarse.

Y para mí es una gran esperanza y una gran alegría constatar que esta noche, en esta reunión amigable y fervien-

te, están los que, como Justo, han trazado desde hace muchos años, por la doctrina, por el pensamiento preciso, substancial y claro, las vías al Partido, y los que, como Palacios, han sido su verbo brillante y sonoro. Pero, permitidme que os lo diga — si no soy un abuelo, soy ya un anciano—, permitidme que os diga cuánta es mi alegría al ver que hay aquí hombres jóvenes, hombres como del Valle y de Tomaso, que trabajan con fervor. Ellos son la fuerza, la esperanza y el porvenir. Yo les pido que continúen trabajando, que continúen estudiando. Es nuestro deber. Al estudiar, no estudiamos solamente para nosotros mismos, y cuando logramos asir en las otras inteligencias un rayo de luz, nuestra alegría es poder decir que él podrá repercutir y reflejarse a lo lejos, iluminando los cerebros del proletariado que ansía libertarse de la miseria y de la opresión.

¡Sí, jóvenes, estudiad y trabajad! Y vosotros, proletarios de todos los países, organizaos y sed hermanos en la organización como sois hermanos en la explotación y el sufrimiento!

(Yo diré a los trabajadores de Francia y de Europa que continúen trabajando con más ardor, puesto que aquí mismo, en estos vastos espacios en que la organización es tan difícil, hay militantes de razón, de conciencia y de alma, que luchan por agrupar las fuerzas proletarias. Constituye nuestro orgullo de socialistas el que nuestra idea sea de todos los países, buena y generosa en todas partes. ¡Ah! qué consuelo para los proletarios de todos los países! Sufren; el horizonte de la usina es estrecho, el cielo que cubren las nubes que han acumulado los privilegios del capital y la ignorancia es lúgubre. La vida sería precaria y desesperante. Pero el Socialismo les dice: el porvenir surgirá, la justicia se realizará! Y en esos talleres oscuros penetran las luces del derecho y la gran alegría de la humanidad soberana. Una luz ilumina el cielo lúgubre. Y esos hombres se dicen: la esperanza que hincha mi corazón, la alegría que llena mi alma, llena también el corazón y el cerebro de millones de proletarios de todos los países y de todas las razas. En todas partes donde hay hombres que alimentan el privilegio de otros hombres surge la misma idea libertadora. Todas las miradas se dirigen hacia ella, y el humilde proletario siente que su corazón se agranda y palpita con el corazón inmenso del proletariado.

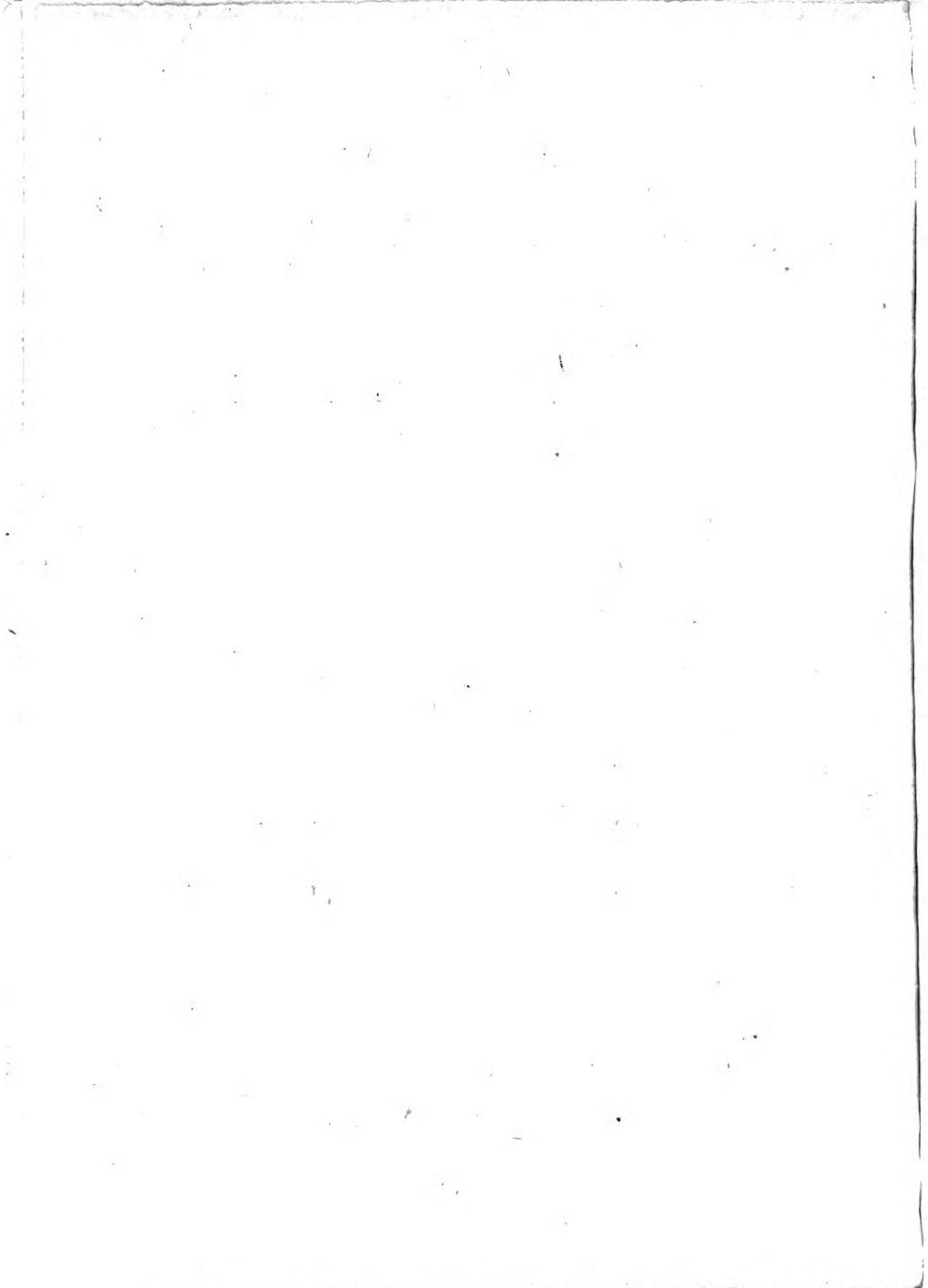
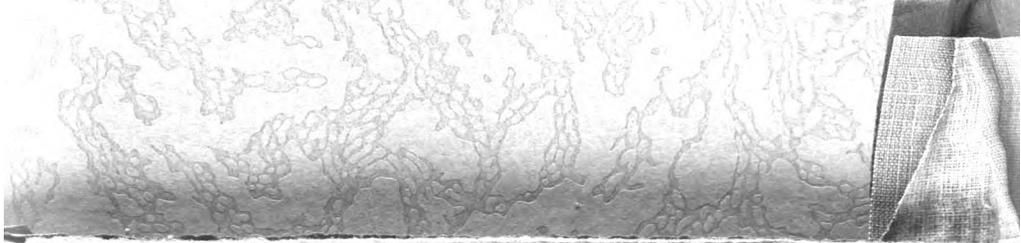
Todo eso es lo que yo diré a nuestros camaradas y amigos de Europa.

Y del fondo del corazón, como socialista, militante y amigo, yo os agradezco haberme dado, con vuestro conocimiento, la fuerza para poder decir en nombre vuestro: ¡Viva el Socialismo Internacional!

H X 266
. J 3756

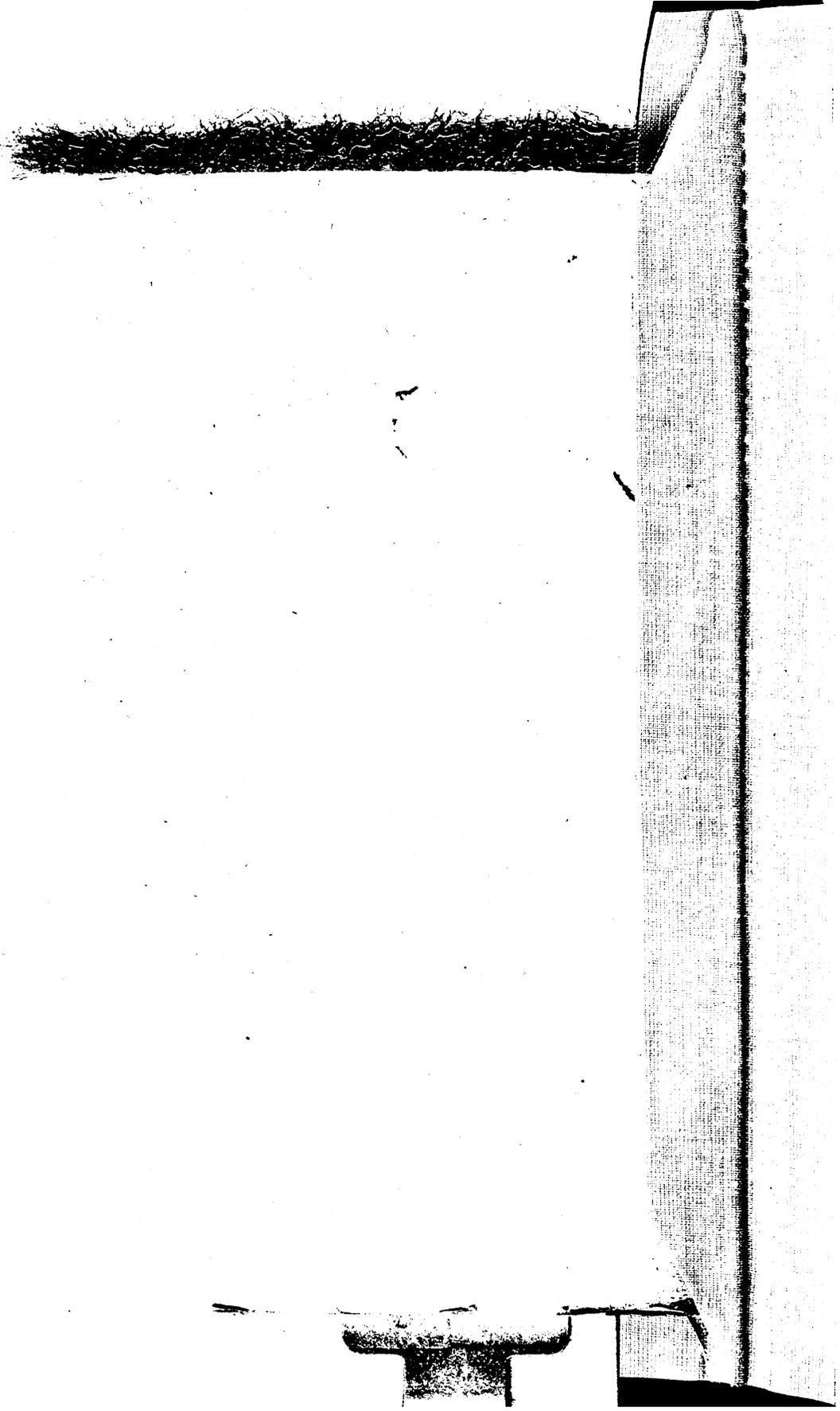
INDICE

	<u>Pág.</u>
La fuerza del ideal	5
Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas	15
La política social en Europa y la cuestión de la inmigración	29
Nacionalidad, democracia y clase obrera	43
La organización militar de Francia	57
Las consecuencias de una guerra europea y los medios de asegurar la paz	69
Civilización y Socialismo	81
El Partido Socialista Argentino	95



HX 266

.J3756



HX 266
.J3756

**DO NOT REMOVE
SLIP FROM POCKET**

DEMCO

ALF Collections Vault



3 0000 099 389 797